

LEONA KARR

*Herencia
misteriosa*



A45

e lit

e^{lit}

HERENCIA MISTERIOSA

LEONA KARR



 HARLEQUIN™

Índice

[Herencia misteriosa](#)

[Sinopsis](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Biografía de la autora](#)

Sinopsis

Una tormenta empujó a la rica heredera **Stacy Ashford** a los brazos de un misterioso desconocido, un hombre duro y tremendamente atractivo. Pero ese encuentro con **Josh Spencer** parecía algo más que una casualidad.

Para hacerse con su herencia, Stacy tenía que reconstruir el fantasmagórico hotel en el que había muerto la hermana de Josh. Y aunque Stacy no podía confiar en los motivos por los que él la ayudaba, su presencia la hizo mantenerse fuerte cuando alguien... o algo intentó atemorizarla. Después todo se volvió mucho más peligroso.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Leona Karr
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Herencia misteriosa, n.º 192 - junio 2018
Título original: A Dangerous Inheritance
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-237-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Stacy Ashford apretó con fuerza el volante mientras se inclinaba hacia delante para intentar ver algo a través de la envolvente oscuridad. Las nubes bajas de la tormenta enmascaraban las altas cumbres, y ríos de niebla negra descendían por los oscuros flancos de las montañas, cubriéndolas como un sudario. Cada trueno resonaba como una advertencia amenazante.

«Estúpida. Ni más ni menos: estúpida», se regañó a sí misma en silencio. Nunca fue su intención andar por la carretera a aquellas horas. La distancia que separaba Denver del pueblo montañoso de Timberlane había resultado ser mayor de lo que esperaba y la noche había caído antes de que Stacy consiguiera atravesar los pasos altos de la montaña.

Había alquilado un coche pequeño en el aeropuerto. Mientras conducía hacia la parte alta del país la temperatura había pasado del calor sofocante de agosto a un frío tenaz. Estaba acostumbrada a conducir por autopistas interestatales, rectas y llenas de coches, y tenía el cuerpo dolorido por la tensión. A cada curva cerrada que tomaba, las ruedas del coche parecían asomarse al vacío. ¿Sería su coche el único que circulaba por aquella carretera de dos direcciones? No había ni rastro de luces detrás de ella. Había pasado el último núcleo de población muchos kilómetros atrás.

«¿Qué estoy haciendo aquí, en cualquier caso?», se preguntó Stacy.

Un mes atrás llevaba una vida segura. Con sólo veintiocho años tenía una carrera floreciente en el mundo del marketing. Corría el rumor de que su empresa iba a reducir personal, pero ella había hecho

caso omiso. Siempre se le había dado bien cerrar los ojos a cualquier advertencia que fuera contra sus planes. Cuando ocurrió, no estaba preparada: Una carta de despido, una palmadita en la espalda y un empujón firme hacia la cola del paro. Stacy se apuntó rápidamente a varias agencias de trabajo, se registró en Internet y envió numerosos currículos a varias empresas.

Transcurrieron varias semanas sin acudir siquiera a una entrevista de trabajo, y cuando de pronto la llamó un abogado de Los Ángeles pensó que iba a decirle que su crédito bancario había tocado fondo y que iban a confiscarle todo lo que poseía. Cuando le contó la verdadera razón de la llamada, estuvo a punto de desmayarse.

— Tiene que tratarse de una broma. ¿Me está usted tomando el pelo?

Él le aseguró que no. Era la beneficiaria del testamento de un pariente. Stacy había escuchado vagamente a su madre hablar en alguna ocasión de Willard Dexter, su hermano, al que le gustaba recorrer mundo. Nunca estuvieron muy unidos, él ni siquiera apareció en el funeral de su madre, que tuvo lugar unos años atrás. El caso era que el tío Willard había fallecido recientemente y le había dejado a su sobrina dinero y una propiedad situada en las altas montañas de Colorado. Al principio, aquel regalo inesperado le había sonado a Stacy de maravilla, pero los términos del testamento de su tío eran tan excéntricos como lo había sido él mismo. Si quería heredar el dinero, Stacy se veía obligada a hacer uso de una parte estipulada del mismo para arreglar la casa de la montaña y residir en ella mientras se llevaran a cabo las reformas.

En cualquier otro momento de su vida, Stacy se hubiera rebelado contra aquella falta de independencia que le imponía el testamento de su tío. Pero su vida estaba en un agujero tanto económica como sentimentalmente. Así que allí estaba, conduciendo por una carretera llena de curvas en plena noche, intentando evitar una caída por aquel

acantilado de más de cien metros.

El viento se hizo más fuerte. Un destello de luz atravesó la oscuridad y entonces cayó la tormenta. Un inmenso manto de lluvia envolvió el coche. Conduciendo a la velocidad de un caracol, Stacy luchó contra el efecto hipnotizador de las gotas de lluvia cayendo a toda prisa sobre la luz de los faros. Lo único bueno era que la carretera había alcanzado un valle. Pero el terreno que la rodeaba seguía siendo empinado y resbaladizo.

Mientras miraba hacia delante, un brillo plateado inundó el paisaje y, durante un instante, atisbó un camino de tierra que salía de la estrecha carretera. Stacy sintió un inmenso alivio. ¡Un lugar seguro donde aparcar! Aunque tuviera que pasar la noche en el coche, sería mejor que conducir como una suicida en medio de la tormenta.

Antes de girar miró hacia delante por precaución. Pero se dio cuenta de que era demasiado tarde. Cegada por la lluvia, había girado demasiado pronto. ¡Se había salido de la carretera!

El coche dio una sacudida antes de hundirse y proyectarla hacia delante. Los frenos no parecían servir de nada cuando el vehículo comenzó a resbalar. Buscó desesperadamente la manilla de la puerta justo cuando el vehículo se detuvo en seco. Stacy se quedó quieta, impresionada. Todo había ocurrido tan deprisa que no conseguía reaccionar. Ríos de lluvia oscurecían las ventanas. El motor seguía funcionando, pero las luces del coche ya no apuñalaban la oscuridad. No tenía ni la menor idea de qué había hecho detenerse al vehículo. Sintió una oleada de pánico.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarse en el coche? Si se había dado contra un árbol o algo así podría esperar a que pasara la tormenta y hacerle señales a alguien cuando terminara.

Pero, ¿y si comenzaba a resbalar otra vez? La idea de un abismo gigante y cientos de metros al lado de la carretera le provocó un escalofrío en la espina dorsal. Stacy se forzó a dejar de pensar en la

peor situación posible. Sólo había una manera de saber si el coche estaba en una posición precaria o no.

Bajándose y comprobándolo.

Suspiró con fuerza y agarró el teléfono móvil, como si aunque fuera en aquellas circunstancias le asegurara de alguna manera el contacto con el mundo exterior. Luego abrió la puerta del coche y se encontró bajo un torrente de barro y agua. Vestida únicamente con pantalones de verano, un jersey fino blanco y sandalias, se empapó al instante. Luchando contra el viento, la lluvia y los escombros que arrastraban, Stacy trató de mantener los pies firmes sobre aquel suelo resbaladizo e inestable.

Desafiando a los truenos, que resonaban en sus oídos como címbalos, se dispuso a avanzar. Apenas había dado un par de pasos cuando resbaló y cayó de rodillas. Cuando trató de incorporarse se le cayó el teléfono móvil. Se lanzó a buscarlo, pero no pudo evitar que una corriente de barro y agua lo arrastrara.

Stacy se puso en pie y trató desesperadamente de mirar a su alrededor para ver qué mantenía al coche en su sitio. Le pareció entrever unas formas oscuras que no acertaba a descifrar. ¿Serían rocas? ¿Árboles? ¿Arbustos? Le pareció escuchar el sonido de algo zambulléndose en el agua.

Todo a su alrededor parecía estar endiabladamente vivo. Las ramas de los árboles rasgaban el aire como si fueran los brazos de un espectro. Las rocas creaban sombras amenazantes que se alzaban a su alrededor. El viento le alborotaba el cabello, largo y oscuro, como si fueran varias manos enloquecidas.

Stacy dio un grito cuando una criatura nocturna apareció a su lado con gesto amenazante. Trató de liberarse de sus garras haciendo aspavientos, pero su lucha sólo sirvió para que aquella garra de acero la apretara con más fuerza. Cuando clavó las uñas en aquella carne suave, la terrible visión se desvaneció y Stacy se dio cuenta de que

aquella cascada de palabrotas que le inundaba los oídos provenía de un ser humano de carne y hueso muy enfadado.

— Maldita gata salvaje —dijo el hombre apretándola con más fuerza aún—. Tu coche está a punto de caer al río. Estoy aquí para ayudarte.

Stacy sintió un inmenso alivio. El hombre tenía el rostro escondido entre las sombras de un sombrero de ala ancha y el cuello de su abrigo impermeable. Pero ella agradeció de corazón la tranquilidad que le daba su voz profunda.

—¿Hay alguien más en el coche? —le preguntó él secamente, sin soltarla ni aflojar la presión.

—No —respondió Stacy.

—Entonces, salgamos de aquí.

Agarrándola entre sus brazos y estrechándola con fuerza contra su pecho. Josh Spencer la alejó del coche que se hundía y del río que comenzaba a crecer.

La radio había estado toda la noche informando de situaciones de emergencia a lo largo y ancho de la zona, pero nunca esperó con encontrarse una a la puerta de su casa. Después de cenar, ensilló el caballo y había salido a pesar de la tormenta porque temía por el viejo puente de madera que llevaba a su propiedad. Lo habían reforzado hacía poco, pero, ¿podría soportar el empuje de las aguas crecidas y los escombros flotantes?

Subido en la silla, Josh había recorrido el camino bajo aquellas condiciones climatológicas tan horribles. Cuando llegó al puente y apuntó su flanco con la linterna, se quedó sin respiración.

—¿Qué demonios...?

Se quedó observando unos segundos bajo la lluvia hasta que estuvo seguro. Un coche se había empotrado contra el puente, y en cuestión de minutos la marea del río lo arrastraría.

Josh se bajó del caballo, ató las riendas a la barandilla y corrió hacia el ojo del puente. A pocos metros del coche le pareció distinguir una figura femenina tambaleándose entre el barro y el agua antes de perder el equilibrio.

El grito de Josh se perdió entre los truenos. Unos pasos más y la mujer se acercaría peligrosamente al margen del río. Él se inclinó hacia delante y, al sujetarla, ella comenzó a gritar y hacer aspavientos de puro terror. Josh no la culpaba. Tenía motivos de sobra para estar asustada al verlo aparecer así en medio de la oscuridad. Incluso ahora, cuando la llevaba hacia donde estaba su caballo, la mujer temblaba.

—No pasa nada —la tranquilizó levantándola y colocándola de lado en el caballo antes de subirse a la silla y colocarse detrás de ella.

Josh se abrió el abrigo y la atrajo hacia sí para envolverla entre sus pliegues.

—Enseguida entrarás en calor.

Stacy se recostó agradecida contra su pecho mientras él ponía el caballo en movimiento. Fue consciente de la fuerza muscular de aquel cuerpo cuando respondió rítmicamente a los movimientos del caballo. Aunque todavía temblaba bajo su ropa mojada, el calor que irradiaba su cercanía la hizo sobresaltarse. Se sentía totalmente a salvo. Protegida.

«No seas idiota», la advirtió una voz interior.

Aquel hombre había surgido de la nada, y ni siquiera le había visto la cara. En cuanto le puso las manos encima su fuerza física la había impactado. ¿Adónde la llevaba? ¿Y quién la echaría en falta si algo le ocurriera?

Nadie.

Tras varias semanas de desempleo había perdido contacto con todos sus compañeros de trabajo. Ninguno de ellos mostraría interés por aquel viaje que iba a emprender para hacerse cargo de una

herencia y descubrir si era una bendición o una soga alrededor de su cuello.

Los pensamientos de Stacy fueron más allá. Había una cosa meridianamente clara. Nadie en Timberlane sería nunca consciente de su desaparición si no lograba llegar nunca allí. Lo que había aprendido del pueblo no le resultó tranquilizador. Al parecer, los planes que tenía un promotor de convertirlo en una de las estaciones de esquí punteras de Colorado habían quedado a un lado, y no era más que una mancha al lado de la carretera de apenas cien habitantes. Por qué el tío Willard había invertido allí era todo un misterio para ella.

Cuando el galope del caballo pasó a ser trote para convertirse después en paso, Stacy se puso tensa. A través de la oscuridad distinguió algunos edificios oscuros. Una luz tenue iluminaba lo que parecía ser una casa de dos plantas. El hombre iba a llevarla al lugar donde vivía. ¿Y luego qué? ¿Viviría solo? ¿Estaría a salvo allí o se vería envuelta en un terror espantoso? Stacy se estremeció. Esa vez no por culpa de su ropa mojada, sino por el miedo frío que la atravesó.

—Ya hemos llegado —dijo el hombre con tono de satisfacción bajando del caballo y ayudándola a ella, tras atar las riendas del animal a una baranda de madera.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa. ¿Dónde si no?

—¿Tiene usted familia? —preguntó Stacy esperanzada, con los dientes castañeándole.

—Te llevaré dentro y después guardaré el caballo —respondió él de mal humor sin contestar a su pregunta.

Josh abrió la puerta de atrás y, tras pasar lo que parecía un cuarto de herramientas la introdujo en una cocina pequeña y modestamente amueblada.

Un calor confortable le llegó a Stacy a la cara, y el aroma a comida casera inundaba la estancia. Aquella imagen familiar la tranquilizó. Contenta por haberse librado de la tormenta, hizo amago de sentarse en una de las sillas de madera, pero él se lo impidió.

—Hay un baño al final del pasillo —le dijo—. Será mejor que te des un baño y te pongas ropa seca.

Ropa.

Lo tenía todo en el coche. Probablemente a aquellas alturas estaría flotando en el río. Sus maletas. El bolso. Las llaves. Cajas. ¡Todo desaparecido!

—Buscaré algo que te pueda servir —dijo Josh rápidamente, como si le hubiera leído el pensamiento—. Espero que no seas demasiado exigente —añadió observando su ropa veraniega empapada—. Te mostraré el camino.

Stacy no le había visto todavía bien la cara, sólo la parte inferior. Tenía una boca firme y una mandíbula bien definida. Un sombrero de ala ancha le dejaba los ojos en sombra, y el abrigo, los vaqueros ajustados y las botas de vaquero servían para marcar todavía más su masculinidad.

Josh la agarró firmemente del brazo y la lanzó hacia el pasillo que había al lado de la cocina. Una cosa estaba clara: Era tan dominante y tan mandón dentro de casa como lo había sido fuera. En otras circunstancias, Stacy habría respondido a aquel comportamiento machista, pero no era tan tonta como para cuestionar su autoridad hasta que estuviera calentita y seca y hubiera decidido cómo protegerse en caso de que las cosas comenzaran a ponerse feas.

El baño parecía construido después de la casa. Las cañerías eran viejas y la mayor parte del espacio estaba ocupado por una bañera. No había productos femeninos, sólo una jabonera con una pastilla blanca, un cepillo para el pelo y unas cuantas toallas desgastadas.

—Espera un momento.

Josh abrió un armario que había en el pasillo y sacó una bolsa de plástico.

—Aquí tiene que haber algo que te sirva —dijo pasándosela—. Cuando haya guardado el caballo calentaré un poco de brandy.

Y dicho aquello le dio la espalda. Un instante después Stacy escuchó la puerta de atrás cerrándose con un portazo distante.

Mientras se quitaba la ropa mojada, captó el reflejo de su imagen en el espejo que había encima del lavabo. Se lo quedó mirando con incredulidad. Su cabello de ébano se había convertido en una masa apelmazada que enmarcaba su pálido rostro y sus labios morados. Luego bajó los ojos. Tenía los brazos, las piernas, y la ropa completamente cubiertos de barro. Parecía un animal que hubiera surgido de debajo de una roca.

Horrorizada ante el hecho de que alguien la hubiera visto con aquel aspecto, llenó la bañera casi hasta el borde y se sumergió en la bendición del agua caliente. Cuando su cuerpo congelado comenzó a revivir, su cabeza comenzó a hacerse preguntas para las que no tenía respuesta. ¿Cómo iba a manejar aquella situación con su rescatador? No le había respondido la pregunta sobre su familia. ¿Estaba a salvo? Nunca en su vida se había sentido tan vulnerable.

Stacy salió de la bañera, se secó y trató de impedir que su imaginación la llevara a construir una historia de terror sobre una mujer a merced de un desconocido durante una tormenta como aquella.

Cuando abrió la bolsa, la asaltó un olor mareante a perfume barato. Contenía unas cuantas prendas de mujer, una cajita con joyas de bisutería y lazos. A Stacy se le secó la boca al preguntarse si no se trataría de la colección de objetos de sus demás víctimas.

Lo único que fue capaz de ponerse fue un vestido espantoso de

franela en tonos rojos y púrpuras. Era la única prenda de la bolsa capaz de ofrecerle cierta sensación de calor. Encontró también unas medias de mismo tono púrpura que le quedaban grandes, pero al menos la protegerían del suelo frío.

Una vez vestida, utilizó la toalla para secar su cabello rizado y después lo peinó con el cepillo hasta que le cayó suavemente por los hombros.

Un rostro blanco le devolvió la mirada al otro lado del espejo mientras se abrochaba el cuello del vestido hasta el último botón. Se sentía tentada de quedarse escondida en el cuarto de baño hasta que se hiciera de día, pero una mirada a la puerta, tan endeble, la hizo ver que no la protegería de aquel hombre si él decidía entrar a por ella.

Tras exhalar un profundo suspiro, abrió la puerta del baño y salió. La luz de la cocina se derramó por el pasillo, y Stacy se preguntó si el hombre habría regresado a la casa. El único sonido que se escuchaba era el de sus pies enfundados en las medias mientras caminaba por el suelo de madera.

Cuando entró en la cocina, escuchó el sonido de una respiración cavernosa. Sintió una oleada de pánico. Durante un segundo no logró distinguir de dónde provenía aquel ruido. Entonces captó un leve movimiento y giro la cabeza hacia allí.

Un hombre mayor de hombros redondeados estaba apoyado sobre un bastón en una esquina de la habitación mirándola fijamente. Varios mechones blancos enmarcaban su rostro surcado de arrugas. El anciano la recorrió con mirada torva desde el cabello hasta las medias.

Stacy quiso decir algo, pero el odio que desprendían sus ojos y el gesto despectivo de su boca se lo impidieron.

La voz del anciano surgió dura y lacerante cuando se dirigió a ella.

—Así que has vuelto, ¿no es así, Glenda? Ya sabía yo que a las de tu calaña no basta con enterrarlas en una tumba. Incluso el diablo

escoge a sus compañeros.

Capítulo 2

Josh apresuró el paso cuando llegó a la puerta de atrás de la casa y escuchó la voz enervada de su abuelo, despotricando y hablando sin sentido. ¡Maldición! Creía que el viejo estaría durmiendo y no se percataría de la presencia de su huésped hasta la mañana.

—¡Ya está bien, abuelo! ¡Cálmate! —ordenó Josh al entrar en la cocina y encontrarse a su abuelo blandiendo el bastón con gesto amenazante y diciendo palabrotas—. ¿Qué ocurre aquí?

—Glenda ha vuelto —aseguró el anciano frunciendo sus cejas blancas—. Glenda ha vuelto. Ha salido de su tumba y ha vuelto.

—Tonterías —respondió Josh con firmeza pero con un ligero tono de impaciencia.

—Compruébalo tú mismo —gruñó el abuelo señalando con el bastón.

Josh se dio la vuelta y el estómago le dio un vuelco. Durante un instante, le pareció ver a su atormentada hermana allí de pie, enfrente de él. Aquel vestido que le resultaba tan familiar y su cabello negro y rizado le atravesaron los sentidos, y le pareció que de un momento a otro iba a romper a reír con una de sus amargas carcajadas. Josh se la quedó mirando fijamente.

Stacy no sabía quién era aquella Glenda, pero era consciente de la hostilidad que flotaba en la cocina. Los dos hombres la observaban como si de verdad hubiera salido de su tumba para perseguirlos. ¿Por qué?

—Si os he molestado a ti o a tu abuelo en algo, lo siento —se apresuró a decir rápidamente—. Me llamo Stacy Ashford. Soy de Los

Ángeles.

Y entonces añadió una mentira.

—Mi familia me espera en Timberlane y seguramente ya me estén buscando.

Josh se dio cuenta de que la melena oscura y rizada y el vestido eran los culpables de aquella ilusión. La voz melodiosa de aquella mujer, la suave belleza de sus ojos azul cielo y su boca fresca nunca podrían haber pertenecido a Glenda.

Josh le explicó rápidamente a su abuelo que aquella mujer se había visto atrapada por la tormenta y que él le había dejado ropa de Glenda para que se la pusiera.

El anciano no pareció muy convencido y siguió mirándola fijamente.

—Lo siento —se apresuró a decir Josh—. Me llamo Josh Spencer, y éste es mi abuelo, Nate Spencer. Por favor, siéntate. Tomaremos el brandy caliente que te ofrecí antes.

Stacy se movió muy despacio hacia una de las sillas de la cocina. El abuelo no le quitaba los ojos de encima. La joven se estremeció sin poder evitarlo, recordando el veneno que desprendían sus palabras. ¿Qué habría hecho aquella Glenda para provocar tanta ira en él?

—Vamos, abuelo. Te acompañaré arriba —dijo Josh bruscamente tomándolo del brazo para llevarlo hacia el pasillo.

Salieron de la cocina y Stacy escuchó sus pasos por las escaleras, acompañados del murmullo malhumorado del anciano.

En el exterior, el aullido del viento y la caída incesante de la lluvia la advirtieron de que la tormenta estaba en su apogeo. Cualquier idea de salir de aquella casa era una estupidez. Estaba atrapada. Se sentó muy tensa en una de las sillas y trató de prepararse mentalmente para pasar la noche allí con dos desconocidos y con la presencia inquietante y no deseada de alguien llamado Glenda.

Cuando Josh regresó a la cocina Stacy lo vio por primera vez sin sombrero. Era un hombre muy atractivo. Tenía los ojos marrones, el cabello castaño claro un poco largo y unos pómulos altos que acentuaban la firmeza de su barbilla. El director de reparto de cualquier película de aventuras le habría hecho una prueba a Josh Spencer, pensó Stacy. Pero, ¿le darían el papel de bueno o el de villano?

La joven le observó preparar sin vacilación dos tazas de café con brandy, y supo que aquel hombre sabía moverse por la cocina. Había platos limpios secándose al lado del fregadero, y ni rastro de algo femenino ni equipamiento culinario sobre la encimera.

—Toma —dijo pasándole una taza humeante antes de sentarse frente a ella—. Te pido disculpas otra vez por el comportamiento de mi abuelo. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque.

—¿Quién es Glenda?

Los dedos de Josh apretaron visiblemente la taza que tenía entre manos. Clavó la vista en algún punto indefinido detrás de ella y contestó entre dientes.

—Mi hermana pequeña.

—¿Glenda es tu hermana?

—Lo era —la corrigió cortante—. Como habrás podido suponer, está muerta.

—¿Cómo murió?

—No quiero hablar de eso.

Su brusca respuesta despertó la indignación de Stacy.

—Por supuesto, he aterrizado en medio de algo que no es asunto mío. Me has prestado la ropa de tu hermana para que me la ponga, y tu abuelo me ha aterrorizado con la acusación de que vengo del más allá para perseguirlo.

Era consciente de que podría arrepentirse de haber pedido explicaciones, pero odiaba estar a oscuras cuando su vida podría estar en peligro.

—¿Qué le ocurrió a Glenda?

—Supongo que tienes derecho a saberlo —reconoció él recostándose en la silla.

Stacy escuchó atentamente. Josh y su hermana pequeña, Glenda, se quedaron huérfanos con dieciséis y doce años respectivamente cuando sus padres murieron en un accidente de coche. Su abuelo, Nate Spencer, que era viudo, se hizo cargo de ellos. Stacy creyó entender que Josh se había adaptado a la vida en las Montañas Rocosas, pero que su hermana las odió desde el primer momento.

—El abuelo y yo construimos media docena de cabañas para pescar y cazar al lado del río. Es un buen negocio durante todo el año —aseguró con un suspiro—. Cuando Glenda cumplió dieciséis años huyó a Timberlane, consiguió trabajo de camarera y se negó a volver a casa a pesar de las amenazas del abuelo. Robaba dinero de los inquilinos de las cabañas, nos mentía y fue acusada de vandalismo junto con algunos de sus colegas con los que fumaba marihuana. Hasta que murió, hace dos años, su vida estaba completamente fuera de control y no había nada que el abuelo ni yo pudiéramos hacer.

Josh se puso bruscamente de pie. La firmeza que rodeaba su boca y el brillo de sus ojos la desanimaron a hacerle más preguntas. Parecía obvio que Josh Spencer no era un hombre al que se le pudiera guiar a un sitio al que él no quisiera ir. Fuera como fuera el modo en que su hermana había encontrado la muerte, estaba claro que él llevaba dentro una inmensa pena de la que no estaba dispuesto a hablar.

—Es hora de acostarse. Hay una cama en su antigua habitación. Puedes usarla.

—¿No hay un sofá en otro sitio? —protestó Stacy.

Una cosa era llevar la ropa de una mujer muerta y otra muy distinta dormir en su cama.

—Puedo dormir en cualquier parte.

Sin querer oír nada más, Josh la agarró con fuerza del brazo y la guió por una escalera estrecha hasta un dormitorio pequeño.

En el pasado debió ser una habitación agradable, pensó ella. Pero un olor a rancio la inundaba ahora. Unas cortinas feas y gruesas colgaban de la ventana. Una bombilla pelada colgaba del techo, confiriéndole a la habitación una luz mortecina. Además había una cómoda vieja y una alfombra desgastada que le pinchaba la planta de los pies.

Stacy sintió un escalofrío de terror. Nunca se había sentido tan indefensa. Estaba atrapada en el dormitorio de una mujer muerta, vestida con sus ropas. No tenía posibilidad de huir. Nadie escucharía sus gritos. Y fuera continuaba desatándose la tormenta.

—Buenas noches —dijo Josh educadamente.

Bajo aquella luz mortecina, a Stacy la pareció que algo parecido a la diversión le relajaba los firmes músculos de las mejillas cuando añadió:

—Asegúrate de que cerrar bien por dentro, ¿quieres? A veces mi abuelo camina sonámbulo.

Tras aquella aseveración tan inquietante, Josh desapareció por el pasillo. Lo escuchó descender con paso firme los escalones. Stacy cerró la puerta a toda prisa y echó la llave que descansaba en la cerradura. Después, sin atreverse a apagar la luz, se tumbó en la cama sin quitarse el vestido púrpura. Su cuerpo permaneció rígido durante largo tiempo hasta que el agotamiento físico y mental la venció. Finalmente, con aquel aroma a perfume barato atravesándole las fosas nasales, se relajó y se durmió.

* * *

La habitación estaba todavía en penumbra cuando se despertó, pero la delgada línea que se filtraba a través de las cortinas le indicó que ya era de día. Las ocho en punto, para ser exactos, supo tras mirar el reloj de pulsera. Stacy se quedó tumbada un instante, esperando escuchar el furioso sonido de la tormenta que había resonado durante horas en su cabeza.

Reinaba una calma absoluta. Nada de lluvia lacerante. Ni truenos. La tormenta había pasado. Murmurando una plegaria de agradecimiento, Stacy se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró. El tiempo estaba gris y frío, y la escena que vieron sus ojos disipó al instante su sensación de bienestar. Unas inmensas montañas de cimas desdentadas y aspecto desolado se alzaban contra un cielo sin color.

Stacy vio una línea de cabañas rústicas emplazadas a lo largo del río. Todas parecían vacías. No salía humo de ninguna de las chimeneas. No había coches aparcados ni rastro de vida humana.

Josh le había mentado. Aquel lugar estaba cerrado. Stacy sintió un escalofrío en la base de cuello. No había nadie alrededor excepto él y su desquiciado abuelo.

Apartándose de la ventana, cruzó el dormitorio, se acercó a la puerta y la abrió con precaución. Parpadeó sin dar crédito al ver el montón con su ropa perfectamente lavada y planchada. Sintió una oleada de gratitud como no la había sentido nunca hasta entonces. Incluso tuvo que contener las lágrimas mientras recogía la ropa y se dirigía al cuarto de baño.

Se quitó a toda prisa el vestido púrpura y las medias y los arrojó a una esquina. Cuando se hubo puesto de nuevo sus pantalones amarillos y su jersey fino, sintió como si se hubiera hecho con el control de la situación.

Pero aquella sensación le duró poco. Cuando entró en la cocina se

encontró con el anciano, que estaba allí comiendo. En cuanto la vio, le apuntó con el tenedor y comenzó a gritar.

—¡Fuera! ¡Fuera de mi casa!

—¡Ya basta, abuelo! —le ordenó Josh, que estaba frente al horno, girándose hacia él—. Si te pusieras las malditas gafas te darías cuenta de que la dama no se parece en nada a Glenda.

—No pienso comer con ella delante —contestó el anciano.

Y con la obstinación beligerante de los niños, se levantó de la silla y salió de la cocina apoyando con fuerza el bastón en el suelo.

—Lo siento —dijo Josh con una sonrisa de disculpa—. ¿Te apetece desayunar? Vamos, siéntate. ¿Te gustan los huevos revueltos con beicon?

—No gracias. Yo... no suelo desayunar mucho.

Y si hubiera tenido el más mínimo apetito, se le habría pasado ante el recibimiento tan hostil que le había dedicado el abuelo. Lo que más deseaba en el mundo era salir de aquella casa lo más rápidamente posible.

—Me gustaría utilizar el teléfono, arreglar los trámites para recuperar el coche y conseguir llegar a Timberlane.

—Lo siento, la tormenta nos ha dejado sin línea. Seguramente no volverá hasta dentro de un par de días. La compañía telefónica se toma su tiempo en esta zona.

—¿No tienes móvil?

—No. Intenté tener uno, pero no paraba de estropearse. Además, con estas montañas no servía de mucho. Siéntate y tómate una taza de café —dijo moviendo una silla para ella.

Cuando Stacy miró de reojo la puerta de atrás, Josh sospechó que estaba considerando la posibilidad de salir de la casa en aquel preciso instante. Y no la culpaba. Las salidas explosivas de su abuelo pondrían a cualquier persona al borde del ataque de nervios, y ella se

estaba manejando mejor de lo que habría cabido esperar de cualquier mujer en sus circunstancias.

—No serviría de mucho llamar a una grúa si el río ha arrastrado a tu coche varias kilómetros —le dijo con amabilidad.

—Era un coche de alquiler, y debo informar del accidente.

—¿Por qué no te sientas y desayunas? —insistió Josh asintiendo con la cabeza—. Luego sacaré la camioneta y bajaremos por el río para examinar la situación.

Stacy advirtió que no se había ofrecido a llevarla a Timberlane para que pudiera llamar desde allí. En aquel momento no tenía más alternativa que aceptar su sugerencia. Se sentó y accedió a tomar una taza de café.

—¿Seguro que no quieres desayunar nada más?

—Bueno, el beicon huele muy bien. Quizá tomaría un par de tiras y una tostada.

Josh se giró para que ella no advirtiera su sonrisa victoriosa. Mientras la veía comer, se dio cuenta por primera vez de que era una mujer muy atractiva. A su modo de ver, más que guapa. Incluso sin maquillaje, aquella boca jugosa y bien definida, la nariz recta y los ojos azules y suaves mostraban una belleza natural. Estaba tan acostumbrado a las mujeres con camisas de hombre y pantalones vaqueros que no pudo evitar fijarse en cómo aquel jersey fino dejaba al descubierto la suavidad de su cuello y acentuaba la firmeza de sus senos. Josh hizo un esfuerzo para apartar la vista de aquel punto concreto.

¿Qué estaría haciendo una mujer como ella en aquel lugar? Sólo le había dicho su nombre y que tenía familia esperándola en Timberlane. Aquello no le cuadraba. Que él supiera no había ningún Ashford en la zona. Josh mantuvo su curiosidad a raya, y cuando la joven terminó de desayunar, salieron de la casa.

La llevó hasta una camioneta que tenía más barro que pintura. El interior estaba sucio y la tapicería de los asientos, desgastada.

Cuando pasaron delante de las cabañas vacías, Stacy no pudo evitar comentar:

—El negocio debe andar mal.

—Normalmente, agosto es el mes en el que hay más ocupación — aseguró él apretando la mandíbula—, pero la reciente reparación del puente nos ha hecho cerrar durante seis semanas.

Josh le dedicó una mirada lacerante.

—Si tu coche ha dañado el nuevo refuerzo, nuestras esperanzas para septiembre desaparecerán.

—Yo... lo siento —respondió Stacy dándose cuenta por primera vez de cómo el accidente podría haber afectado a su modo de vida.

Ahora comprendía por qué se había mostrado tan gruñón y distante con ella. Se sentía culpable por haberse imaginado miles de motivos sospechosos por los que la habría rescatado. Ya lo había molestado bastante. Si la dejaba cerca de la carretera tal vez podría parar a alguien para que la llevara a Timberlane.

Cuando llegaron al puente, Josh vio cumplidos sus peores temores. El coche de alquiler seguía todavía allí, descansando contra un refuerzo de cemento que se había desplazado. El puente crujió cuando Josh pasó por encima con la camioneta, dejando claro que no sería seguro para el tráfico hasta que lo repararan.

Paró la camioneta, se bajó y le echó un vistazo al coche abandonado. El agua había sumergido el morro, pero las puertas de atrás parecían libres.

—Echaré un vistazo y veré si puedo sacar tus cosas. ¿El maletero está cerrado?

—Sí, pero puse dos maletas en la parte de atrás y tengo el bolso delante —respondió ella tragando saliva—. ¿Crees que es seguro

intentar recuperarlos?

—No lo sabremos hasta que lo intente.

Su tono tajante disipó cualquier asomo de discusión. Josh sacó de la camioneta unas botas de pescador que le llegaban a la cintura y se las puso. Luego se metió en el agua llena de barro, se acercó al coche y abrió la puerta de atrás. Se deslizó hacia el asiento del copiloto para hacerse con el bolso y se lo colgó al hombro. Luego se hizo con las dos maletas que había detrás y salió con todo.

El rápido movimiento del agua creaba la ilusión de que el coche se estaba deslizando. Stacy sintió un nudo en la garganta.

Cuando vio llegar a Josh con las maletas experimentó una sensación de alivio. Sus piernas fuertes avanzaban contra el agua y el barro. Respiraba con dificultad cuando llegó a la camioneta y dejó los bultos en la parte de atrás. Después se quitó las botas sucias y empapadas y tomó asiento al lado de Stacy.

—Creo que lo he sacado todo —dijo pasándole el bolso de cuero.

—Oh, sí —respondió agarrándolo—. Te agradezco de verdad lo que has hecho. Si me acercas a la carretera podré parar a alguien para que me lleve a Timberlane.

—No seas tonta —le espetó él con brusquedad—. Yo mismo te llevaré. A saber quién pararía.

Stacy se tapó la boca con la mano para reprimir una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Es sólo que... que...

No sabía cómo explicar que la recogiera quien la recogiera no le daría tanto miedo como le había dado él.

—Ah, ya veo —aseguró Josh entornando la mirada—. Prefieres arriesgarte con cualquier otra persona antes que conmigo.

—No, ahora ya no —se apresuró a aclarar ella—. Te agradezco que me lleves. Lo lamento si te he ofendido. Estoy en deuda contigo.

—Sí, así es. Lo estás.

El modo que tuvo de decirlo provocó en Stacy la impresión de que quizá se la cobraría en el futuro de alguna manera.

Cuando llegaron a Timberlane, Stacy sintió que se le encogía el corazón. Tal vez aquel lugar hubiera sido un núcleo turístico en los años cuarenta, pero ahora no era más que un batiburrillo de edificios viejos. Cualquier indicio de prosperidad había desaparecido de la calle principal. En las faldas de la montaña había enclavadas unas cuantas casas rústicas.

—Me pregunto por qué compraría mi tío una propiedad en un sitio como éste —murmuró.

—¿Qué clase de propiedad?

—Lo llaman el hotel Haverly.

Stacy no esperaba el sonrojo que asomó a las mejillas de Josh.

—¿El hotel Haverly? —repitió como si aquel nombre le estuviera envenenando la boca.

—Sí, mi tío me lo ha dejado en herencia. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? —dijo Josh soltando una carcajada sarcástica—. Demonios, sí. Conozco el hotel Haverly a la perfección.

—No entiendo... —murmuró ella sintiendo la boca seca.

—Mi hermana Glenda murió al precipitarse desde uno de sus balcones. Pero no se cayó —añadió con amargura—. La empujaron.

—¿Quién... quién la empujó? —preguntó con el corazón en un puño.

«Por favor, Señor, que no fuera mi tío Willard el Raro...»

—Si lo supiera, ese malnacido no viviría para contarle —respondió Josh con rabia.

—¿Eso ocurrió hace dos años? —preguntó la joven recordando lo que él le había contado.

Josh asintió con la cabeza y apretó con más fuerza el volante.

La respiración de Stacy se normalizó. El tío Willard sólo tenía el hotel desde hacía un año.

—¿A quién pertenecía el Haverly antes de de que mi tío lo comprara?

—A Malo Renquist —respondió Josh apretando los labios—. Se marchó del pueblo la misma noche en que Glenda fue asesinada, y el muy maldito lleva dos años eludiendo a las autoridades.

Josh le dirigió una mirada furtiva.

—Ese sitio era un refugio para camellos, drogadictos y todo tipo de gentuza. ¿Qué planes tienes para él?

Stacy aspiró con fuerza el aire y le habló del testamento de su tío, en el que se estipulaba que sólo podría cobrar la herencia si invertía una cantidad de dinero en reformar el edificio.

—Habría que tirarlo abajo —aseguró Josh con firmeza—. ¿En qué demonios estaría pensando tu tío?

—Nadie lo sabe —respondió ella con una sonrisa débil—. Por algo lo llamábamos tío Willard el Raro. ¿En qué punto del pueblo está el hotel?

—En ninguno. Está subiendo el Cañón del Diablo, a unos diez kilómetros.

—¿Y por qué lo construyeron allí? —preguntó Stacy con curiosidad.

—Sólo Dios lo sabe. Los Haverly eran una pareja muy trabajadora de Tennessee. Construyeron un hotelito al estilo de la arquitectura sureña y supongo que tendrían pensado hacer un buen negocio con la afluencia de turistas durante el verano. Por desgracia, las estaciones de Vail y de Aspen eran una competencia demasiado feroz para un pueblecito pequeño como Timberlane. Cuando los Haverly vieron que no funcionaba lo dejaron.

Los sucesivos dueños que vinieron después dejaron el lugar peor todavía que antes. Entonces, Malo Renquist lo compró y lo convirtió en un lugar para hippies modernos».

Josh apretó la mandíbula.

—Tras la muerte de Glenda, el hotel estuvo cerrado hasta que llegó tu tío y lo compró.

—Bueno, pues parece que ahora me ha tocado la china a mí — murmuró Stacy con desagrado

—¿No hay nadie de tu familia que pueda ayudarte? Un hermano, o...

—Te mentí. No tengo familia en Timberlane. Soy hija única. Mi padre falleció tras una larga enfermedad cuando yo tenía cinco años y mi madre no volvió a casarse. Viví en casa con ella hasta que murió. Ahora estoy yo sola. Tenía un trabajo bastante bueno en una empresa de marketing hasta hace unas semanas. Y ahora estoy aquí.

Josh captó la incertidumbre en su tono de voz. Y motivos no le faltaban, pensó mientras detenía la camioneta delante de un edificio alto de ladrillo en la calle principal.

—Necesito parar un momento para hablar con los hombres que habían reparado el puente. Llamaré al taller y le preguntaré a Hank si puede sacar tu coche de allí con su camión. Sólo tardaré unos minutos. Luego te llevaré al hotel y te dejaré allí.

Se lo dijo de un modo tan brusco que Stacy tuvo la impresión de que iba a dejarle las maletas en la entrada y saldría de allí lo más rápidamente posible. Y no podía culparlo. Aquel lugar le abriría las heridas más profundas.

Mientras lo esperaba, Stacy tuvo la sensación de estar completamente fuera de lugar en aquel sitio tan extraño. El trauma de las últimas veinticuatro horas había disipado cualquier atisbo de emoción. Se preguntó si la actitud de Josh Spencer hacia ella y hacia

su herencia sería indicativa de lo que podría esperar de los demás habitantes del pueblo. ¿Y si él no era el único que tenía una revancha personal con el lugar que su tío le había dejado? Stacy sabía que había sitios que parecían desprender una energía negativa a pesar de cualquier intento para cambiar el Karma. ¿Sería así el hotel Haverly? ¿Habría sido su accidente sólo una advertencia?

Aquella premonición cayó sobre ella con tanta intensidad que le resultó imposible seguir allí sentada. Al otro lado de la calle había una cafetería, una tienda y una gasolinera en la esquina. No era demasiado, pero cualquier cosa era mejor que quedarse allí sentada.

Se colgó el bolso al hombro y apenas había dado un par de pasos cuando Josh salió del edificio.

No iba solo. A su lado caminaba una morena atractiva vestida con una camisa de hombre, pantalones vaqueros ajustados y un cinturón con un enorme cierre plateado. Era casi tan alta como Josh y tenía una figura muy atlética. Iba colgada de su brazo con naturalidad, y Stacy supo por intuición femenina que entre ellos había algo.

Josh frunció el ceño al verla fuera del coche. ¿Adónde iba? Se había ocupado de sus asuntos lo más rápidamente posible, explicándole al jefe de Marci lo que había ocurrido y lo que se necesitaba con urgencia para impedir que todo el puente se derrumbara. Incluso le había dicho a Marci que tenía prisa, pero ella se había empeñado en acompañarlo para conocer a la mujer que se había estampado contra su puente. Cuando le contó que Stacy Ashford era la nueva dueña del hotel Haverly, la joven abrió los ojos desmesuradamente.

—Tiene que ser una broma. ¿Y se parece a Willard?

—Júzgalo tú misma —respondió Josh con una sonrisa.

Cuando las presentó, Josh se dio cuenta de que Marci estaba asombrada al descubrir que la sobrina de Willard era una mujer menuda y bien formada cuyos ojos azules la observaban con

curiosidad.

—Así que Josh se hizo el héroe y atravesó la lluvia, el viento y la tormenta para rescatarte —dijo Marci con cierto soniquete.

Stacy asintió con la cabeza, consciente de que a Marci Tanner no le hacía ninguna gracia que hubiera pasado la noche en casa de Josh Spencer. Cada una de sus palabras estaba impregnada de celos. Sin poder contenerse, Stacy le dedicó a Josh una sonrisa que podría significar cualquier cosa.

—Sí. Ha sido muy hospitalario.

—Oh, Josh no le presta ninguna atención a lo que la gente piensa, ¿verdad, guapo? —intervino Marci atacando con munición—. Él fue uno de los pocos que no fue por ahí hablando de la estupidez que había cometido tu tío cuando le dio el ataque al corazón por subir todo aquel mármol él solo colina arriba.

Stacy sabía que su tío había muerto de un ataque al corazón, pero el abogado no había entrado en detalles. ¿Qué más cosas ignoraba?

Josh le dedicó a Marci una mirada reprobatoria mientras ayudaba a Stacy a subir de nuevo a la camioneta.

—Te veré más tarde, ¿verdad, Josh? —preguntó Marci con tono sugerente.

—No lo sé —respondió él con sequedad.

Cuando arrancaron la camioneta, Marci seguía todavía allí, y cuando doblaron la esquina.

Josh vio que Stacy tragaba saliva, como si le costara trabajo controlar sus emociones. El comentario de Marci sobre su tío le había molestado. Por no hablar de a lo que tendría que enfrentarse cuando la dejara en aquel hotel abominable. Josh había jurado que no volvería a poner los pies en aquel lugar.

—Es hora de tomar el café de media mañana —dijo más para sí mismo que para ella.

Sin esperara una respuesta positiva, detuvo el coche en el aparcamiento de un pequeño restaurante situado al oeste de pueblo.

—Te esperaré aquí —dijo alzando la barbilla con determinación.

—¿Es eso lo que piensas hacer? ¿Esconderte y salir huyendo?

—No sé a qué te refieres.

—Pues será mejor que lo averigües —aseguró Josh con firmeza—. A menos que te forjes una reputación, te meterán en el mismo saco que a tu tío Willard. ¿Es eso lo que quieres?

—No me importa lo que piensen ni lo que digan los demás de mí.

—Pues debería importarte —respondió él con sequedad, preguntándose por qué demonios intentaba convencerla para que causara buena impresión en el pueblo.

Él nunca había sido de los que metían las narices en los asuntos de los demás, y lo que le ocurriera a Stacy Ashford y a su maldita herencia no era de su incumbencia.

—La gente de los pueblos pequeños puede llegar a ser muy cruel con los forasteros —continuó explicando—. ¿Por qué no me dejas que te presente? Eso te hará la estancia más agradable. Es mejor que todos te echen un vistazo antes de que corra la voz de que estás en Timberlane.

Sin esperar respuesta, Josh salió de la furgoneta y la rodeó para abrirle la puerta.

Stacy vaciló un instante. Pero luego estiró los hombros y le sonrió sin ganas.

—De acuerdo. Llévame al matadero.

Capítulo 3

El restaurante era una especie de cafetería lleno de gente del pueblo sentada en la barra o en las mesas riéndose y charlando. Todos los ojos de los presentes se clavaron en la misma dirección cuando sonó la campanita de la entrada y Stacy y Josh entraron por la puerta.

El murmullo de la conversación disminuyó significativamente, y un hombre soltó una palabrota.

—Que me aspen. Spencer ha conseguido a otra mujer.

Stacy sintió que las mejillas se le sonrojaban. Sintió deseos de girar sobre los talones y salir corriendo de allí, pero Josh pareció leerle el pensamiento. Le colocó una mano firme en el brazo y la ayudó a sentarse en la primera silla que encontró vacía. Ella se quedó allí muy tensa, preguntándose cómo demonios había permitido que la metiera allí para lucirla como si fuera su nueva conquista.

En aquel momento, una mujer de cuarenta y tantos años que estaba tras la caja registradora se acercó a ellos. Tenía la cara llena de pecas y el pelo algo canoso.

—Qué sorpresa tan agradable, Josh. ¿Qué haces por el pueblo? Me han contado que anoche estuviste revisando tu puente ¿Y quién es esta dama tan bella? —preguntó mirando a Stacy con ojos picaruelos.

—Es Stacy Ashford —respondió él con una sonrisa—. La pilló la tormenta, estuvo a punto de perder el coche y ha pasado la noche en mi casa.

—Cielos, entonces debió ser una bendición que Josh anduviera por allí —aseguró la mujer con una sonrisa, tendiéndole la mano a la joven—. Me llamo Alice. Mi marido, Ted, y yo, somos los dueños de este

local. Y somos amigos de Josh y de su abuelo desde hace mucho tiempo.

Alice cerró un instante los ojos antes de añadir:

—Y de Glenda también.

—Encantada de conocerte —respondió Stacy comenzando a relajarse.

Tal vez Josh tuviera razón respecto a lo de presentársela a la gente.

—Nos hemos parado a tomar un café antes de dirigirnos al cañón —dijo Josh como quien no quiere la cosa.

—Mi tío me dejó allí una propiedad, un pequeño hotel —se apresuró a explicar Stacy—. Creo que está a pocos kilómetros de aquí. El hotel Haverly.

—¡Oh, Dios mío...! —murmuró Alice llevándose una mano a la mejilla—. ¿Vas a... vas a tirarlo abajo?

—No. Voy a reformarlo.

—Pero... pero... —comenzó a decir Alice mirando a Josh con ojos implorantes.

Un cliente impaciente que estaba al lado de la caja registradora llamó a la mujer a gritos.

—¡Oye, Alice! ¿Me cobras o no?

—Sí... voy.

Tras dedicarle a Stacy una mirada de desconcierto, la mujer salió a toda prisa.

—Alice y Ted invirtieron mucho tiempo y mucho amor en Glenda —explicó Josh con tristeza—. Cuando huyó de casa a los dieciséis años le dieron trabajo de camarera y la dejaron quedarse en la parte de arriba de su casa. Al final tampoco pudieron hacerse con ella, como nos ocurrió al abuelo y a mí —aseguró con una tristeza reflejada en los ojos.

—Al menos tenía gente que la quería y que intentó ayudarla —apuntó Stacy.

—No sirvió para nada. Glenda hacía lo que quería y terminó yéndose a vivir al hotel Haverly. Intenté explicarles a Alice y a Ted que lo que ocurrió no fue culpa suya, pero ellos sienten que le han fallado —explicó Josh apretando los dientes—. Igual que le fallamos el abuelo y yo.

—A mí me da la impresión de que ella se hizo su propia cama —replicó Stacy—. A veces no hay nada que podamos hacer para ayudar a aquellos que parecen decididos a destruirse.

—Parece como si hablaras por experiencia.

Ella evitó responder. No quería compartir el doloroso recuerdo de aquella noche en la que dos policías fueron a su casa para informarla de que su prometido, Richard, había muerto de sobredosis en una fiesta. Fue entonces cuando se enteró de que Richard era toxicómano, algo que por desgracia ella nunca supo.

Aquella experiencia amorosa tan fatal todavía le pesaba, y Stacy había salido de ella con la decisión de no volver a arriesgarse nunca a abrir el corazón a ningún torbellino sentimental. A veces se sentía sola, pero al menos estaba a salvo.

Josh tuvo la impresión de que la joven había sufrido, y mucho. Seguramente por culpa de un hombre. Tal vez ni su férrea voluntad ni su determinación bastarían para que pudiera soportar la carga que su tío le había puesto encima.

Cuando la camarera les tomó la nota de los cafés, Josh le pidió que preparara algo para llevar: Un par de sándwiches de ternera, patatas y dos trozos de la tarta de manzana casera que preparaba Alice.

—Puedes encargar cualquier cosa que necesites en la tienda. Abe Jenkins, el dueño, te lo lleva a domicilio con un recargo mínimo.

Mientras tomaban el café, Stacy fue consciente de las miradas

curiosas de varios clientes cuando pasaban a su lado. Una pareja de señoras mayores saludaron a Josh con familiaridad, y él les devolvió el saludo con una sonrisa, ignorando su obvio deseo de saber quién era Stacy.

Pero cuando Ted, el marido de Alice, se acercó a donde estaban sentados, se la presentó como la nueva dueña del hotel Haverly.

Ted adquirió la misma expresión incrédula que había puesto su mujer. Era un hombre grande y fuerte de facciones agradables y arrugas de expresión alrededor de los ojos. Stacy tuvo la impresión de que era más joven que su esposa.

—Que me aspen —dijo—. Ese hotel espantoso parece tener más vidas que diez gatos. Todo el mundo pensó que cuando Malo Renquist se marchó lo tirarían abajo, pero entonces llegó tu tío y lo compró cuando salió a subasta... Y ahora estás tú aquí. Sería mejor que lo derribaras y pusieras el terreno en venta —concluyó negando con la cabeza.

—No puedo hacerlo —aseguró Stacy explicándole las condiciones del testamento de su tío.

—Eso parece típico de Willard —comentó Ted cuando ella finalizó la explicación—. Lo siento —se apresuró a disculparse—. Parecía un tipo agradable. Pero un tanto...

Ted se llevó el dedo índice a la sien y lo giró hacia ambos lados.

—Lo sé —reconoció Stacy suspirando—. El tío Willard nunca mantuvo mucho contacto con mi madre y conmigo. Supimos que había ganado mucho dinero con uno de sus inventos, pero no teníamos ni idea de que se hubiera instalado en Colorado.

—Todavía no ha visto el hotel —intervino Josh—. Voy a llevarla.

—¿Por qué no dejas que lo haga yo? —dijo Ted al instante—. No tienes por qué pasar por eso.

—No pasa nada —se limitó a responder Josh.

Hasta que llegaron a la camioneta, Stacy no fue consciente de lo que para Josh suponía emocionalmente volver al lugar donde murió su hermana. Pero por la determinación de su mandíbula supo que no iba a echarse atrás ahora. Había dicho que la llevaría, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Una carretera estrecha surgió a un lado de la montaña, retorciéndose sobre sí misma en una lenta pero constante subida. Tal vez el hotel sólo estuviera a diez kilómetros de Timberlane, pero Stacy se dio cuenta de que a efectos prácticos estaría tan asilada como si estuviera al triple de distancia.

—¿Ésta es la única carretera que lleva al hotel?

Josh asintió con la cabeza.

—Hay un camino en la parte posterior de la montaña que llega hasta unos kilómetros antes del hotel, pero está en muy mal estado. Creo que tu tío hizo que lo cubrieran de gravilla el año pasado.

Stacy sintió deseos de preguntarle a Josh sobre el estado del hotel, pero no quería hacerle todavía más duro el momento. Cuando había recogido la llave en el despacho del señor Doughty, el abogado, le aseguró que todo estaba a punto, incluida la línea telefónica. Doughty le había dicho que por lo que él sabía era un lugar perfectamente habitable y que las reformas que faltaban se llevarían a cabo en cuanto ella diera su aprobación.

Se apoyó en aquella afirmación cuando Josh la miró fijamente un instante antes de decirle en tono de advertencia:

—Pasada la siguiente curva podrás ver el hotel.

Stacy no tenía muy claro cómo esperaba que fuera el edificio. Pero desde luego no contaba con encontrarse una mansión sureña del estilo anterior a la guerra de secesión que parecía completamente fuera de lugar entre aquellas montañas llenas de rocas. Construida en piedra gris, a una altura de tres pisos, tenía la entrada enmarcada por cuatro

pilares y un pórtico. Una balconada y varias terrazas pequeñas se asomaban al exterior, más allá de las ventanas sucias. El tejado, abruptamente inclinado con la obvia intención de guarecer el edificio de las copiosas nevadas invernales, le confería al hotel Haverly el aspecto de una pesadilla.

—Qué monstruosidad —murmuró Stacy, incapaz de disimular la decepción.

En su interior había fantaseado con que aquel lugar se pareciera a uno de aquellos atractivos refugios de montaña con los acabados de madera y chimenea de piedra.

—Es un lugar infernal —aseguró Josh colocándose frente a la propiedad que ella había heredado.

Stacy fue consciente de la tensión que irradiaba su cuerpo rígido. La joven recorrió con la mirada los balcones del segundo piso e imaginó un grito desgarrado y el sonido de un cuerpo al precipitarse contra el suelo. Entonces supo con certeza cuánto le había costado a Josh llevarla.

—Lo siento de veras. No sabía que... —comenzó a excusarse.

Pero Josh salió de la camioneta para no escuchar sus disculpas. Sacó las maletas de la parte trasera y las dejó en el suelo. Luego le abrió la puerta del copiloto para que se bajara. Al ver que no salía, alzó una ceja con gesto interrogante.

—¿Has cambiado de opinión respecto a quedarte aquí?

Stacy estuvo a punto de decir que sí. En aquel momento, las condiciones del testamento de su tío, que la obligaban a vivir allí, le parecían una amenaza. En el pasado se había dejado llevar por sus premoniciones y le había ido bien.

—¿Quieres que te lleve de vuelta al pueblo?

El sentido común le venció la batalla al titubeo.

«¿Y luego qué? Sin coche. Poco dinero. Y en Los Ángeles me

espera sólo la cola del paro».

—No, por supuesto que no —aseguró con falsa entereza mientras se bajaba de la camioneta.

Luego agarró sus bolsas. Se dirigían hacia la entrada cuando de pronto se abrió la puerta.

Dos hombres vestidos con monos de trabajo salieron. Cuando vieron a Stacy y a Josh pusieron cara de querer volver a entrar y cerrar la puerta tras ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —inquirió Josh.

Los había reconocido. Eran Chester Styles y Roy Beale, dos vagabundos que a veces hacían trabajillos por el pueblo.

—Estábamos trabajando por aquí hasta que Willy el Raro estiró la pata —dijo el más fuerte de ellos, Roy—. Hemos venido a recoger nuestras herramientas.

—Sí —aseguró Chester, un hombre más joven de cabello lacio y rubio asintiendo vigorosamente con la cabeza—. Nuestras herramientas.

Josh se habría apostado hasta su último dólar a que estaban mintiendo, y estaba a punto de hacérselo saber cuando Stacy se hizo cargo repentinamente de la conversación.

—Soy Stacy Ashford, la nueva dueña —dijo con amabilidad—. Y necesitareé algunos trabajadores. Quiero continuar con las reformas que empezó mi tío.

—¿Quiere decir que Willy el Raro le dejó a usted este sitio? —preguntó Chester con gesto asombrado.

—Lo he heredado, sí. Y me gustaría retomar la obra cuanto antes. Así que si regresan mañana por la mañana hablaremos.

—Sí, señora —dijo Roy asintiendo con su cabezota—. Willy nos debía dinero, así que tendrá que pagarnos un poco más.

—Sí —estuvo de acuerdo Chester—. Nos debía mucho.

Josh no pudo soportarlo más. Apretó los puños y se acercó a los dos hombres.

—Será mejor que tengáis cuidado con lo que decís a menos que queráis comeros vuestras mentiras.

—Estamos hablando de negocios con ella —protestó Roy dando un paso atrás.

—No, estáis hablando conmigo. Escuchad atentamente: Se os pagará lo mismo que antes, si es que conseguís el trabajo. Hay gente de sobra para hacerlo. Y ahora me gustaría saber cómo habéis entrado en el hotel.

—Tenemos una llave —respondió Chester con ademán bravucón.

—Bocazas —murmuró Roy mirándolo con fastidio.

—Dádsela a la señorita Ashford —les ordenó Josh—. Ella os abrirá cuando vengáis a trabajar.

Chester sonrió, dando a entender que le parecía bien. Incluso Roy asintió.

—Hasta mañana entonces.

Los dos hombres se acercaron al viejo coche que estaba aparcado a un lado del edificio. Llevaban las herramientas que Josh estaba seguro que se habían llevado del hotel.

Stacy subió despacio los escalones y esperó a que Josh abriera la puerta de entrada. Un aire frío y áspero le dio en la cara. La joven vaciló. La premonición estaba allí, hablando alto y claro.

«Cuando haya cruzado el umbral su vida cambiará para siempre».

Sintiendo su inquietud, Josh le colocó la mano en el hombro mientras atravesaban un recibidor que daba a una especie de vestíbulo de techos altos. Aquella zona espaciosa estaba levemente iluminada por la luz que se filtraba a través de las sucias ventanas.

Delante se abría un pasillo estrecho parecido a un túnel que

desembocaba en las profundidades del edificio. Contra una de las paredes se alzaba una escalera de caracol con aspecto de fantasma retorcido. A ambos lados había una serie de puertas, todas cerradas.

—Se supone que hay electricidad —dijo Stacy en voz baja, como si hubiera alguna presencia escuchando—. Pero, ¿dónde están los interruptores?

Josh dejó las maletas en el suelo. Chester y Roy debieron utilizar una linterna para moverse por allí, pensó, o tal vez estuvieran lo suficientemente familiarizados con el lugar como para no necesitarla. Por no mencionar la cantidad de cosas que se habrían llevado mientras el edificio estuvo deshabitado.

—Vayamos a una de las habitaciones a comprobar si tenemos luz —sugirió.

Al ver que Stacy vacilaba, Josh la agarró de la mano y se sorprendió al encontrarla sudorosa. Se dio cuenta entonces de que a pesar de su aparente seguridad estaba muy asustada. Su primer impulso fue sacarla de aquel maldito lugar lo más rápidamente posible. Incluso el aire estaba cargado de una atmósfera maligna que se había cobrado la vida de su hermana. Josh no podía creerse que estuviera allí con una mujer que había irrumpido en su vida hacía menos de veinticuatro horas. Estaba tentado de agarrarla en brazos, marcharse de allí y cerrar la puerta al salir.

¿Y entonces qué?

Antes incluso de plantearse aquella pregunta ya conocía la respuesta. Aunque estuviera muerta de miedo ante la idea de quedarse allí durante la reforma, no renunciaría a los términos impuestos a su herencia. Josh ya había vislumbrado una profunda obstinación en Stacy Ashford que al mismo tiempo lo admiraba y lo enfadaba. Intentar convencerla para que se marchara sería una pérdida de tiempo.

Mientras caminaban sobre el suelo de mármol, el sonido de sus pasos despertó un misterioso eco en el edificio vacío. La primera puerta doble que encontraron se había combado tanto que Josh tuvo que apoyar todo su peso para abrirla.

Cuando cruzaron el umbral encontró un interruptor de luz en la pared. Nada más encenderlo, les llegó a los oídos el sonido de la madera al crujir encima de sus cabezas.

—¡Cuidado!

Josh apartó a Stacy de la puerta. Una viga enorme cayó justo en medio de la habitación de la que acababan de salir.

—¿Qué demonios...? —maldijo Josh.

Stacy sentía el corazón latiéndole con fuerza en los oídos cuando el sonido de la madera golpeando el suelo se desvaneció dando paso a un silencio profundo y aterrador. Las luces iluminaban con fuerza una sala de fiestas que en el pasado debió estar amueblada con mesitas, sillas a juego y una pista de baile ahora cubierta de polvo. Sólo quedaban unas cuantas piezas de mobiliario sueltas.

Cuando miraron hacia el techo comprobaron que parte de él había sido arrancado. Faltaban algunas vigas.

—Parece que dejaron el trabajo a medias —murmuró Josh.

—Esa viga debió soltarse y quedó colgando —dijo ella—. Seguramente, la vibración que se produjo cuando empujaste la puerta la hizo caer.

Josh no estaba tan seguro. ¿Y si la hubieran colocado así para que se cayera? Chester y Roy debían haber estado al mando del edificio desde la muerte de Willard, y Josh no dudaba que habrían colocado algunas trampas para impedir que los demás entraran. Cada vez estaba más convencido de que Stacy debería dejar que aquel maldito tejado terminara de derrumbarse.

Mientras continuaban explorando el edificio, Josh se dio cuenta de

que la ansiedad de la joven iba en aumento. Las habitaciones principales de la primera planta eran la sala de fiestas, un bar, una sala de juegos con mesas para jugar a las cartas y un despacho. La cocina y la lavandería estaban en la parte de atrás del edificio.

Iban encendiendo las luces a medida que avanzaban, y Josh se dio cuenta de que todas las habitaciones se hallaban en mal estado en mayor o menor grado. Y casi todas vacías.

Cuando llegaron a la lavandería, en la que sólo había una lavadora con secadora, Josh abrió una puerta en el suelo que revelaba unos escalones de madera que bajaban hacia la oscuridad.

—Tal vez haya una bodega ahí abajo. ¿Quieres echarle un vistazo?

—No —se apresuró a responder Stacy cuando sintió una bocanada de aire helado—. Subamos.

Una oleada de desesperación se apoderó de ella mientras subían las escaleras que llevaban al piso de arriba. Si todo el edificio estaba en el mismo estado de caos que abajo, ¿cómo iba a arreglárselas para vivir allí?

Una vez arriba, le echaron un vistazo a las habitaciones. Todas tenían la puerta abierta, y se dieron cuenta de que en toda la zona no había ni un solo mueble. Las ventanas estaban desnudas y en el suelo se amontonaban cajas llenas de objetos inservibles.

—Este lugar es completamente inhabitable —aseguró Josh con mal humor.

—Quiero revisarlo todo, pero no hace falta que tú te quedes. Ya has hecho suficiente —lo tranquilizó ella.

Josh no contestó. Se limitó a hacer un gesto desdeñoso con la mano.

Cuando estaban a punto de llegar al ala este, se encontraron con una puerta muy ancha de madera de caoba que contrastaba claramente con las puertas sin pintar de las otras habitaciones del

hotel, que además eran más pequeñas.

Josh intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—No creo que pueda vencer esta —dijo observando el grosor de la madera.

—El abogado me dio este manojito de llaves —recordó Stacy hurgando en el bolso—. Tal vez alguna sirva.

Lo intentaron con las dos primeras y fue inútil, pero la tercera se giró haciendo un clic. Josh abrió la puerta con cuidado y luego esperó unos segundos para asegurarse de que no había ninguna trampa. Entonces entraron.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Stacy con asombro.

Tras la ruina del resto del edificio, aquel apartamento amueblado en la parte delantera de la casa era una completa sorpresa.

—Ni yo tampoco —murmuró Josh igual de atónito.

Stacy recorrió la estancia en estado de trance. Habían tirado las paredes para abrir una zona de estar y un pequeño comedor con cocina americana. La decoración era claramente masculina: Muebles de madera oscura, cortinas lisas en tonos beige y alfombras de color marrón por el suelo. Todos los cuadros representaban escenas del oeste. No había ningún efecto personal a la vista y los armarios y los cajones estaban vacíos. Incluso el baño carecía de toallas y de jabón.

Lo que sí había era un teléfono y, al descolgarlo, Stacy escuchó un sonido familiar de llamada. Bien. Ahora podría llamar a la compañía que le había alquilado el coche, contarles lo que había ocurrido y averiguar qué tenía que hacer.

Aunque el apartamento estaba lleno de polvo, Stacy no pudo reprimir las lágrimas de alivio.

Gracias a Dios, había encontrado un rincón habitable en aquel lugar.

La reacción de Josh fue completamente la opuesta. Hasta aquel

instante había estado seguro de que Stacy tendría que buscar alojamiento en Timberlane tanto si le gustaba como si no.

Mientras miraba a través del cristal que daba al balcón de hierro, sintió una presión en el pecho. El hecho de que una mujer desprotegida viviera en aquel lugar aborrecible le creaba una gran inquietud.

—Bueno, supongo que ya está —le escuchó decir a Stacy con tono aliviado al salir de la habitación—. Puedo quedarme aquí y estar muy cómoda mientras me encargo de la reforma y...

—No creo que sea una buena idea —la interrumpió él—. Deberías solicitar un permiso legal para vivir en otro sitio. Al menos hasta que haya ciertas medidas de seguridad.

—La puerta tiene llave.

—Pero, ¿y el resto del edificio? Cualquiera podría vagar por aquí de día o de noche. No es un lugar seguro para una mujer sola —aseguró mirando una vez más por el balcón—. Nada seguro.

—Josh, yo no soy Glenda —dijo con voz pausada, leyéndole el pensamiento.

—No. Y espero que tú tengas más sentido común del que ella tuvo —respondió él suavizando el tono—. Stacy, la estabilidad del edificio es cuestionable: Los techos, las paredes, los suelos... Deberían desahuciarlo y tirarlo abajo.

—Gracias por darme tu opinión. La tendré en cuenta. Pero por el momento creo que subiré mis bolsas y me instalaré aquí —aseguró la joven dirigiéndose a las escaleras.

—La viga esa que casi nos rompe el cráneo pudo ser sólo un aviso de otros accidentes que pueden ocurrir —insistió Josh siguiéndola.

«Si es que ha sido un accidente», se dijo para sus adentros.

—Soy lo suficientemente sensata como para no exponerme a un peligro innecesario.

—Si tienes opción.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy muy seguro —contestó Josh con sinceridad—. Es que no me gustan las vibraciones que desprende este lugar.

—Lo comprendo —dijo ella asintiendo con la cabeza—. Pero mis circunstancias son distintas a las de tu hermana. Cuando haya terminado las reformas me libraré de este lugar y seré libre para seguir con mi vida. Te agradezco tu preocupación, de veras.

Cuando sus miradas se cruzaron, sus ojos llegaron a un nivel emocional que hizo que ambos apartaran rápidamente la vista.

Acababan de llegar al piso de abajo cuando escucharon ruidos en la puerta de entrada. La luz que habían dejado en la sala de fiestas iluminó las sombras del vestíbulo cuando se abrió la puerta y entró un hombre de mediana edad y baja estatura.

Iba vestido con un uniforme marrón y llevaba una placa y una pistola colgada al cinto. Tras echarse el sombrero hacia atrás, clavó su mirada escrutadora en ellos.

—Me dijeron en el restaurante de Alice que habíais pasado por ahí.

—Así es, sheriff —respondió Josh forzándose a hablar con educación—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Creo que no lo has entendido bien, jovencito —aseguró el hombre ensombreciendo la expresión—. Estoy aquí para ver qué puedo hacer por... la señorita Ashford, ¿verdad? —preguntó tendiéndole una mano agrietada—. Encantado de conocerla. Soy el sheriff Mosley.

Stacy murmuró una respuesta educada, consciente de la hostilidad que vibraba entre los dos hombres.

—¿Es ésa la llave de la puerta de entrada? —preguntó Josh bruscamente, señalándola con el dedo.

—Lo cierto es que sí —contestó el sheriff haciendo una mueca—.

No es asunto tuyo, Josh, pero el abogado de la señorita, el señor Doughty, me pidió que vigilara la propiedad.

—¿Y por eso estaban Chester y Roy a cargo del sitio? Cuando hemos llegado estaban aquí.

—Doy por hecho que esos dos hombres trabajaban para el tío Willard —se apresuró a intervenir Stacy para evitar una confrontación—. Quiero reformar el hotel lo más rápidamente posible y parecían dispuestos a trabajar para mí.

—Seguro que lo harán, señorita. No son los tipos más listos del mundo, pero trabajan bien. Aunque por supuesto, hace falta que alguien los supervise.

—Yo mismo lo haré —aseguró Josh sin pararse a pensar—. Resulta que ahora estoy libre.

—Tal vez la señorita Ashford quiera pensárselo un poco antes de tomar ninguna decisión —respondió el sheriff entornando los ojos—. He oído que pasó la noche en tu casa.

—Sí, así es —intervino Stacy, molesta por el hecho de que el sheriff estuviera hablando de ella como si no estuviera delante—. Me estrellé con el coche en medio de la tormenta, como probablemente sepa. Le agradezco su preocupación, sheriff, pero le aseguro que estoy más que capacitada para manejar mis propios asuntos.

—Y yo agradezco la oportunidad de poder echar un vistazo a las cosas que Renquist pudo dejar atrás antes de largarse —aseguró Josh, encantando con la idea.

—Renquist no tuvo nada que ver con la muerte de tu hermana —le espetó el sheriff—. Todo lo que ocurrió aquí estaba dentro de la ley.

—¿La ley de quién? —lo retó Josh—. ¿La de usted?

Mosley se llevó la mano derecha a la pistola, como si quisiera advertirle que se estaba metiendo en un terreno peligroso.

—Le agradezco que haya venido, sheriff, pero le aseguro que todo

está bajo control —se apresuró a intervenir Stacy.

—Volveré por aquí —prometió mirando a Josh con gesto amenazador.

—Sí, hágalo, sheriff —respondió ella con amabilidad.

Aunque no le gustaban los modos bruscos de aquel hombre, no estaba dispuesta a caer en la hostilidad de Josh.

—¿A qué demonios venía eso? —preguntó cuando el sheriff se hubo marchado.

—No puedo con el modo en que Mosley se quitó de en medio la muerte de Glenda —respondió Josh con acritud—. Ni siquiera fingió que investigaba, y se apresuró a declarar que había sido un suicidio. Estoy convencido de que le dijo a Malo Renquist que desapareciera hasta que las cosas se hubieran tranquilizado. Creo que los dos estaban compinchados cuando Renquist era el dueño de este sitio. Seguramente Mosley se llenaría los bolsillos y miraría hacia otro lado cuando había algo ilegal. Supongo que por eso quería advertirle que no estabas sola.

—¿Por eso mentiste cuando decías que ibas a trabajar para mí?

—En parte sí —respondió Josh vacilando un instante antes de continuar—. Soy el hombre que necesitas para este trabajo. Tengo experiencia. Supervisé el trabajo de la cuadrilla que construyó las cabañas y las instalaciones en nuestro terreno. Reparar el puente llevará unas cuantas semanas, así que tengo tiempo.

—Pero tú detestas este lugar —dijo ella sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. Y tienes responsabilidades. ¿Qué me dices de tu abuelo?

Josh hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—¿Me vas a ofrecer el trabajo o no?

—Por supuesto, es tuyo si lo quieres —respondió Stacy sintiendo un inmenso alivio—. Pero, ¿por qué te planteas siquiera aceptarlo?

Josh clavó la vista en un punto lejano detrás de ella y se quedó pensativo.

—Renquist se largó a toda prisa, antes incluso de que el cuerpo de Glenda fuera descubierto a primera hora de la mañana. Si averiguo qué estaba ocurriendo aquí cuando mi hermana perdió la vida, tal vez descubra dónde se esconde Renquist. He hablado con las autoridades estatales, y si les ofrezco una vía razonable están dispuestos a reabrir el caso. Bueno, ¿qué te parece? —concluyó regalándole una de aquellas sonrisas suyas tan poco frecuentes—. ¿Estoy contratado?

—Ya que no conozco el alcance del trabajo que hay que hacer, estoy dispuesta a permitir que hagas una valoración. Luego decidiré —respondió con tono profesional.

—Me parece justo.

Josh recogió las maletas del lugar donde las habían dejado antes.

—Te dejaré instalada y después regresaré al pueblo.

—De acuerdo —dijo Stacy agradecida.

—Tengo que encontrar a alguien que se quede con el abuelo durante este tiempo y recoger algunas cosas que necesito —le dijo mientras subían por las escaleras hacia el apartamento—. Estarás bien aquí sola, ¿verdad?

—No necesito niñera, ni tampoco guardaespaldas —respondió ella alzando la barbilla con gesto decidido—. De hecho, no hay razón para que no vayas y vengas si lo prefieres. Como tú bien sabes, este lugar no está muy habitable.

Stacy quería dejar muy claro que el apartamento de su tío era para un solo habitante.

—Bueno, creo que seré capaz de encontrar una cama libre en algún lado —aseguró Josh con una sonrisa.

¿De verdad pensaría ella que tenía intención de dormir a su lado? Desde luego, en sus planes no entraba complicarse la vida

sentimentalmente hablando. Stacy era muy atractiva, pero si viera que los tiros iban hacia allí, sería el primero en dar un paso atrás.

—¿Quieres que te espere? —le preguntó Stacy cuando él le pasó la última bolsa.

—No —aseguró él dirigiéndose hacia la puerta—. Cierra cuando yo me haya ido. Llamaré a la puerta cuando regrese. Seguramente antes de que anochezca.

—De acuerdo —contestó Stacy—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Al darse cuenta de que estaba completamente sola, la seguridad con la que le había hablado a Josh se desvaneció. El suelo del apartamento crujía a cada paso que daba, y cada respiración suya parecía retumbar por toda la estancia.

Stacy sacó su propia toalla de la maleta y se dirigió al baño con su neceser y una muda de ropa. Agradeciendo en silencio el agua caliente que brotó nada más girar la llave, permitió que la ducha le masajeara los músculos de los brazos y de la espalda, que tan tensos estaban.

Cuando se puso unos pantalones vaqueros limpios y un jersey y regresó al saloncito escuchó el sonido de un trueno lejano. Se acercó corriendo a la ventana que daba al balcón y miró a través del cristal lleno de polvo.

—Oh, no, otra vez no... —gimió.

Unas nubes bajas descendían por el valle de la montaña, amenazando con desencadenar otra tormenta.

Stacy buscó los papeles del alquiler del coche en el bolso, se sentó en el sofá y descolgó el teléfono.

—Tendremos que mandar una grúa y traer el coche a Denver para que lo examine el perito —le aseguró la señorita de la compañía, al otro lado de la línea, cuando Stacy le contó lo ocurrido—. ¿Dónde

podemos enviarle los papeles que tendrá que firmar?

—Al hotel Haverly. Pero no me sé la dirección —respondió Stacy lamentando no habérsela preguntado a Josh—. Sólo puedo decirle que está al oeste de Timberlane.

—¿Y el número de teléfono?

—Tampoco lo sé. Tendrá usted que llamar a información.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. Era obvio que la otra mujer estaba confundida. Tras unas cuantas preguntas más que sólo arrancaron de Stacy respuestas vagas, colgó.

Stacy cerró los ojos y se recostó en el sofá. Hizo un par de respiraciones profundas para relajar la tensión de su cuerpo y, sin darse cuenta, se deslizó hacia un sueño profundo. Al despertarse, vio que las nubes se habían despejado, pero ya había comenzado a atardecer y el viento soplaba con fuerza. No podía creer que se hubiera pasado prácticamente todo el día durmiendo.

Se dijo a sí misma que Josh aparecería en cualquier momento. La bolsa que había llevado del restaurante contenía un par de sándwiches, patatas, tarta de manzana y dos cartones de leche. Tal vez él hubiera decidido cenar con su abuelo antes de regresar al hotel.

Cuando estaba terminando la leche levantó la vista y estuvo a punto de sufrir un ataque. El pequeño candelabro de cristal que había encima de la mesa del comedor se mecía suavemente como si una mano invisible lo estuviera moviendo. El aire del apartamento permanecía inmóvil, sin que hubiera nada que provocara aparentemente el tintineo de los cristalitos. Un instante después el balanceo se detuvo tan bruscamente como había comenzado.

«Debo estar alucinando. ¡No puede ser!»

Stacy se levantó bruscamente de la mesa y luchó contra el impulso de salir corriendo del apartamento. ¿Para ir adónde? Aquellas habitaciones eran el único santuario del edificio. Más allá de aquellas

paredes sólo había pasillos oscuros, habitaciones vacías y espacios amenazantes. Estaba sola en el hotel, ¿no?

«Es la tormenta. El viento. Las maderas que se mueven un poco, como ocurre en todas las construcciones viejas. Eso es lo que ha hecho que los cristales del candelabro se movieran».

Cuando escuchó el sonido seco de unos nudillos contra la puerta, fue incapaz de moverse durante un instante.

—Abre la puerta, Stacy. Soy yo —gritó Josh.

Llevaba un saco de dormir debajo de cada brazo y tenía una mochila colgada al hombro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él con ansiedad cuando Stacy le abrió la puerta y vio su rostro tan pálido.

—Yo... Yo... —balbuceó la joven—. Supongo que estoy un poco nerviosa.

¿Qué pensaría Josh si comenzaba a desvariar sobre candelabros que se balanceaban solos? Él ya estaba convencido de que no sería capaz de vivir allí.

—Lamento no haber llegado antes. He traído unos sacos de dormir y algo de comida. Descargaré la camioneta por la mañana —dijo mirando de reojo la mesa del comedor—. Veo que ya has comido.

Stacy asintió con la cabeza y clavó la vista en el candelabro.

Estaba completamente quieto.

Capítulo 4

—He comprado unas cuantas cosas para la cena y el desayuno —le dijo Josh—. Mañana podemos ir a comprar más provisiones.

En otras circunstancias, Stacy hubiera encontrado cómica la situación. Allí estaba ella, organizando la intendencia de su hogar con un hombre al que conocía desde hacía menos de veinticuatro horas, y en unas circunstancias increíbles. Cuanto más pensaba en ello, más extraña le parecía toda la situación... incluido Josh Spencer. ¿Estaba completamente de su parte? La rapidez con la que había aceptado el trabajo de supervisor le parecía sospechosa.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Josh confundido—. Me estás mirando como si estuvieras a punto de echarme por la puerta. ¿He hecho algo que te haya sentado mal?

—No, no es eso —se apresuró a aclararle ella—. Te agradezco que hayas traído provisiones y sacos de dormir. Es sólo que estoy un poco sorprendida. No tenías ni por qué haber regresado esta noche.

—Eso es cierto —dijo Josh alzando una ceja con gesto interrogante—. ¿Te preocupa tener que compartir el saco? Por si no te has dado cuenta, he traído dos.

Stacy sonrió, porque sus preocupaciones iban en otra dirección completamente distinta. Desde luego no era su virtud lo que le inquietaba. Josh no le había dado muestras de que ella supusiera ninguna tentación. Estaba claro que Marci era suficiente mujer para mantenerlo satisfecho. No, lo que la preocupaba era que la utilizara para llevar a cabo su venganza. A veces, cuando lo miraba a los ojos, veía una furia explosiva que amenazaba con destruirlo.

—Tenía pensado echarle mañana un vistazo a alguna de las habitaciones cercanas, pero si quieres puedo hacerlo esta misma noche si...

—No, por favor, quédate —dijo Stacy al instante, pensando que ya analizaría los motivos de Josh más adelante—. No quiero estar sola.

—Bueno, no me sorprende —aseguró él—. Este edificio grande y vacío emitirá muchos sonidos, sobre todo habiendo tormenta. Hace falta tiempo para acostumbrarse a los diferentes ruidos.

Stacy estuvo a punto de comentarle lo del candelabro. Pero el temor a que Josh pudiera tomárselo como un ataque de histeria femenina se lo impidió. Lo que más deseaba era demostrarle a él y a sí misma que podía manejar cualquier situación de una manera reposada y racional.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en llevarse a cabo la reforma? —le preguntó para darle una prueba de ello.

—Es difícil de decir. Depende del plan que dejara hecho tu tío.

—El abogado me dijo que los planos y las instrucciones están en su escritorio.

—Mañana intentaré conseguir una cuadrilla de trabajadores —aseguró Josh—. ¿Qué me dices de los gastos de material y los salarios? Necesito saber con cuánto dinero cuento.

—La cantidad que dejó especificada mi tío para la reforma me pareció exorbitante, pero tras comprobar las condiciones en las que está el hotel me pregunto si será bastante.

Abrieron una lata de sopa para cenar, y Josh se tomó además su sándwich del almuerzo. Stacy fregó después los platos.

—No me importa dormir en el sofá —le dijo—. Tú eres el que necesita descansar para estar mañana en forma.

—Estoy acostumbrado a dormir en cualquier sitio —aseguró Josh—. Y además tengo el sueño ligero. No dudes en llamarme si me

necesitas.

—Creo que la tormenta pasará pronto —dijo Stacy esperanzada, agarrando el saco que él le pasó.

Josh sintió una repentina oleada de protección que lo pilló por sorpresa. Durante un ridículo instante acarició la idea de colocar su saco de dormir en el suelo, al lado de la cama de Stacy. Pero se le pasó el impulso en cuanto imaginó su reacción.

—Te veré por la mañana —dijo bruscamente.

Y se instaló en el sofá antes de hacer el más espantoso de los ridículos.

* * *

El día siguiente amaneció calmado. Decidieron bajar a Timberlane y desayunar en el restaurante de Alice y Ted. Tras dormir toda la noche de un tirón, Stacy tenía hambre y estaba encantada con la premura con la que Josh quería empezar la reforma.

—Vaya, tenéis un aspecto estupendo esta mañana —los saludó Ted mirándolos con picardía—. Parece que habéis pasado buena noche. ¿No os ha importunado la tormenta a ninguno?

—Hemos dormido de un tirón —respondió Josh con una osadía que hizo sonrojar a Stacy.

Pero Josh parecía indiferente a su comentario, y ella decidió dejarlo correr. ¿Qué más le daba? Si a él, que era quien vivía allí, no le importaba lo que pudiera decir la gente, a ella menos.

Ambos pidieron un desayuno Bonanza. Stacy supo que había cometido un error cuando le llevaron un plato enorme con huevos, salchichas, tortitas y sofrito de carne.

—Dijiste que tenías hambre —le recordó Josh al ver su expresión—. Será mejor que te lo comas. Sólo nos queda una lata de sopa.

Stacy soltó una carcajada y los ojos le brillaron de alegría. En aquel instante se relajó la tensión que había acumulado durante los dos últimos días.

Unos mechones de cabello negro le enmarcaban aquel rostro de piel suave. Como si la estuviera viendo por primera vez, Josh fue consciente de las tentadoras líneas de su boca y se sintió atraído por ella de un modo nuevo. Sus bien acomodadas defensas contra las emociones se vieron súbitamente amenazadas. Josh decidió entonces centrar la conversación en asuntos serios, relacionados con el reto de cumplir los requisitos del testamento de su tío.

—¿Y qué me dices de tus gastos? —le preguntó frunciendo el ceño—. ¿No tienes derecho a nada hasta que satisfagas los acuerdos de la herencia?

—No, por suerte el testamento de mi tío me asigna una cantidad mensual para mis gastos. Ahora que me he hecho una idea de lo que necesito, esta mañana compraré provisiones y otros artículos, como sábanas y almohadas.

—De acuerdo. Encontrémonos otra vez aquí antes de mediodía. Así tendré tiempo para buscar obreros dispuestos a trabajar.

Cuando estaban a punto de terminar el desayuno, Ted tomó asiento a su lado.

—Justo el hombre que esperaba ver —aseguró Josh—. Necesito contratar algunos hombres.

Ted negó con la cabeza.

—Cualquiera que conozca aquel lugar no querrá tener nada que ver con él —le advirtió—. Willy el Raro decía que quería una cosa y al día siguiente cambiaba de opinión. Chester y Roy eran los únicos dispuestos a trabajar allí, pero daban más problemas que otra cosa. Si yo fuera tú no los contrataría.

—No estoy seguro de poder evitarlo —aseguró Josh mirando a

Stacy, que de pronto recordó que les había prometido trabajo—. Estoy comprometido con ellos.

—Supongo que una mala ayuda es mejor que ninguna —dijo Ted encogiéndose de hombros—. Será mejor que regrese al trabajo antes de que Alice me lleve de una oreja.

Cuando se terminaron el café salieron del restaurante y se dirigieron caminando hacia la tienda principal de Timberlane. Aquel edificio cuadrado tenía dos ventanales frontales llenos de mercancía de todo tipo: Ropa, comida, menaje del hogar... el objetivo parecía ser mostrar la mayor cantidad de artículos posible.

—No encontrarás la selección de precios a la que estás acostumbrada en Los Ángeles, pero eso es todo lo que tenemos —le advirtió Josh, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Estoy segura de que encontraré todo lo que necesito —respondió Stacy fingiendo seguridad.

—Diles que te metan la compra en bolsas y la recogeremos después, cuando vayamos a irnos. Dentro de un par de horas más o menos.

—Está bien. Encontraré algo que hacer mientras te espero.

—Intenta no perderte —bromeó Josh con semblante serio.

—Si me pierdo, me pondré a gritar en medio de la calle principal.

—Si haces eso todos los hombres del pueblo acudirán a ti en estampida y te atropellarán —aseguró él con una mueca.

Aquella broma era lo más parecido a un piropo que le había dicho. Stacy se dio cuenta de que subía las escaleras de la tienda demasiado deprisa por la emoción.

El interior de la tienda estaba tan repleto de cosas como el escaparate. No vio ningún carrito, pero cerca de la puerta había varias cestas de plástico metidas unas dentro de otras. Stacy se hizo con una de ellas y comenzó a caminar entre los mostradores. Pasó al lado de

algunos clientes, pero nadie le prestó demasiada atención, ni siquiera las dos dependientas de cabello gris que estaban colocando más mercancía en los ya de por sí abarrotados estantes. Cuando Stacy llenó la cesta, se dirigió a la caja que había delante.

Un hombre de unos cuarenta y pico años, delgado y de tez pálida, la saludó con educación.

—Buenos días —respondió la joven—. ¿Puedo dejar aquí la cesta mientras me acercó a comprar provisiones a la otra sección? Josh Spencer vendrá a recogerlo todo después.

—Claro —contestó el hombre mudando radicalmente la expresión de la amabilidad al interés—. Perdona, ¿es usted la nueva dueña del hotel Haverly?

Stacy asintió con la cabeza.

—¿La sobrina de Willard? Soy Abe Jenkins —dijo el hombre tendiéndole una mano huesuda—. Siento lo de su tío. Era un hombre muy simpático, aunque un poco raro. Supongo que tenía una visión muy particular de la vida.

—Gracias, señor Jenkins. Encantada de conocerlo. Soy Stacy Ashford. —le agradeció Stacy.

Era la primera persona que le decía algo agradable de su tío.

—Lo mismo digo. No me sorprendió saber que Willy había sufrido un ataque al corazón —dijo con franqueza Abe—. No era un hombre muy fuerte. Las pocas veces que fui a llevarle el pedido lo vi intentando hacer cosas que iban más allá de su fuerza física. Una vez lo ayudé a mover algunos muebles, pero nada de todo aquello tenía mucho sentido para mí. Y dígame, ¿qué va a hacer usted con aquel lugar?

—Intentar cumplir los planes que tenía mi tío para él.

«Si consigo averiguar cuáles eran», añadió para sí misma.

—Bueno, será mejor que termine de comprar.

Stacy descubrió que la comida no iba a suponer ningún reto. Las opciones eran muy limitadas: Sólo un par de marcas y los productos básicos. Pero incluso así se las arregló para gastarse el doble de lo que había calculado. Josh tenía razón respecto a los precios. Al no tener competencia, la tienda podía cobrar sin problemas lo que quisiera.

—Josh dijo que recogería la compra después de comer —le dijo Stacy al dueño de la tienda cuando hubo terminado—. Dígame que si falta algo que le apetezca lo añada al pedido.

—Claro. Se lo diré —aseguró Abe sin poder disimular una sonrisa—. Y bienvenida.

Stacy salió de la tienda. Había muy poco tráfico en la calle, y decidió ir caminando hacia el restaurante de Alice.

La dueña estaba en la puerta, apoyada en una escoba y respirando el aire fresco.

—Me alegro de verte. ¿Por qué no subes un momento a mi casa? —le dijo Alice—. Quiero hablar contigo.

La mujer abrió camino por unas escaleras estrechas hasta una puerta que había arriba. La abrió y le indicó a Stacy con un gesto un salón con dos ventanales que daban a la calle. Era un apartamento modesto pero con aspecto confortable y limpio.

—Siéntate, por favor —dijo indicándole con un gesto un sofá tapizado en tela de flores—. ¿Qué te parece hasta ahora Timberlane?

—Bueno, creo que me costará bastante tiempo adaptarme —respondió Stacy con sinceridad.

—De eso precisamente quería hablarte —dijo entonces Alice, tomando asiento en una silla frente al sofá—. No quiero que Josh lo pase mal. Ya ha sufrido bastante en la vida. No debería volver a sufrir un disgusto. No deberías aprovecharte de él como lo estás haciendo.

—No sé de qué estás hablando. Josh se ofreció a trabajar para mí y...

—Y tú sabes la razón, ¿verdad? —la interrumpió Alice—. Josh sufre mucho. Y está metiéndose en la boca del lobo para volver a sufrir, ¿entiendes lo que te quiero decir?

—No, no lo entiendo.

—El espíritu de su hermana no lo deja en paz —dijo Alice suspirando—. Y ahora vienes tú ofreciéndole la posibilidad de volver a reabrirle todas sus heridas. Supongo que sabes por qué está dispuesto a mudarse al hotel. Quiere demostrar que la muerte de Glenda no fue un accidente.

—Sí, yo también creo que ésa es la razón. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Tienes que impedir que malgaste su vida en una amarga venganza.

Alice se puso bruscamente en pie y se acercó a un armario. Sacó de allí una caja y se sentó en el sofá al lado de Stacy. La caja estaba llena de fotos.

—Mira esto —dijo sacándolas una por una para mostrárselas—. Glenda vino a vivir con nosotros cuando tenía dieciséis años y se quedó tres más.

En las primeras fotos Glenda aparecía como una joven bonita de cabello oscuro y ojos grises. Tenía la cabeza alzada en gesto algo insolente y la sonrisa alegre. Algunas habían sido tomadas en el restaurante, con el uniforme de camarera. Alice y Ted salían también en algunas a su lado. Por el modo en que miraban a la joven, estaba claro que les había robado el corazón.

Stacy se quedó sorprendida al ver a Josh en alguna de las fotos tomadas durante un picnic con su hermana y con Alice y Ted. Era un Josh muy diferente al que ella había conocido. Tenía una expresión juguetona en el rostro, como si estuviera bromeando con su hermana. Parecía completamente relajado, y estaba tan guapo con aquel cabello

castaño que reflejaba los rayos del sol, que Stacy entendió que alguien como Marci estuviera loca por él. Stacy trató de no mudar la expresión de frialdad mientras se preguntaba qué se sentiría al estar cerca de un hombre como Josh cuando era feliz y despreocupado.

Las últimas fotografías de Glenda mostraban el cambio que se había operado en ella durante los tres años que vivió con Alice y Ted, de los dieciséis a los diecinueve. La sencillez de su ropa anterior había dado paso a unos modelos sensuales y atrevidos. Sus poses eran seductoras.

Stacy sintió un escalofrío al recordar el odio de las palabras del abuelo de Josh. No le gustaba el modo aterrador en que se había visto inmersa en la vida de Glenda Spencer.

—Lo hicimos lo mejor que pudimos —aseguró Alice con emoción apenas contenida—. Pero Glenda utilizaba a todo el mundo para conseguir sus objetivos egoístas. Nos hizo pasar a todos por un infierno. Cuando se fue a vivir con Renquist, Ted y yo nos rendimos.

Stacy tuvo la impresión de que tras las palabras de Alice se escondían muchas cosas que no le decía.

—¿Qué crees que le ocurrió en realidad?

—Creo que Glenda murió como vivió —aseguró la otra mujer entornando los ojos—. Haciéndoselo a los demás lo más difícil posible. Sobre todo para Josh. Por eso odio verlo abriendo de nuevo la vieja herida. Nada bueno puede sacar viviendo en aquel lugar... contigo.

El modo en que pronunció aquella última palabra fue más que significativo, pero Stacy fingió no haberse dado cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Josh ya ha sufrido bastante —respondió con frialdad—. Cualquiera con un poco de cerebro podría ver lo que va a ocurrir: Tú y él en aquel lugar...

—Me gustaría saber qué marca de bola de cristal utilizas —dijo Stacy perdiendo la paciencia.

—No me hace falta ninguna —contestó Alice con rotundidad—. Si tienes algo de conciencia, regresa a Los Ángeles. La gente de este pueblo ya ha tenido bastante del hotel Haverly y de la gente relacionada con él.

Antes de que Stacy pudiera responder, Ted apareció en el umbral.

—Ya basta, Alice.

—Tengo razón y lo sabes —insistió la mujer mientras su marido entraba al salón—. Tu mismo estabas diciendo que no puede venir nada bueno de su presencia aquí.

—Lo que dije fue que de la obsesión de Josh por la muerte de Glenda no puede salir nada bueno —respondió Ted girándose hacia Stacy—. Espero que lo comprendas.

—Comprendo vuestra preocupación —dijo la joven con frialdad—. Pero también comprendo que Josh esté decidido a conocer la verdad si eso fuera posible.

—Lo único que queremos es verlo feliz —dijo Alice con lágrimas en los ojos—. Debería casarse con Marci y sentar la cabeza. Eso es lo que queremos para él. Yo sé lo que no le conviene —concluyó mirando fijamente a Stacy.

—No te preocupes, Alice —aseguró la joven poniéndose en pie—. La decisión de Josh de trabajar para mí es estrictamente profesional. Y mi intención es que siga así. Relájate. Créeme, no tengo ningún interés personal en Josh Spencer. No lo tendré.

Alice la miró con tristeza, como si tuviera la capacidad de reconocer una mentira en cuanto la oía.

Capítulo 5

Josh estaba esperando en la camioneta delante del restaurante cuando Stacy bajó las escaleras del apartamento de Alice y Ted.

—Vaya, estás aquí —dijo—. Estaba empezando a pensar que realmente te habías perdido.

Stacy le dedicó una sonrisa medio forzada.

—¿Recogiste la compra en la tienda? Estuve hablando un rato con Abe Jenkins sobre mi tío. Parecía aceptarlo y comprenderlo. Me alegro de al menos tuviera un amigo en el pueblo.

—Yo los vi juntos un par de veces en la tienda —le dijo Josh—. Tu tío siempre andaba buscando maquinaria oxidada que ya no sirviera. Se hizo con una reputación de chatarrero.

—Ya te dije que era inventor —respondió Stacy con sequedad—. Hace muchos años vendió la patente de una especie de válvula de seguridad a una compañía aérea y ganó una fortuna.

—No parece el tipo de hombre que querría invertir en un hotel —murmuró Josh algo desconcertado—. Era más bien un tipo solitario.

—Lo sé —dijo Stacy—. Yo también me lo he preguntado.

—Bueno, tal vez encontremos la respuesta cuando revisemos sus papeles en el escritorio del hotel.

—¿Has conseguido contratar a alguien?

—Me temo que por ahora tendremos que conformarnos con Chester y Roy —confesó Josh negando con la cabeza.

—Tal vez... Tal vez este trabajo no te compense —se atrevió a insinuar Stacy—. Quizá sería mejor que no te implicaras en él.

—Vaya, ¿me estás echando antes siquiera de empezar? —preguntó él apretando la mandíbula—. Tengo la impresión de que alguien te ha estado calentando la cabeza. ¿Te preocupa vivir bajo el mismo techo que yo? Puedo asegurarte que tu virtud estará a salvo conmigo.

—No se trata de eso —se apresuró a explicarle Stacy—. Sé cuáles son tus intenciones. Y supongo que eso es lo que preocupa a tus amigos.

—¿Ted y Alice? Son ellos los que te han metido esa idea en la cabeza, ¿verdad? —preguntó Josh golpeando con desesperación el volante.

—Están preocupados por ti. Temen que el hecho de vivir en el hotel sólo sirva para aumentar tu angustia por la muerte de tu hermana.

—¿Y tú qué opinas?

—Yo no sé qué pensar —admitió ella—. No quiero ser responsable de tu decisión.

—Bien, pues no lo seas. Tú me has ofrecido un trabajo y yo lo he aceptado.

Stacy supo por la firmeza de su mandíbula que el tema estaba zanjado. Aliviada, se reclinó en el asiento. Era la primera en admitir que necesitaba desesperadamente su ayuda. El mero hecho de pensar estar en el hotel sin él le resultaba aterrador.

Mientras vaciaban la camioneta, Stacy se dio cuenta de que Josh debía haber hecho un viaje rápido a su casa para recoger sus cosas. Antes había decidido instalarse en la habitación que estaba al otro lado del pasillo de su apartamento, y había encontrado un par de sillas y un mueble de cajones para complementar la cama que había allí.

Stacy sacó las sábanas que había comprado y le hizo la cama. Luego colocó un juego de toallas y una pastilla de jabón para él en el

aseo adyacente. Las paredes necesitaban una mano de pintura y la moqueta estaba levantada, pero a Josh no parecía importarle.

Trabajaron en silencio, haciendo sólo algún comentario que otro de vez en cuando. La atmósfera estaba tensa, y Stacy deseó haber manejado el asunto de su empleo de otra manera. Al ponerlo a la defensiva había creado entre ellos un abismo que antes no existía.

—Les dije a Chester y a Roy que estuvieran aquí esta tarde. Y les amenacé con llamar a la policía si no traían las herramientas que se habían llevado —le informó Josh—. Antes de decidir por dónde empezar tengo que echarle un vistazo al anteproyecto de reforma.

—Ésa fue una de las primeras cosas que le pedí al abogado, con la esperanza de que él lo tendría. Pero no hubo suerte. Quería hacerme una idea de la magnitud de la reforma y del tiempo que llevaría hacerla.

—Bien, echemos un vistazo al despacho. Dado que Willard murió de forma inesperada, supongo que los planos estarán donde dijo que estarían.

Josh iba siendo cada vez más escéptico respecto a que las ideas de reforma de Willard tuvieran sentido. Dadas las condiciones en las que estaba el hotel, parecía claro que no se habían llevado a cabo muchas reformas. Josh tenía la sospecha de que los ladronzuelos habían hecho su agosto mientras el hotel estuvo vacío. O eso, o Willy el Raro había trasladado o vendido todo el mobiliario y el equipamiento. En cualquier caso, Josh sabía que sería un reto tratar de descubrir qué era exactamente lo que había que hacer para cumplir con los términos de su testamento.

Bajaron por las escaleras en dirección a un pasillo que daba al despacho del hotel. Las motas de polvo flotaban por el aire. Olía igual que el día anterior. Era una habitación larga y estrecha. En su momento debió contar con varios escritorios y material de oficina, pero en aquel instante parecía más un almacén que cualquier otra

cosa. Había muchas cajas que contenían una extraña colección de piezas de hierro de todas las formas y tamaños suficientes para construir el Empire State. Las piezas más grandes estaban en un rincón. El único escritorio visible también tenía cajas encima, igual que el archivador.

—¿Qué crees que pensaba hacer con toda esta chatarra? —preguntó Josh frunciendo el ceño.

—No tengo ni la más remota idea —admitió ella—. Tal vez encontremos algún papel que nos lo aclare.

Josh asintió con la cabeza y se giró hacia el archivador mientras Stacy investigaba el escritorio. En ambos sitios encontraron papeles organizados, libros de contabilidad, cartas y correspondencia cuidadosamente archivadas. Pero su sensación de júbilo desapareció al instante al darse cuenta de que todo lo que había en los cajones llevaba escrito el nombre de Malo Renquist.

—No me lo puedo creer —dijo Stacy desilusionada—. Al parecer mi tío nunca limpió el escritorio. Lo dejó tal y como estaba cuando compró el hotel.

—Y Renquist se fue tan deprisa tras la muerte de mi hermana que dejó atrás todo —respondió Josh en un tono completamente distinto, emocionado—. Y ahí tiene que estar la clave que busco. Tal vez haya algo que revele dónde pudo haber ido después de asesinar a Glenda.

Josh se hizo con una caja de cartón vacía y la llenó de papeles y archivos.

—Me llevaré esto a mi cuarto y le echaré un vistazo ahora que tengo tiempo. Tal vez haya nombres y direcciones que me puedan interesar. Ese maldito sheriff debió revisar este material —murmuró apretando los dientes—. Me pregunto cuánto le pagaría Renquist a Mosley para que mirara a otro lado con todo lo que estaba ocurriendo en este lugar. El tráfico de gente entrando y saliendo era muy

sospechoso. Tendría que haber hecho más para sacar a Glenda de aquí.

Stacy vio el dolor reflejado en sus ojos y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué más podías haber hecho? —le dijo con dulzura—. ¿Por qué no intentas olvidar, Josh?

—Porque no puedo —respondió él con tono angustiado, antes de volver a recomponerse—. Tenemos que seguir buscando las cosas de tu tío.

—Debería tener su propio escritorio por algún lado —comentó Stacy sin demasiada convicción.

—Tal vez no estuviera viviendo aquí —murmuró él siguiendo el hilo de su pensamiento.

—Pero si tuviera algo alquilado en Timberlane tus amigos Ted y Alice lo sabrían —objetó Stacy—. Más bien creo que nos hemos saltado alguna habitación.

—Los únicos sitios en los que no hemos mirado han sido el sótano y el ático. Podríamos empezar por la bodega. No creo que nos encontremos con ningún dragón —añadió de broma al notar su aprensión—. Pero si es así, estoy dispuesto a matarlo con mis propias manos.

—¡Mi caballero andante con botas de vaquero! —exclamó Stacy llevándose las manos al pecho para seguirle la broma.

Ambos se rieron, liberando así algo de tensión. Ella se quedó sorprendida cuando Josh le pasó el brazo por la cintura.

—Apuesto a que más bien encontraremos varias botellas de vino y tal vez algo de cerveza. ¿Qué te parece? ¿Celebramos una fiesta?

Aunque sabía que no estaba hablando en serio, a Stacy le resultaba divertido seguirle el juego.

—¿Por qué no?

Para su asombro, Josh siguió abrazándola por la cintura mientras caminaban hacia la cocina. Aquella era la primera vez que realizaba un acercamiento físico hacia ella, y le gustó el roce de sus cuerpos mientras subían los escalones. Cuando lo miró de reojo, se llevó una desilusión al comprobar que en su expresión nada indicaba que fuera consciente del calorillo que su brazo le despertaba en la cintura.

Una vez dentro de la cocina, abrieron la trampilla del suelo por la que unos escalones descendían a una piscina de oscuridad. Josh encendió el interruptor y Stacy sintió una oleada de alivio cuando una luz iluminó las escaleras y lo que había debajo.

Josh la tomó de la mano mientras bajaban hacia aquella zona espaciosa que desprendía un profundo olor afrutado. Enseguida averiguaron la razón. La estancia estaba repleta de botelleros de madera suficientes como para albergar cientos de botellas. Habían encontrado la bodega del hotel. Por desgracia, todos los botelleros estaban vacíos.

—No me sorprende —gruñó Josh—. Al parecer todo el mundo tenía una llave de este sitio. Ya sabemos que Chester, Roy y el sheriff han estado entrando y saliendo a sus anchas.

Stacy avanzó hacia otro interruptor que había en la pared. Al encenderlo, se iluminó un pasillo pequeño que llevaba a dos estancias más llenas de muebles viejos y equipamiento roto.

—Supongo que aquí no habría nada que valiera la pena robar —dijo Stacy con una leve sonrisa.

—Vete a saber cuánto tiempo llevarán todas estas cosas aquí. Seguramente desde la época de los Haverly.

—Pero no veo nada de chatarra. Supongo que el tío Willard no dejó nada aquí abajo.

—No parece. Tal vez...

Josh se puso tenso.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella siguiendo la dirección de su mirada pero sin encontrar nada.

Él se acercó a una maleta barata de color marrón, apenas visible en medio del desorden que la rodeaba. Josh lo apartó todo y la sacó. Por el modo en que miró la maleta y por la manera de sujetarla, Stacy supo a quién había pertenecido sin necesidad de que se lo dijera. Él la dejó sobre el suelo polvoriento, se agachó y la abrió. Stacy no sabía qué esperaba Josh encontrar, pero se le encogió el corazón al ver su expresión de desilusión.

La maleta estaba vacía.

—Lo siento —murmuró mientras él cerraba la maleta y la volvía a dejar donde estaba.

—Parece como si Glenda se hubiera librado de todas las cosas que trajo de casa: Sus muñecas indias, fotos, discos... cualquier cosa que le recordara al abuelo y a mí. Nada de todo eso se encontró después de su muerte. Lo único que conservamos de ella son unos cuantos objetos que dejó en casa en alguna de sus infrecuentes visitas.

«Como un vestido púrpura, lazos rojos y púrpura y bisutería», pensó Stacy recordando el perfume barato que salía de aquella ropa.

Sintió un escalofrío y se abrazó a sí misma para protegerse mientras se daba la vuelta y regresaba a la bodega vacía. ¿Por qué se había colocado en una posición tan vulnerable? ¿Qué sabía realmente de Josh Spencer? Había empezado a subir las escaleras cuando él le dio un grito para que se detuviera.

Al darse la vuelta, lo vio moviendo uno de los botelleros y buscando detrás. Un segundo después sacó una botella con gesto triunfal.

—¡Victoria! Me pareció ver un reflejo plateado. Se han dejado una —aseguró sonriendo como si fuera un guerrero triunfador—. Lo malo es que está un poco fría. ¿Te importa?

—En absoluto —contestó ella satisfecha de verlo de pronto de tan buen humor—. Ahora necesitamos un abridor.

Subieron a la cocina y empezaron a abrir cajones y armarios, pero ni rastro de un abridor.

—¡Eureka! —exclamó de pronto Josh dándole un susto de muerte—. Mira lo que he encontrado.

Stacy se dio la vuelta y lo vio delante del viejo y anticuado armarito de cajones que había apoyado contra una de las paredes.

—Creo que he encontrado el despacho de tu tío —aseguró él con voz triunfante.

Stacy no podía creérselo. Todos y cada uno de los cajones estaba lleno hasta arriba de papeles: Recetas, artículos, notas, revistas y cartas. El tío Willard lo había guardado todo: Desde listas de la compra hasta las decisiones más importantes respecto al hotel.

—En algún lado tienen que estar los planos de la reforma —dijo Josh con optimismo mientras vaciaban cajón a cajón y colocaban todo el contenido en una mesita cercana que Willard debió utilizar como escritorio.

—Mira esto —dijo él agarrando un papel marrón que estaba metido dentro de una caja de puros.

Stacy sintió que se le encogía el corazón. No podía creer lo que estaba viendo. Un dibujo de la primera planta del hotel completamente detallado. Los cambios que su tío deseaba quedaban claramente reflejados.

—¿Por qué intentarías ocultarlos? —preguntó Stacy.

—Tal vez temiera que alguien le copiara sus planes para el hotel —respondió Josh encogiéndose de hombros—. Quién sabe lo que pasaría por su excéntrica cabeza. ¿Cuánta gente conoces que tenga el despacho en un viejo mueble de cocina?

Cuando observaron los planos supieron cuáles eran los planes de

Willard. Encima de los papeles, en letras mayúsculas, el tío de Stacy había dejado claras sus intenciones respecto al hotel Haverly.

El museo Willard.

Stacy pronunció las palabras en voz alta como si al escucharlas cobraran algo de sentido común.

—¿Un museo?

Josh estudió los dibujos. Willard tenía la intención de destruir la primera planta del hotel y convertirla en una gran galería. Cuando se lo comentó a Stacy, ésta reaccionó con desconfianza.

—¿Se supone que tengo que convertir este edificio en un museo? ¿Pero un museo de qué? —preguntó con la voz rota al adquirir conciencia plena del absurdo de la situación.

—No tienes por qué justificar las decisiones irracionales de tu tío, Stacy —intentó tranquilizarla Josh—. Tal y como yo lo entiendo, lo único que tienes que hacer es encargarte de la reforma y cumplir las condiciones del testamento. Entonces cobrarás tu herencia y fin de la historia.

Él hacía que sonara sencillo, pero ¿cómo iba a formar parte Stacy de aquella locura? ¿Había alguna herencia por la que valiera la pena pasar por aquello? Todo aquel proyecto era una ilusión de una mente enferma.

Josh se acercó lentamente, le colocó las manos en los hombros y la atrajo suavemente hacia él.

—Todo va a salir bien —le aseguró apoyando la mejilla contra la suya.

Al principio creyó que la joven iba a apartarlo de sí, haciendo gala como siempre de su independencia, pero poco a poco se fue ablandando la tensión de su cuerpo. Cuando se relajó contra él, sus pensamientos adquirieron un rumbo peligroso. Se preguntó qué se sentiría al deslizar las manos por aquella piel suave y tentadora,

acariciarla, protegerla, llevársela a la cama...

«¿Te estás volviendo loco?».

Siempre había presumido de controlar completamente las situaciones románticas. Había estado saliendo esporádicamente con Marci y estaba preparado para terminar con ella en cualquier momento. Sus escarceos siempre duraban poco, pero al abrazar a Stacy sintió algo que carecía completamente de sentido. Cualquier idiota vería que lo último que necesitaba en aquel momento era complicar todavía más una situación casi imposible.

—No sé qué hacer —dijo Stacy levantando la cabeza.

—No creo que tengas opción.

Cuando la miró a los ojos, la voz de Josh era grave y profunda. No pudo resistir la tentación de apartarle con la yema del dedo un mechón de cabello que le enmarcaba el rostro. Sus labios parecían más voluptuosos todavía en contraste con sus delicadas facciones. Si Stacy alzaba unos centímetros la cabeza sus bocas se encontrarían.

Ella debió leer sus intenciones, porque bajó la vista y se echó un poco hacia atrás.

—Si me quedo y sigo adelante con esto, conseguiré el dinero, pero, ¿valdrá la pena?

—No lo sé —respondió Josh con sinceridad.

Stacy parecía tan perdida, tan atormentada, que estaba a punto de confesarle los sentimientos tan confusos que despertaba en él cuando llamaron a la puerta de atrás.

Chester los observaba por la ventana con una sonrisa de suficiencia. Roy estaba justo detrás de él con expresión impaciente e irritada.

—Les dije que quería hablar con ellos antes de que empezaran a trabajar —dijo Josh maldiciendo entre dientes por aquella inoportuna aparición—. ¿Qué les digo? ¿Va a haber trabajo o no?

Ella dio un paso atrás. Estuvo a punto de contestarle que no, pero una voz interior se lo impidió. Alice y Ted habían intentado convencerla para que no permitiera que Josh se implicara. Pero, ¿y si le dejaba sin la posibilidad de localizar al hombre responsable de la muerte de su hermana? ¿Seguiría torturándose el resto de su vida? ¿Cómo iba a hacerle algo así?

—Sí, pongámonos manos a la obra —dijo suspirando y asintiendo con la cabeza.

Josh se apresuró a abrir la puerta de atrás a los dos hombres y comprobó con satisfacción que ambos llevaban las herramientas que se habían llevado.

Stacy comenzó a recoger los papeles de su tío. Volvió a ponerlos casi todos en los cajones excepto un par de carpetas y el papel marrón que estaba en la caja de puros, que se los pasó a Josh. Tenía que echarle un vistazo a los archivos, pero en aquel momento lo único que quería era estar sola y pensar en aquella historia increíble en la que se había metido.

—Nos tomaremos esto más tarde —le dijo a Josh agarrando la botella de vino antes de salir de la cocina.

Cuando la estaba consolando, Stacy se había dado cuenta de la creciente atracción física que había entre ellos. La culpa era suya, por haber acudido a sus brazos como una damisela en apuros. Si no los hubieran interrumpido, quién sabe hasta dónde podrían haber llegado. Complicar una situación ya de por sí difícil era una auténtica estupidez, se dijo mientras caminaba por el pasillo en dirección a la parte delantera del edificio.

A través de las sucias ventanas se filtraba una luz apagada que otorgaba a los suelos y a las paredes una pátina gris. Los pasos de Stacy resonaron en el vacío mientras cruzaba la zona abierta que daba a la escalera. Cuando había subido la mitad, sintió con nitidez que

alguien la estaba observando. Un escalofrío le recorrió la nuca.

Se dio la vuelta y observó las escaleras y la habitación que quedaba abajo. Nada había cambiado. Ningún movimiento ni ningún sonido atestiguaban la presencia de otra persona. Molesta consigo misma por haberse dejado llevar de aquel modo por la imaginación, Stacy siguió avanzando por la escalera hasta el giro en el que subían a la segunda planta. Cuando estaba a punto de llegar arriba, captó algo en la base de unos escalones. Se inclinó a recogerlo. Era una maraña de lazos de pelo rojos y púrpura. Todos sus sentidos se pusieron en alerta ante aquella revelación. Olían exactamente igual y tenían el mismo aspecto que los de Glenda. Un escalofrío de terror le atravesó la médula de los huesos.

Capítulo 6

Mientras Stacy sujetaba los lazos, le pareció escuchar una carcajada fantasmal riéndose a sus expensas. ¿Estaría el espíritu de Glenda mofándose de ella?

Stacy sacudió la cabeza para intentar recuperar algo de sentido común. Tenía que haber una explicación lógica. Tenía que haberla. Aquellos lazos podrían haber estado allí todo el tiempo que Josh y ella habían subido y bajado aquellas escaleras, pero estaban demasiado ocupados como para fijarse en ellos. Podían llevar allí desde que Glenda vivió en el hotel.

El edificio no se había limpiado a fondo desde que su tío había tomado las riendas. Pero su cerebro le hizo una pregunta muy lógica: ¿No deberían en ese caso estar los lazos sucios y polvorientos? La respuesta era igual de lógica. Alguien los había colocado allí recientemente.

¿Hacia quizá sólo unos minutos?

El pulso se le aceleró. Recordó la sensación que había tenido de que alguien la observaba cuando subía las escaleras. ¿Habría colocado alguien allí los lazos para que ella los encontrara?

¿Por qué?

Nada de todo aquello tenía sentido, y eso era lo que la aterrizzaba. ¿Cómo enfrentarse a aquellos hechos aberrantes que desafiaban a la normalidad?

Stacy subió a toda prisa el tramo de escalera que le faltaba. Le temblaban las manos cuando abrió la puerta del apartamento y entró antes de cerrar tras ella. Fue a la cocina, metió los lazos en un cajón

vacío y se dispuso a buscar un abrebotellas. Cuando lo encontró, abrió el vino y se sirvió un vaso bien generoso.

Tras darle varios sorbos, se llevó el vaso y la botella al salón y se dejó caer en una silla al lado del balcón. El compromiso que había adquirido ante Josh de llevar a cabo la reforma le pesaba como una losa. Sobre todo desde que supo los planes de su tío de convertir el hotel en museo.

Bebándose el vino a sorbos, Stacy trató de sopesar las ventajas y los inconvenientes de quedarse. Pero lo único que se le venía a la cabeza era el irresistible rostro de Josh. A veces sus ojos oscuros reflejaban una oscuridad solitaria, pero cuando sonreían le brillaban con una suave luz. Se movía con la gracia masculina de un hombre acostumbrado a hacer deporte, y cuando la había abrazado, Stacy sintió la firme ondulación de sus músculos. El hecho de pensar que si se marchaba seguramente no volvería a verlo nunca más bastó para inclinar la balanza hacia la opción de quedarse.

Tras llenarse el vaso dos veces más, toda la tensión desapareció de su cuerpo y se hundió más en la silla. El vino le había suavizado los nervios como las manos de un masajista. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos y dejarse llevar por aquella agradable sensación de flotación, escuchó un sonido suave que reconoció al instante.

Stacy se pasó la mano por los ojos para aclararse la visión. El comedor le parecía un poco borroso, pero sabía que el candelabro estaría otra vez moviéndose porque escuchaba el sonido tintineante de sus cristales.

La joven se puso de pie con paso algo vacilante y se acercó al candelabro para observarlo intensamente. No conseguía fijar la vista ni tampoco volvió a escuchar el sonido.

«He bebido demasiado vino».

Decidió entonces que lo que necesitaba era respirar aire fresco y

salió al balcón. Aspiró con fuerza un par de veces para tratar de recuperar la calma. Las montañas que rodeaban el lugar parecían girar a su alrededor. Stacy se agarró a la barandilla de hierro. Estaba mareada.

De pronto, escuchó un grito potente a su espalda. Josh había salido a toda prisa al balcón y la sujetaba. La apartó con brusquedad de la barandilla y la volvió a meter en el salón.

—¿Pero qué demonios...? —comenzó a decir él.

—He... he bebido demasiado —lo interrumpió Stacy—. Y... había salido a tomar... un poco el aire.

Josh miró de reojo la botella medio vacía y arqueó una ceja.

—No te atrevas a sermonearme —le espetó ella, horrorizada ante la idea de que la considerara una borracha.

—Ni se me ocurriría —aseguró Josh levantando ambas manos en gesto de inocencia—. Es que me he asustado cuando te he visto inclinada sobre la barandilla, eso es todo.

—Lo sé, y lo siento —se apresuró a decir Stacy, consciente de lo que se le había pasado por la cabeza—. No suelo beber mucho, pero tal vez empiece a hacerlo en este lugar —dijo dejándose caer de nuevo en la silla y clavando la vista en un punto del comedor.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Josh siguiendo la dirección de su mirada.

—El candelabro. Pensé que... Pensé que se movía.

—No me sorprende —bromeó él—. A juzgar por tu rostro encendido y tus ojos brillantes, me figuro que te debió parecer que toda la habitación estaba bailando la rumba.

—No te rías de mí —dijo Stacy.

Su respuesta jocosa impidió que siguiera adelante cualquier impulso de compartir con él que no era la primera vez que el candelabro se mecía. Seguramente Josh pensaría que era una borracha

consumada.

—Te enseñaré algo que no es fruto de mi imaginación ni el resultado de un exceso de vino —le aseguró indignada.

Haciendo un esfuerzo para ponerse en pie y rechazando la mano que le tendió para ayudarla, Stacy pasó delante de él con paso vacilante y abrió camino hasta la cocina.

—Lo que necesitas es un poco de café y comer algo —le aconsejó Josh intentando guiarla por el brazo a pesar de su rechazo—. Siéntate y prepararé algo.

Sin contestar a su ofrecimiento, Stacy abrió uno de los cajones de la cocina.

—¿Esto es también fruto de mi imaginación? —preguntó apoyándose en la encimera y alzando una mano.

Cuando Josh agarró los lazos, supo que el color y el tacto le resultaban familiares. Eran los que Glenda se ponía al final de las trenzas cuando era niña. Recordó que siendo adolescente se ponía los mismos lazos rojos y púrpuras para sujetarse el cabello a la nuca en una coleta.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó con voz seca.

La actitud defensiva de Stacy se vino abajo al instante, en cuanto vio que Josh acababa de sufrir un puñetazo emocional. Y deseó no haber sido tan brusca al darle los lazos.

—Los encontré en la escalera —explicó—. Estaban en la base de un peldaño.

Por el modo en que la miró, supo que no la creía. En absoluto. Y no lo culpaba por ser tan escéptico. Por eso no le sorprendió su siguiente pregunta.

—¿Dónde los has encontrado realmente?

—Es la verdad. Los encontré en la escalera, llegando casi a la segunda planta —aseguró ella humedeciéndose los labios secos—.

Recuerdo haber visto unos iguales en la bolsa de ropa de Glenda.

—Sí, pero, ¿cómo demonios han llegado allí? —preguntó Josh frunciendo el ceño.

—No lo sé. Me he estado preguntando si han estado allí durante los viajes que hemos hecho ayer y hoy por las escaleras.

—Supongo que sí. Hoy es el primer día que ha salido el sol y la luz ha atravesado la ventana que da a la escalera —razonó Josh sin demasiada convicción.

—Pero no te lo terminas de creer del todo, ¿verdad?

—No. Creo que alguien pudo ponerlos allí recientemente.

—Ésa es la conclusión a la que yo también he llegado —admitió ella.

Alguien, pero ¿quién?

Durante un instante, Stacy estuvo tentada de reconocer que tal vez estuvieran enfrentándose al fantasma de Glenda. Pero era una idea tan absurda que le costaba trabajo creer que se le hubiera podido pasar por la imaginación. Josh terminaría definitivamente de creer que le daba a la botella si comenzaba a hablar de espíritus que la perseguían. Por la misma razón tampoco quiso contarle que tenía la sensación de que alguien la había estado observando mientras subía las escaleras.

—Tiene que haber alguna explicación lógica —insistió, tanto para convencerse a ella misma como a Josh.

—Alguien pudo sacarlos de la maleta vacía de Glenda —murmuró él cerrando los lazos en el puño—. Puede tratarse de una broma pesada por parte de alguien que me odia y sabe cómo meter el dedo en la llaga. O puede ser una advertencia.

—¿Qué clase de advertencia? —preguntó Stacy, que no se había parado a considerar semejante posibilidad.

—Una advertencia para cerrar este lugar. Sólo Dios sabe todo lo

que ha podido ocurrir bajo su techo. Seguramente la muerte de Glenda sea sólo uno de los secretos que permanecen ocultos. Todo este lugar apesta a maldad.

—No discutiré ese punto, pero tampoco pienso asustarme. Si me voy será porque yo lo decida así.

—Tenemos que cambiar las cerraduras. Hay demasiadas llaves por ahí. Cualquier estúpido puede tener una y andar jugando a los fantasmas —aseguró Josh entornando los ojos mientras guardaba otra vez los lazos en el cajón—. Voy a llamar ahora mismo a un cerrajero. El más cercano está en Pineville. Es un viejo lento, pero hará el trabajo.

Josh hizo aquella llamada, explicó la situación y quedó con el hombre para que cambiara las cerraduras lo antes posible.

—Gracias —dijo Stacy, aliviada al ver que alguien más se ocupaba de las cosas.

—Deja que te prepare esa taza de café.

—No quiero nada, de verdad —protestó ella.

—Entonces, salgamos de aquí. Un buen paseo te despejará la cabeza. He mandado a Chester y a Roy a Timberlane a buscar el material que necesitamos para comenzar con las habitaciones de la primera planta —le dijo—. Quiero echarle un vistazo a las casetas que hay detrás para ver con qué contamos.

Stacy no tenía en aquel momento muchas ganas de dar un paseo, pero la mano firme de Josh no le dejó muchas posibilidades. Accedió a regañadientes, y cuando estuvieron fuera respirando el aire puro le agradeció que hubiera insistido.

Mientras rodeaban el perímetro del hotel, Josh le fue señalando las lindes de la propiedad. Por primera vez, Stacy fue consciente de la magnitud de su herencia. Había más hectáreas de las que había imaginado. Era una lástima que los Haverly hubieran escogido el lugar erróneo para emplazar su hotel. Si hubiera estado un poco más

cerca de Denver y de las famosas estaciones de esquí, la tierra habría valido mucho más.

Detrás del ala este del hotel había una serie de casetas. Estaban hechas de madera de pino gruesa, tenían los tejados inclinados y pocas ventanas. Al parecer, la más grande se había utilizado como garaje del hotel. El peso de la nieve que caía en los duros inviernos había derrumbado parte de los tejados. Todas las casetas necesitaban una mano de pintura y una reforma, aunque había algunas que todavía estaban en buen estado. Las puertas estaban cerradas con candado, a juzgar por las innumerables llaves que llevaba Stacy.

—El abogado, el señor Doughty, me dijo que había un vehículo en el inventario de las cosas del tío Willard. Por eso vendí el mío y alquilé uno en el aeropuerto de Denver. Aunque en el inventario no se especifica qué clase de coche es.

—Bien, pues miremos dentro de esta caseta. Parece un garaje pequeño.

Tras probar varias llaves, Josh encontró por fin la que servía. El candado no era lo suficientemente fuerte como para impedir que alguien que de verdad quisiera abrir lo consiguiera, pensó Josh. Pero cuando entraron y vio aquel Jeep viejo y destartado entendió por qué nadie se había molestado en forzar la puerta.

—Bueno, esto no es exactamente lo que esperaba —confesó Stacy sin poder disimular su decepción.

—Un vehículo con tracción a las cuatro ruedas es lo más adecuado para esta zona —aseguró Josh para consolarla—. Con un buen lavado quedará como nuevo. Veamos si todavía funciona.

Josh volvió a buscar en el manojito de llaves y encontró la del jeep, pero no arrancó.

—Seguramente estará sin gasolina o se habrá quedado sin batería. Pero no pasa nada —se apresuró a añadir al observar la expresión de

disgusto de Stacy—. Lo pondremos en marcha o te conseguiremos otro.

Salieron del garaje y se metieron en la caseta que estaba más cerca. Estaba parcialmente llena de materiales de construcción. Todo estaba dispuesto de manera tan desordenada que Josh no fue capaz de valorar la cantidad ni la calidad del material. Soltó un gruñido al pensar en la cantidad de horas que harían falta para organizar todo aquello.

—Es un desastre, ¿verdad? —dijo Stacy dolida al observar su expresión desesperada.

—Tendré que hacer un inventario —respondió él con resignación—. Luego encargará lo que necesitemos. Por suerte en Timberlane hay un buen almacén de maderas que ha sobrevivido a la época en la que este lugar era una zona de albergues.

Stacy estaba profundamente agradecida de que Josh se encargara de todos los detalles, pero en lo más profundo de su ser se preguntó si él se quedaría lo bastante como para ver el final de la reforma.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Josh cuando terminaron de comprobar unas cajas llenas de piezas de marquetería en buen estado.

Stacy no estaba dispuesta a admitir que ya sufría al pensar en el momento el que él se despidiera agitando la mano con una sonrisa. Sabía desde el principio que los motivos que tenía para estar allí no tenían nada que ver con ella. Cuando Josh hubiera comprobado que no había ninguna pista que lo llevara hasta Renquist no tendría ningún motivo para quedarse.

—Creo que me está entrando hambre —mintió Stacy.

—Bien. Cenemos en la terraza. Hay un par de sillas y una mesa fuera y seguramente el sol ya las habrá secado. Iré al apartamento en una carrera y meteré unas cuantas cosas en una bolsa mientras tú tomas un poco el sol.

Stacy aspiró con fuerza el aire para relajarse y asintió con la cabeza.

Avanzaron hasta llegar a una espaciosa terraza de baldosas que había a un lado del hotel a la que se accedía desde una de las habitaciones de la primera planta. Aquel espacio tenía, igual que el resto del hotel, un aire de tristeza debido al estado de decadencia y abandono que presentaba.

—Enseguida vuelvo —dijo Josh.

Ella volvió a asentir y se dejó caer en una de las sillas. Mientras se relajaba, ayudada por el vino que se había tomado y la luz del sol, le pareció que regresaba en un santiamén.

—¿Te has quedado frita? —bromeó Josh mirándola.

—Casi —se apresuró a responder ella estirándose y tratando de parecer que estaba completamente alerta.

Josh hizo una mueca mientras acercaba una silla y colocaba sobre la mesa unos sándwiches y un par de botellas de gaseosa.

—Pensé en traer lo que quedaba del vino, pero decidí que mejor no.

—De acuerdo, puedes burlarte todo lo que quieras —accedió Stacy sonriendo con inocencia—. Admito que estaba un poco ida. Pero te aseguro que no tengo costumbre de beber. ¿Y qué me dices de ti? ¿Tienes vicios confesables?

—Demasiados como para confesarlos —aseguró él con una carcajada.

—¿Y no has estado nunca casado? —preguntó Stacy tratando de aparentar naturalidad.

—No. ¿Y tú?

—Una vez estuve a punto —admitió ella sin saber muy bien por qué—. El novio no me dejó plantada en el altar, pero casi. Murió de una sobredosis en la despedida de soltero que le prepararon sus

amigos. Sólo nos conocíamos desde hacía unos meses y yo no sabía que era drogadicto.

—Debió ser muy duro —murmuró Josh con empatía—. ¿Y qué planes tienes para cuando cobres tu herencia?

—Volveré a California. Allí fue donde nací y donde me crié. No me imagino viviendo en ningún otro sitio. ¿Y qué me dices de ti? —le preguntó mirándolo a los ojos—. ¿Vas a sentar la cabeza con Marci y formar una familia? Por lo que he visto, ella está más que dispuesta.

—Marci está deseando casarse desde que tiene uso de razón —aseguró Josh medio divertido medio molesto—. Espero que encuentre al hombre adecuado cuanto antes y lo lleve con una correa hasta el altar. Pero yo no soy ese hombre —confesó con un suspiro—. No soy el hombre de nadie.

—¿Por qué dices eso?

—Ni siquiera pude cuidar de mi propia hermana —respondió Josh con un gesto amargo en los labios—. Tal vez a Glenda le hubiera ido mejor si hubiera tenido un hermano distinto.

—¿De eso se trata? —inquirió Stacy—. ¿Estás intentando paliar tu sentimiento de culpa con esta revancha tuya?

—Estoy intentando que un malnacido comparezca ante la justicia. Quiero ver a Renquist colgado de una soga.

—Ya no se ahorca a la gente —le recordó ella.

—Eso es cierto... A menos que yo lo encuentre primero.

No había nada de humorístico en aquella frase, y Stacy sintió un escalofrío, como si de pronto las nubes hubieran enmascarado el calor del sol. ¿Qué sabía ella realmente de Josh Spencer? ¿Sería capaz de llevar adelante su particular visión de la justicia? ¿Había afectado su obsesión por la muerte de su hermana su estabilidad mental? Aquellas preguntas sin respuesta despertaron en ella una sensación de incertidumbre respecto a su propia seguridad.

—Tengo ganas de echarme una siesta —dijo con la mayor naturalidad que fue capaz de fingir y poniéndose en pie—. Si me perdonas, iré arriba.

Josh no protestó, así que lo dejó allí sentado, perdido en sus ensoñaciones de venganza.

Capítulo 7

Cuando Josh volvió a entrar en el hotel, se encontró con Stacy bajando las escaleras con los brazos llenos de ropa.

—¿Vas a algún sitio?

—He decidido comprobar el funcionamiento de la lavadora y la secadora —respondió ella—. Tal vez fue lo único que no se llevaron porque están rotas. Y no me apetece nada tener que bajar a Timberlane cada vez que tenga que hacer la colada.

—Será mejor que vaya contigo para echarles un vistazo —se ofreció Josh—. Soy bastante manitas, aunque esté mal que yo lo diga.

Stacy agradeció su compañía por varias razones. Todavía se sentía incómoda recorriendo a solas el edificio, y aunque se había prometido a sí misma no mirar hacia atrás cada dos por tres, no podía evitarlo. Con Josh a su lado podría relajarse un poco, y le alegraba comprobar que su humor había mejorado.

Cuando llegaron a la lavandería Josh se aseguró de que las manecillas estuvieran en su posición correspondiente y apretó el botón de arranque. Enseguida se escuchó el sonido del agua atravesando las tuberías, y levantó los pulgares en dirección a Stacy con gesto de satisfacción.

Ella comprobó por su parte que la secadora también funcionaba y dejó escapar un suspiro de alivio antes de comenzar a cargar la lavadora.

—Mientras terminas aquí yo entraré de nuevo en el despacho de Renquist —sugirió Josh—. Quiero echar un buen vistazo. Cuando acabes puedes ir a buscarme y así subimos los dos juntos.

Stacy sabía que aquella sugerencia había surgido de la preocupación de Josh por ella. Así que se dio la vuelta rápidamente para que no pudiera ver cómo las lágrimas de agradecimiento amenazaban con resbalarle de los ojos.

* * *

Algo más tarde aquella noche, tras compartir una pizza que Stacy calentó en el horno, Josh regresó a su habitación al otro lado del pasillo con la intención de revisar los archivos de Renquist. El suelo estaba lleno de cosas que había vaciado de sus cajas. Mientras observaba los papeles, se fue convenciendo cada vez más de que el hotel había sido la tapadera de algún negocio sucio. El dinero había entrado a raudales, pero la procedencia del mismo se mantenía oculta.

Si Renquist no hubiera salido huyendo tan deprisa, razonó Josh, seguramente se habría deshecho de todos aquellos archivos.

Era una suerte poder tener delante aquellos documentos. Cualquiera que no hubiera sido tan excéntrico como el tío de Stacy hubiera limpiado el despacho y habría tirado todos los archivos. A pesar de haberlos escudriñado a fondo, Josh no encontró nada que le diera una pista de hacia dónde podría haberse dirigido Renquist. Pero estaba decidido a seguir buscando.

Era casi medianoche cuando se dio cuenta de que estaba demasiado cansado para hacer nada más. Mientras se preparaba para meterse en la cama, pensó en las cosas que tenía que hacer al día siguiente. Cuando Chester y Roy regresaron el día anterior con el material que les había encargado, Josh les había mostrado las paredes que quería que tiraran primero en cuanto llegaran por la mañana.

Al recordar la viga que estuvo a punto de caer sobre su cabeza y la de Stacy pensó que tenía que asegurarse de que la estructura principal no resultara dañada en el proceso.

El incidente de los lazos resultaba desconcertante. Cuanto más pensaba Josh en ello, más se convencía de que alguien estaba intentando asustar a Stacy para que dejara el hotel. Todavía quedaban un par de cosas que podrían venderse por un par de billetes si el lugar se quedaba otra vez vacío. Cualquiera que hubiera estado fisgoneando en el almacén del sótano podría haber reconocido los lazos de Glenda dentro de la maleta y pudo haber tomado la decisión de utilizarlos para asustar.

Cuando compartían la pizza, le había dado la impresión de que Stacy se mostraba algo distante y reservada. No había hablado mucho. Tal vez le había resultado violento compartir detalles de su vida personal con él antes en la terraza. Estaba claro que era una mujer herida con la guardia en alto para no permitir que ningún hombre se le acercara demasiado. Las pocas veces que habían conectado sexualmente con algún roce casual o una mirada, ella se había distanciando.

Josh se revolvió inquieto en la estrechez de su cama. Stacy Ashford era una mujer tremendamente atractiva. Y él podía controlar el modo en que sus hormonas se desataban cuando la tenía cerca físicamente, pero su imaginación amenazaba con ir a su aire. No podía evitar pensar en tenerla abrazada contra su pecho, en sentir su calidez, su suavidad, su deseo...

¿Su deseo? Josh compuso una mueca. Stacy lo necesitaba, y aquélla era la única razón por la que estaba dispuesta a apoyarlo en su cruzada contra Renquist. Si cruzaba la línea de intimidad que ella había trazado, lo despediría sin contemplaciones. Pero todos los argumentos mentales que Josh se hacía en la cabeza no cambiaban nada. Seguía deseándola.

* * *

A la mañana siguiente, cuando Josh le dijo a Stacy que iba a bajar un par de horas a Timberlane, ella se limitó a asentir con la cabeza y no se ofreció a acompañarlo. Él prometió conseguir una batería nueva para el Jeep y no le contó que en realidad iba a hacerle una visita al sheriff Mosley.

Durante todo el camino, los pensamientos de Josh se centraron en las respuestas que quería arrancarle al sheriff. Por ejemplo, quería saber dónde estaba mientras alguien vaciaba la bodega del hotel. ¿Por qué había hecho la vista gorda durante todos los saqueos que habían tenido lugar bajo sus narices? Josh estaba convencido de que Mosley pudo haber ayudado a Renquist a huir la noche en que Glenda murió. Tal vez Renquist estaba tan agradecido que le dio al sheriff carta blanca para que se ocupara de todo lo que quedaba en el hotel.

Cuando Josh llegó a la oficina del sheriff ya echaba humo. Después de entrar cerró tras de sí con un portazo y se acercó a la recepción.

—Hola, Irene —dijo saludando a una joven de cabello rubio oxigenado—. ¿Está tu jefe?

—Sí, pero si quieres despertarlo de su siesta matinal que sea bajo tu responsabilidad —contestó ella con una sonrisa amable.

Josh ni siquiera se lo pensó. Podría haber llamado a la puerta, pero le pareció divertido entrar sin avisar. Esperaba encontrarse al sheriff roncando con los pies encima de la mesa, pero se llevó un susto cuando abrió y se encontró con Mosley de cara, dispuesto a salir.

—Debí imaginar que serías tú, Spencer. ¿Quién más pegaría esos portazos? ¿Naciste en una cuadra o qué?

—No, creo que ése fue Jesús. Pero no fue en una cuadra, sino en un establo —lo corrigió Josh.

—Muy gracioso —murmuró el sheriff apretando los dientes—. ¿Qué diablos quieres?

—Algunas respuestas.

Mosley se sentó de nuevo tras su escritorio y lo miró fijamente.

— ¿A qué preguntas?

— ¿Quién ha estado saqueando el hotel, sheriff? ¿Y hay alguna razón para que usted no lo haya impedido?

— Ándate con cuidado, Spencer —le advirtió Mosley—. Lo que estás diciendo me suena a acusación. Quien quiera una vigilancia de veinticuatro horas que contrate a un guardia de seguridad.

— ¿Sabía que han dejado la bodega completamente vacía?

— Tal vez ya lo estuviera antes de que muriera Willard el Raro —dijo el sheriff—. Yo no revisé el hotel después de que él lo comprara.

— Pero usted era un habitual allí cuando estaba a cargo de Renquist, ¿no es cierto? Y seguro que investigó el hotel a fondo cuando mi hermana murió. Me refiero a que cuando hallaron su cadáver Renquist no estaba por ninguna parte. Ya se había esfumado. ¿No tenía usted el más mínimo interés en encontrar al asesino?

Mosley pegó un puñetazo sonoro en la mesa.

— ¿Cuándo se te va a meter en la cabeza que tu hermana saltó del balcón porque quiso? Tal vez estuviera tan drogada que pensó que podría volar. Demonios, yo no lo sé, pero Renquist no la empujó.

— ¿Se lo dijo él?

— Maldita sea, yo no lo vi aquella noche.

— Entonces, ¿por qué salió huyendo?

— Para evitar a los fanáticos como tú. Y me alegro de que tuviera el sentido común de largarse de aquí.

— Voy a averiguar la verdad sobre la muerte de Glenda —prometió Josh inclinándose en el escritorio del sheriff—. Tal vez quiera advertírselo a Renquist. En el caso de que siga usted por casualidad en contacto con él.

Josh salió a toda prisa de la oficina y evitó mirar a Irene al dar un

portazo. Seguía enfadado cuando compró la batería y cuando firmó la factura del material que habían comprado Chester y Roy. Al mirar el importe, deseó que Stacy no se hubiera equivocado cuando le dijo que no habría problema para reembolsárselo.

Era casi mediodía cuando se detuvo en el restaurante de Alice y compró dos pollos asados para llevárselos al hotel. Ted estaba en la caja registradora, y no le pasó inadvertida la preocupación de Josh.

—¿Qué te ocurre? —se interesó.

—Nada, que los ladrones han estado saqueando el hotel con total impunidad y el sheriff no ha hecho nada al respecto. Vamos a cambiar las cerraduras, pero es un poco tarde. ¿Tú has oído algo? —preguntó Josh sabiendo que el restaurante era el mejor lugar para recabar información.

—No, pero a Nellie la del banco se le escapó que el trabajo de sheriff está últimamente muy bien pagado.

—Cualquiera que está vendiendo material robado en el mercado negro de Denver puede sacar un buen fajo.

Ted se limitó a encogerse de hombros.

—Si yo fuera tú no iría por el pueblo hablando así, Josh. Nunca se sabe quién puede tener las manos manchadas.

Durante el camino de regreso al hotel, Josh fue barruntando qué podría haber dicho y, sobre todo, qué no le había dicho el sheriff. Cuando llegó al hotel su humor no mejoró. Chester y Roy no habían avanzado mucho aquella mañana, así que decidió ponerse a trabajar para librarse de la rabia.

Stacy se mantuvo a una distancia prudencial, observando cómo manejaba el mazo hasta que consiguió echar abajo una pared. Los músculos de los brazos de Josh se tensaban como cuerdas, y se preguntó qué furia secreta le haría actuar con aquella fuerza. En cierto modo envidiaba aquella manera de liberar tensión. Para ella había

sido un día muy largo y le daba miedo la noche que se avecinaba.

Aquella noche Josh no tuvo dudas de que Stacy fingía una naturalidad que no sentía respecto al hecho de pasar otra noche sola en el apartamento. Intentó convencerla de que podía dormir perfectamente en el sofá, pero ella rechazó el ofrecimiento. Finalmente, Josh le dio las buenas noches y la hizo prometer que cerraría con llave la puerta del apartamento. Y dejó la puerta de su habitación abierta por si ella lo llamaba.

* * *

El tictac del despertador de viaje de Stacy marcaba con puntualidad cada segundo de otra noche sin dormir. Tumbada en la cama, se quedó mirando fijamente al techo. El hecho de que la reforma hubiera comenzado por fin debería resultarle tranquilizador, pero no era así. No podía disipar la sensación de que la locura de su tío los iba engullendo como un torbellino que no podía terminar más que en desastre.

Aquellos pensamientos negativos se borraron de inmediato de su cabeza cuando un aullido de extraordinaria intensidad atravesó de repente el silencio de la noche. El techo comenzó a vibrar visiblemente y el sonido se fue haciendo más fuerte a cada segundo que transcurría.

Stacy saltó de la cama con su pijama corto de verano y se precipitó al salón. Las paredes de todo el apartamento parecían moverse.

—¡Josh! —exclamó mientras abría la puerta.

En el pasillo, el sonido parecía todavía más intenso que en el apartamento, si es que aquello era posible.

Cuando salió al umbral de la puerta, vio salir a Josh precipitadamente de su habitación, descalzo, con el torso desnudo y ajustándose la cinturilla del pantalón del pijama.

—¿Qué demonios.... ? —maldijo entre dientes—. Parece como si

toda la planta se estuviera derrumbando. Tenemos que salir de aquí antes de que el techo se venga abajo.

Josh la agarró del brazo y la arrastró prácticamente hasta las escaleras.

Las bajaron a toda velocidad, corrieron por la planta baja y salieron por la puerta en cuanto consiguieron abrirla. Cuando estaban a una distancia prudencial del edificio, se giraron y miraron hacia el hotel.

Hacía una noche clara pero fría, y Stacy se estremeció dentro de aquel pijama diminuto cuando Josh le rodeó los hombros con el brazo. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era que un tornado amenazaba con tirar el tejado abajo, pero no había ninguna causa natural para aquella vibración. Josh clavó la mirada en las ventanas del apartamento y en tejado que había encima.

No parecía ocurrir nada. El ruido que los había asaltado en la segunda planta no podía escucharse desde el lugar en que ellos estaban.

—¿Qué... qué ha podido ser eso? —se atrevió a preguntar Stacy.

—Que me aspen si lo sé. ¡Espera un momento! —exclamó Josh un segundo después—.¿Has visto eso?

—¿Si he visto el qué?

—El destello de una luz en una de las ventanas del ático. Justo encima del balcón del apartamento.

Stacy miró hacia donde él le señalaba. Lo único que vio fue las ventanas de la buhardilla completamente oscuras.

—Yo no veo ninguna luz.

Josh siguió mirando fijamente las ventanas que había encima del balcón del apartamento.

—¡Allí está otra vez!

Esta vez Stacy sí lo vio. Se trataba de un destello de luz, como el de

una linterna al moverse.

—Voy a ver qué ocurre —aseguró Josh soltando el hombro de Stacy—. Tú quédate aquí.

—No acepto órdenes de ti —respondió ella siguiéndolo hasta la entrada del hotel—. Yo soy la jefa.

Tenía más miedo de quedarse sola que de enfrentarse a cualquier peligro al lado de Josh.

Josh murmuró algo entre dientes pero no insistió. Agarró una linterna y un martillo de la caja de herramientas que Chester y Roy habían devuelto.

—Al lado del rellano de la escalera hay una puerta —aseguró Josh—. Me apuesto lo que sea a que llevan al ático.

Era una puerta estrecha, igual que los escalones. En la parte inferior había un interruptor de luz, pero al pulsarlo no ocurrió nada. Josh comenzó a subir con ayuda de la linterna. Ella iba siguiéndole los talones.

—¿Qué crees que encontraremos? —le preguntó ella sintiendo una losa en el pecho.

La batería de sonidos extraños iba en aumento a medida que avanzaban.

Josh no respondió. Su mente pragmática no le permitía creer en espíritus malignos. Tenía que haber una explicación lógica para lo que estaba ocurriendo y él estaba decidido a encontrarla. Pero le habría gustado poder investigar sin cargar además con la responsabilidad de mantener a Stacy a salvo. Si se encontraran con algún peligro que no fuera capaz de manejar no se lo perdonaría nunca.

Llegaron hasta la puerta cerrada que había al final de las escaleras. Los extraños sonidos eran ahora más agudos. Más definidos. Y se combinaban para formar un clamor ensordecedor. El parpadeo de una luz intermitente asomaba por debajo de la puerta.

Josh le hizo un gesto a Stacy para que se quedara detrás de él mientras abría la puerta y daba un paso al interior del ático. La luz circular que antes habían vislumbrado le dio en pleno rostro, cegándolo durante un instante.

—¿Qué demonios...?

No podía creerse lo que estaba viendo, y Stacy se quedó a su lado paralizada, incapaz de emitir ningún sonido mientras observaba la escena que tenía delante.

Una luz brillante rotaba por todo el ático, iluminando toda clase de criaturas grotescas, figuras extrañas y estrambóticas máquinas. Todos los engendros se movían, y al girarse, rotar o resoplar, creaban una cacofonía de ruidos increíbles. Los engendros estaban compuestos de trozos de metal oxidado, engranajes, barras y restos de maquinaria. La escena resultaba absolutamente macabra.

—No me lo puedo creer —consiguió murmurar finalmente Stacy en un hilo de voz.

—Supongo que ahora ya sabemos qué estaba haciendo el tío Willard con toda aquella chatarra.

El ruido y los movimientos erráticos de aquellas criaturas de pesadilla terminaron de poner de punta los nervios de Stacy, ya de por sí tocados. Tenía delante de sus ojos la prueba de la locura de su tío. Su genio mal entendido había creado formas absurdas e inútiles que producían repugnancia. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Me pregunto si esto es lo que tenía pensado para el museo Willard...

Pero no, no podía ser. Aunque Stacy rechazó al instante aquella idea, sabía que Josh tenía razón. La intención de su tío había sido remodelar por completo el hotel para mostrar sus inútiles inventos. El escalofrío de una carcajada histérica comenzó a nacer de su garganta. Se había convertido en el vehículo para llevar a cabo la locura de su

tío.

—Qué broma de mal gusto —dijo en un hilo de voz, deseando llorar y reír al mismo tiempo.

—No es una broma, Stacy —contestó Josh con solemnidad.

Sabía el impacto que aquello debía suponer para ella, pero a él le preocupaba algo más inminente que la locura de su tío.

—Alguien ha tenido que pulsar los botones para que todo esto se pusiera en marcha.

Los pensamientos de Stacy cambiaron rápidamente de curso. ¿Quién había estado allí, minutos antes que ellos para montar aquella algarabía? ¿Y seguiría allí? A excepción de la luz rotatoria que dibujaba sombras grotescas en las paredes, el resto del ático permanecía en la oscuridad.

—Tiene que haber una luz aquí arriba —murmuró Josh.

Cuando la linterna volvió a pasar por delante de ellos, le pareció ver un interruptor colocado cerca de la puerta. Al darle, las bombillas del techo inundaron el ático de una luz brillante.

Stacy sufrió una nueva impresión.

Delante de ellos había un taller con varias mesas en las que descansaban todo tipo de máquinas y herramientas. En una de las secciones había un catre, una percha, algunos enseres del hogar y una cocinilla con dos fuegos. Su tío había vivido en el ático rodeado de sus extrañas creaciones. Aquel lugar parecía la madriguera de un animal. Stacy se puso mala al pensar en el ser humano que había vivido allí, atrapado en la ciénaga de su mente.

No había señal de que hubiera alguien más en aquella parte del ático, pero Josh encontró un interruptor maestro que encendía todos los artilugios, y supo a ciencia cierta que alguien los había puesto en marcha deliberadamente.

—Todos tienen interruptores independientes y pueden encenderse

también uno a uno —observó.

—Por eso se movía el candelabro —aseguró Stacy entendiéndolo de golpe.

Si alguien había encendido alguna de aquellas figuras giratorias desde la parte de arriba del apartamento, la vibración del techo podría haber provocado perfectamente que el candelabro se moviera. Después de todo, no había sufrido ninguna alucinación.

—Pero, ¿por qué? —preguntó con voz trémula.

—¿Alguien heredaría esta propiedad si no consigues reformarla según los designios de tu tío?

—No. El dinero iría a parar a obras de caridad. ¿Por qué?

—Si hubiera un segundo beneficiario en función de que no lo consiguieras, no sería descabellado pensar que esa persona quisiera hacer todo lo posible para impedir que hicieras realidad los deseos de tu tío.

—No. Me nombró a mí heredera porque no hay nadie más. Tiene que haber otra razón para que alguien esté intentando asustarme —aseguró Stacy estremeciéndose.

—Tienes frío —dijo él observando la fina tela de su pijama—. Bajemos.

Tras cerrar con firmeza la puerta del ático tras ellos, Josh la sujetó mientras bajaban. Su cercanía física contribuyó a que ella recuperara cierta sensación de bienestar. De no ser por él seguramente se habría derrumbado, tanto física como emocionalmente.

Cuando Josh insistió en mirar bien dentro del apartamento, ella se lo agradeció. Cuando salieron tan precipitadamente habían dejado la puerta abierta. Manteniendo lo mejor que pudo la compostura, Stacy esperó en el pasillo a que él comprobara el estado de todas las habitaciones, los armarios e incluso el balcón.

—Todo despejado —aseguró para tranquilizarla.

Stacy asintió débilmente con la cabeza. Unos cuantos rizos de cabello oscuro le enmarcaban el rostro. Parecía tan vulnerable y tan frágil con aquel pijama que Josh tuvo que hacer un esfuerzo de contención para no acariciarla.

—Será mejor que vuelvas a la cama.

Ella se quedó allí de pie, mirándolo, y Josh supo que estaba tratando de mantener el control.

—Creo que la diversión ha terminado por esta noche —dijo con la mayor naturalidad que pudo.

Stacy compuso un amago de sonrisa, pero cuando se estremeció Josh le dio un abrazo y supo que estaba perdido. Se rindió ante la suavidad apetecible de su cuerpo y capturó sus labios en un beso que a él mismo lo pilló por sorpresa. Nunca había sentido un placer sensual semejante ni un deseo tan poderoso. En otras circunstancias la habría besado con mayor pasión hasta que no hubiera vuelta atrás. Pero aunque se moría de ganas de tomarla en brazos y llevarla hasta el dormitorio, sabía que no podía hacerlo. Aquella noche no. Stacy estaba entre sus brazos porque acababa de sufrir un tremendo shock. Josh no podía estar seguro de que ella no llegara a odiarlo por permitir que ambos perdieran el control.

—Entraré contigo —dijo con voz ronca, apartando los labios de los suyos—. Y dormiré en el sofá.

«Al menos por esta noche», añadió en silencio.

Capítulo 8

Stacy se quedó tendida despierta, escuchando los movimientos de Josh en la otra habitación. Todavía temblaba al recordar aquellos besos arrasadores que la habían dejado casi sin sentido. Incluso en aquel momento tuvo que seguir luchando contra su impulso de ir hacia él.

«¿Y luego qué? ¿Estás preparada para que te vuelva a rechazar?»

Ella lo había invitado a que avanzara. ¿Qué hombre se habría resistido a una mujer ligera de ropa que se hubiera abrazado a él como ella? Stacy había querido perderse en su masculinidad y cerrar los ojos a nada que no fuera la protección de su pecho contra el suyo. Sencilla y claramente, lo que quería era que le hiciera el amor. Y él había rechazado la oferta.

Stacy se regañó mentalmente por ser tan idiota. ¿Y qué otra cosa había esperado? Aquella situación era lo bastante fuerte como para que cualquier hombre se lo pensara dos veces antes de implicarse con la sobrina de un loco.

Stacy suspiró. De pronto se sentía demasiado cansada física y emocionalmente como para pensar con claridad. Por la mañana intentaría tomar alguna decisión. Aquella noche su cabeza no dejaba de recordar el modo en que los besos y las caricias de Josh habían despertado en ella pasiones que creía olvidadas para siempre.

Tumbado en el sofá del salón, Josh notaba cómo sus pensamientos discurrían por líneas enmarañadas. ¿Debería llamar al sheriff y contarle lo que había ocurrido? Pero Josh decidió que era mejor esperar. ¿Y si era el propio Mosley quien había orquestado toda la

jugada?

Josh no entendía por qué aquella absurda idea del museo podía suponer una amenaza para alguien. A no ser...

«A no ser que la amenaza seas tú».

Josh se puso tenso. ¿Habría dado en el clavo con aquella respuesta casi inconsciente? Si la persona que estaba haciendo todo aquello conseguía asustar lo suficiente a Stacy, la joven cerraría aquel lugar, se marcharía y él no tendría acceso a las instalaciones. Si alguien quería alejarlo de allí, asustar a Stacy para que cerrara el hotel era la manera de conseguirlo. Cuanto más consideraba aquella posibilidad, más reforzaba su creencia de que la verdad sobre Renquist y la muerte de Glenda se escondía en algún rincón de aquel lugar. Estaba siguiendo la pista correcta, lo sabía. Sólo necesitaba tiempo para demostrarlo.

Le preocupaba que lo que había ocurrido entre Stacy y él la llevara a no querer continuar con el trato que tenían. Josh sabía que nunca le habría permitido besarla y acariciarla de aquel modo si no hubiera tenido las defensas bajas tras el impacto de lo que había visto. Y se maldijo a sí mismo en silencio por haberse dejado llevar por una atracción sexual que iba más allá de la que había experimentado nunca hacia ninguna mujer. No podía permitirse ninguna emoción que la asustara. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que no cerraba el hotel antes de tener la oportunidad de encontrar aquello que alguien estaba tratando desesperadamente de ocultar.

Durante el resto de la noche Josh durmió a pierna suelta, y se despertó cuando el primer rayo de sol atravesó la ventana del balcón. En la duermevela anterior a despertarse completamente se le había ocurrido una idea que podría ser la solución a sus problemas y a los de Stacy.

Se vistió rápidamente, salió del apartamento y entró en la cocina. Sacó los planos de Willard y los estudió bajo un nuevo prisma. Todavía seguía sentado a la mesa cuando Chester y Roy entraron por

la puerta de atrás.

—¿Qué tenemos que hacer hoy, jefe? —preguntó Chester con una sonrisa indolente.

—La sala de fiestas. Vamos a vaciarla, a poner paneles y a instalar un nuevo sistema de luces.

Roy murmuró algo entre dientes que Josh decidió ignorar.

—De acuerdo, jefe —dijo Chester encogiéndose de hombros.

—Creí que habías dicho que íbamos a abrir toda la parte de abajo —señaló Roy con insolencia.

—He cambiado de opinión. Dejaremos de lado las otras habitaciones y nos concentraremos sólo en una.

Mientras los dos hombres dejaban atrás la cocina y salían por la puerta delantera del hotel, Josh supo que había tomado una decisión que tal vez se volviera contra él. Lo que tenía en mente no se ajustaba al criterio de renovar por completo el hotel. Stacy podía rechazar su idea sin siquiera pararse a considerarla. Y si tomaba la decisión de marcharse, allí acabaría todo. Y sin embargo, no podía permitir que perdiera el derecho a su herencia sólo porque su tío la había acorralado contra la pared con aquella idea demencial del museo.

* * *

Irónicamente, Stacy estaba considerando mientras se daba una ducha la idea que tenía preocupado a Josh. ¿Quedarse o irse? En su ánimo pesaba mucho la preocupación de que Josh no superaría la muerte de su hermana si no tenía la oportunidad de demostrarse a sí mismo que había hecho todo lo posible por que se hiciera justicia. Stacy se debatía entre dos aguas, y la creciente atracción que sentía por Josh sólo servía para incrementar sus dudas.

Se vistió con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta náutica. El saco de dormir de Josh seguía en el sofá. Y cuando entró en

la cocina se dio cuenta de que se había marchado del apartamento antes siquiera de prepararse un café. ¿Se sentiría incómodo con ella tras lo sucedido la noche anterior? Stacy se llevó dos dedos a los labios y recordó el calor de sus besos. ¿Cómo iba a fingir que no se sentía profundamente atraída hacia él? Incluso en aquel momento echaba de menos no verlo y no estar con él.

Mientras todas aquellas cuestiones se le pasaban por la cabeza, escuchó el ruido de la obra justo debajo de ella. Sintió un irracional impulso de rabia que la pilló desprevenida. El descubrimiento de la noche anterior lo había dejado todo en suspenso. ¿Es que Josh no se daba cuenta de que ella tenía muchas reservas respecto a la idea de seguir adelante con aquel absurdo proyecto? No tenía ningún derecho a decidir continuar con la reforma sin consultarlo con ella.

Llena de ira, Stacy salió del apartamento, se encaminó hacia las escaleras y se dirigió a la entrada del hotel. Las puertas dobles de la sala de fiestas estaban abiertas. Chester y Roy estaban ocupados derribando una estantería y Josh estaba en la escalera, clavando una viga parecida a la que había estado a punto de caérseles encima.

Stacy trató de controlar su oleada de furia. Mientras se acercaba a la escalera intentó también dejar a un lado el recuerdo de haber estado entre sus brazos. Aquella mañana Josh era su empleado, y más valía que él lo recordara.

—¿Puedo preguntar qué está ocurriendo? —preguntó con frialdad en cuanto lo miró.

—Buenos días —respondió Josh con una sonrisa encantadora bajando el martillo—. No te esperaba tan pronto. ¿Has desayunado ya? —le preguntó bajando de la escalera.

—No, iba a hacerlo cuando escuché los martillazos. ¿Acaso hemos decidido qué íbamos a hacer con esta habitación?

Su tono no era de interrogación, sino acusatorio.

«Esto va a ser más duro de lo que esperaba», se dijo Josh para sus adentros.

—¿Por qué no vamos a desayunar al restaurante de Alice y hablamos de ello? —sugirió él—. He puesto una batería nueva en el Jeep de tu tío. Podemos dar una vuelta para probarlo y ver si necesita algo más.

Si no hubiera mencionado el coche Stacy seguramente se habría negado, pero la necesidad de contar con su propio vehículo fue superior a su irritación.

—De acuerdo —dijo asintiendo con la cabeza—. Iré a buscar mi bolso. Tú saca el coche y recógeme en la puerta.

El hecho de darle una orden pareció servir para que se le pasara un poco el enfado. Josh disimuló una sonrisa divertida. Estaba tan deseable con sus pantalones cortos y aquella camiseta que sintió la tentación de atraerla hacia sí y besar aquella tensa y sin embargo voluptuosa boca. Cuando se marchó, su trasero respingón le provocó pensamientos lujuriosos que sólo podían traerle problemas. Y de los gordos.

Josh les dio a Chester y a Roy instrucciones y les advirtió que regresaría a la hora de comer para comenzar con la siguiente frase del trabajo. Se le pasó por la cabeza pensar que ellos fueran los responsables del incidente de la noche anterior, pero ¿cuáles serían sus motivaciones? Si Stacy cerraba el hotel ellos no cobrarían.

Josh llevó el Jeep a la entrada del hotel sin perder tiempo en descargar todo lo que Willard había dejado en el maletero. Cuando Stacy entró, miró las cajas llenas de chatarra, tornillos y dos piezas de piedra blanca considerablemente grandes.

—¿Esto es mármol? —preguntó.

—Si, hay una cantera no muy lejos de aquí, yendo hacia Colorado. Tu tío debió ir en algún momento. Supongo que tenía pensado

utilizarlos para... para su...

—¿Para su locura? —continuó Stacy por él—. ¿Quién crees que estará al tanto de que en el ático hay esas cosas?

—Seguramente Chester y Roy, y seguramente tu tío habrá hablado de ello en el pueblo cuando recolectaba la chatarra. O puede que incluso llevara a alguien al hotel para enseñárselo. Una cosa está clara: Alguien sabía cómo encenderlos y apagarlos.

—¿Crees que se trata de la misma persona que dejó los lazos de Glenda en la escalera?

—Yo ya no sé qué demonios creer —respondió Josh con una expresión tan fiera que ella decidió no hacer más preguntas.

Condujeron en silencio hasta que llegaron al restaurante. En cuanto cruzaron por la puerta, Stacy supo que había sido un error ponerse los pantalones vaqueros cortos. Alice le recorrió la figura de arriba abajo con los ojos muy abiertos, y de la boca de varios clientes varones surgieron numerosos silbidos de admiración.

Stacy juró entre dientes. ¿Acaso no sabían aquellos cazurros que estaban a mediados de agosto? Desde luego, aquello tenía que ser el fin del mundo si una mujer en pantalones cortos constituía tal novedad.

Se sentaron en la misma mesa que la vez anterior y pidieron el desayuno. Alice fue bastante amable cuando pasó por allí, y le sonrió a Stacy como si lamentara haber dicho las cosas que dijo aquel día. Ted había ido a Denver a buscar suministros, así que Alice estaba ocupada llevando el negocio y no se detuvo mucho en su mesa.

Josh esperó a que hubieran comido un poco antes de soltar el discurso que se había preparado.

—Sé que no estás contenta con el hecho de que haya seguido adelante con la reforma, pero, por favor, escúchame. Se me ha ocurrido que hay una manera de que cumplas con las exigencias del

testamento de tu tío sin que por ello tengas que tirar el hotel para albergar su estúpido museo. La idea es esta: Si reformas sólo la sala de fiestas, en la que hay espacio suficiente para albergar sus creaciones, y colocas un cartel en la puerta en el que se lea: *Museo Willard*, creo que podrás convencer a su abogado de que has cumplido con los términos del testamento de tu tío.

—¿Y dejar el resto del hotel como está? —preguntó Stacy con aire pensativo.

—¿Y por qué no? Está claro que es absurdo reformar el edificio entero para exhibir algo que nunca se va a mostrar. Apuesto a que una única galería bien presentada con paneles para las obras será suficiente. Podemos terminar el trabajo en cuestión de semanas. Eso me dará tiempo suficiente para encontrar algunas respuestas sobre Renquist.

Stacy le dio una vuelta a aquella idea y no consiguió encontrarle fallos. Era una solución simple y efectiva, y seguramente Josh tuviera razón. Al abogado podría bastarle con una galería.

—Podrás cobrar tu herencia y regresar a California convertida en una dama rica —insistió él con más entusiasmo del que sentía.

Estar con ella unas pocas semanas en toda una vida no parecía suficiente teniendo en cuenta que seguramente no volvería a verla. California no estaba en su lista de sitios que quería visitar, y estaba claro que ella ya había tenido más que suficiente de la vida pueblerina de Timberlane.

—De acuerdo —dijo ella limpiándose los labios con una servilleta—. Cuanto antes mejor.

Su brusquedad desmintió que fuera la misma mujer que se había estremecido entre sus brazos y le había devuelto sus besos con pasión. Le sorprendería que volviera a bajar la guardia alguna vez. A partir de aquel momento todo iba a ser trabajo. Josh experimentó una súbita

sensación de pérdida que nunca antes había sentido.

—Esta mañana he hecho una lista con los materiales que necesitamos —dijo sacando una hoja de papel—. Volveré a cargarlo a mi cuenta y luego podemos enviar las facturas para que nos lo paguen. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Tengo que comprar algunas cosas en la tienda. Te esperaré allí.

—No tardaré más de media hora.

Salieron del café y él siguió bajando la calle mientras Stacy cruzaba la calle para entrar en la tienda. Abe Jenkins estaba detrás del mostrador hablando con un par de clientes. Su rostro delgado le sonrió antes de que sus ojos se abrieran como platos al observar su atuendo.

Ignorando las miradas del resto de los clientes, Stacy agarró una cesta y se acercó al exiguo departamento de frutas y verduras. Sólo había unas cuantas naranjas sin color y algo de lechuga mustia para hacer una ensalada. Mientras las añadía a su cesta, Stacy repitió mentalmente el diálogo que tenía pensado mantener con Abe. En su última visita, el tendero había admitido que había ido al hotel a llevar algún pedido. Dijo también que había ayudado a su tío a mover algunas cosas, y recordó que le había comentado que no le parecía que tuvieran mucho sentido.

Le costaba trabajo pensar que aquel tendero amable fuera la persona que estuviera utilizando las espantosas creaciones de su tío en su propio beneficio, fuera cual fuera aquél. En cualquier caso, las apariencias siempre engañaban. En la tienda se vendían lazos de todos los colores, y Abe podía haberle vendido a Glenda los rojos y púrpura en más de una ocasión.

Stacy se dirigió entonces al departamento textil, donde adquirió unos pantalones vaqueros al estilo del Oeste y un par de camisas de

manga larga. Por el momento guardaría su ropa californiana para mejor ocasión.

Luego llevó toda la compra hacia la caja y esperó a que estuviera vacía de clientes para acercarse.

—La última vez me olvidé de comprar algunas cosas —aseguró sonriéndole al tendero—. Por suerte Josh tenía que bajar al pueblo a por material. ¿Me había dicho usted que repartían a domicilio?

—De vez en cuando —respondió Abe tras vacilar un instante—. Depende de las circunstancias.

—Pero el otro día dijo que a veces llevaba el pedido al hotel.

—Ése era un caso especial. Willard era una especie de... alma perdida, ¿sabe? —dijo con una sonrisa amable.

—Sí, y le agradezco que lo ayudara. Seguro que mi tío debió sentirse muy a gusto al compartir sus proyectos con usted.

—A veces sí, pero sinceramente, cuando me hablaba de ellos yo no les encontraba el sentido. Me limitaba a escucharlo y a venderle el material que necesitaba. Una vez lo ayudé a llevar chatarra a una de esas casetas que hay detrás del hotel.

—Entonces, ¿nunca le dio una vuelta por el edificio, ni le mostró lo que estaba haciendo con todo lo que había ido recolectando? —probó a decir Stacy.

—No. No he estado dentro del hotel desde hace nueve o diez años, desde que los Haverly lo vendieron —aseguró sacudiendo la cabeza con gesto lastimero—. Era una pareja muy agradable. Fue una lástima que el negocio no tuviera éxito. Para mí, el hotel se fue al diablo en cuanto Renquist se hizo cargo de él. Nunca pagó ni un centavo de los impuestos que le correspondían. Por eso a su tío le costó una miseria.

A Stacy le pareció notar un cierto resentimiento en su tono de voz. Tal vez Abe le tuviera echado el ojo a la propiedad y su tío la compró antes de que él pudiera hacerlo. Tal vez el tendero pensara que si ella

salía de allí el hotel volvería estar en el mercado.

—De una cosa estoy seguro: Usted es la dueña más guapa que ha tenido. Dígale a Josh que ya puede tratarla bien —dijo entregándole la compra con una sonrisa.

Stacy se sonrojó. Murmuró una despedida y salió de la tienda convencida de una cosa: Hacer de Sherlock Holmes no era lo suyo. Por mucho que se esforzara le costaba trabajo creer que Abe Jenkins fuera capaz de hacer algo así.

A un lado del edificio había un banco que en aquel momento estaba vacío. Stacy se sentó a esperar a Josh. Cuando por fin apareció subido en el Jeep limpio y encerado, le costó trabajo reconocer que se trataba del mismo vehículo. El motor sonaba a nuevo.

—¿Quieres conducirlo tú? —le preguntó mientras la ayudaba a cargar la compra—. Le he puesto gasolina y aceite, y funciona bastante bien para ser un coche viejo.

—Tal vez luego.

El recuerdo de la noche espantosa que había pasado conduciendo a través de la tormenta le quitaba las ganas de ponerse detrás del volante. En el camino de regreso al hotel, Stacy le contó la conversación que había tenido con Abe.

—Creo que tal vez le hubiera gustado comprar él el hotel —dijo Stacy—. Tal vez aún quiera.

—Puede ser. Abe se hizo cargo de la tienda del pueblo cuando nadie más la quería. La antigua dueña era una mujer que había estado durante años a su cargo.

—¿Y qué le pasó?

—La encontraron muerta una mañana en el almacén de atrás —respondió Josh con gravedad—. Le habían disparado.

—¿Crees que Abe...? —comenzó a decir Stacy sintiendo un nudo en el estómago.

—No lo sé. Si mató una vez para conseguir lo que quería tal vez lo hizo de nuevo.

Hicieron el resto del camino en silencio, y cuando pararon delante del hotel vieron a Chester y a Roy sentados en las escaleras, fumando.

—Estamos descansando un poco, jefe —se apresuró a aclarar Chester tirando el cigarrillo.

—Ya veo.

—¿Todavía siguen dando vueltas con ese mármol? —preguntó echando un vistazo al maletero del Jeep—. Willy nunca nos contó qué pensaba hacer con él.

—Bueno, pues podéis bajarlo ahora mismo y dejarlo allí, al lado de la barandilla —ordenó Josh—. El resto del material lo he dejado esta mañana en el garaje.

Stacy se bajó del coche. Chester se acercó a la parte de atrás para bajar las piezas.

—Vaya, hay que ver cómo pesa esto —protestó—. Ahora entiendo por qué a Willy le dio un ataque al corazón tratando de cargar con una de estas.

—¿Fue eso lo que ocurrió? —preguntó Stacy—. ¿Estaba levantando una pieza de mármol?

Le habían dicho que su tío murió de un infarto, pero no le habían contado los detalles.

—No sólo levantándola. Qué demonios, intentaba subirla por una de las laderas de la montaña.

—¿Para qué?

—Nadie lo sabe —respondió Chester encogiéndose de hombros—. Cuando se supo que había desaparecido, alguien recordó haberlo visto subiendo por la colina. Entonces fuimos a buscarlo. Y allí estaba. El forense dijo que sencillamente le había dado un ataque y había muerto —añadió con gesto pensativo—. La piedra sigue allí, como si

fuera una lápida. No sé si me entiende...

Lo dijo de un modo que Stacy sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

Capítulo 9

Josh ayudó a Stacy a subir las provisiones al apartamento y luego volvió a bajar para asegurarse de que Chester y Roy volvían al trabajo. Ella esperó a que se hubiera marchado y después se cambió la ropa de verano por los pantalones vaqueros y la camisa. En lugar de sandalias se calzó un par de mocasines.

Ahora que conocía las circunstancias en las que había muerto su tío sintió la necesidad de ir a ver el lugar en el que había exhalado su último aliento. Como Willard había dejado escrito que deseaba ser incinerado, sus cenizas descansaban en una cumbre de Denver.

Tras preguntarle a Chester el sitio exacto en el que estaba la pieza de mármol, Stacy salió del hotel por la puerta de atrás y comenzó a subir la colina. Mientras caminaba por un sendero estrecho bordeado de pinos y vegetación montañosa, sentía bajo las suelas de los zapatos el crujir de las agujas de los pinos. De vez en cuando echaba la vista atrás con la esperanza de ver debajo el hotel, pero ante sus ojos sólo se abría una infinidad de árboles. Sintió un escalofrío oscuro, y agradeció que aquellos ejemplares tupidos dieran paso a una arboleda de álamos esbeltos.

Stacy se detuvo un instante a tomar aliento. A nivel del mar era capaz de recorrer andando varios kilómetros, pero la altitud y la falta de aire le estaban pasando factura. ¿Qué locura se habría apoderado de su tío para que se le ocurriera llevar una pesada piedra de mármol hasta allí?

La pendiente se le fue haciendo cada vez más pronunciada, y las piernas comenzaban a fallarle cuando al fin la vio. Una piedra blanca

y reluciente justo a lado del camino.

Una vez allí, se dejó caer al lado del mármol y aspiró con fuerza el olor a pino. Miró a su alrededor, al paisaje montañoso y al cielo azul decorado con algunas nubes blancas y se sintió invadida por un sentimiento de paz absoluta.

—Elegiste bien, tío —murmuró.

Entendía perfectamente por qué Josh amaba aquella tierra. Había algo divino en aquellos picos que parecían rozar el cielo y en los verdes árboles que suavizaban las laderas de las montañas. Stacy sintió el impulso de ponerse en pie y seguir subiendo la montaña.

* * *

Josh dejó a Chester y a Roy trabajando en la sala de fiestas y se dirigió al despacho de Renquist. Todo el material que había subido a su habitación eran archivos de trabajo. No había nada personal que le diera alguna idea de hacia dónde podía haber huido Renquist.

Observó el despacho con ojos más escrutadores que antes. Cuando vio las huellas que había dejado algo que en su día estuvo situado en una esquina del despacho, pensó que podía tratarse de una caja de seguridad. Aquello lo desconcertó. ¿Estaría vacía aquella caja cuando quien fuera se la llevara? Seguramente Renquist habría vaciado todo el dinero.

Josh siguió repasando los archivos pero no encontró ninguna comunicación con algún amigo o algún socio que pudiera haberle dado cobijo cuando escapó del hotel. Frustrado, Josh cerró de golpe los cajones del fichero, se sentó en el escritorio y volvió a abrir todos los cajones.

Había pasado demasiado tiempo. Tendría que haber entrado en el hotel antes de que los saqueadores se hicieran con él, pero el sheriff Mosley le había advertido que lo arrestaría si lo veía merodeando por

allí.

Josh hundió la cabeza en las manos. Una profunda sensación de fracaso se apoderó de él. Nunca conseguiría despejar las sombras que rodeaban la muerte de su hermana.

Salió de aquel despacho oscuro y una vez bajo la luz del sol comenzó a subir por el flanco de la montaña. Cuando escuchó a Stacy preguntarle a Chester sobre cómo encontrar el lugar en el que había muerto su tío Josh le pidió que esperara a que él terminara de trabajar para que pudiera acompañarla, pero supo al instante que ella iría sola.

Las piernas fuertes y musculosas de Josh ascendieron la pendiente con facilidad, sin cambiar siquiera el ritmo de la respiración. Cuando llegó a la piedra de mármol supo por lo aplastado que estaba el suelo que Stacy había estado allí sentada.

Alzó la vista hacia las crestas de granito y entornó los ojos. ¿Era una persona lo que se veía allí arriba? ¿Y estaba asomada al extremo de aquella roca?

A Josh se le secó la boca. Tras las lluvias copiosas que habían sufrido aquellas rocas estaban lo suficientemente sueltas como para desprenderse al mínimo peso. Siguió subiendo a buen paso y sus temores se confirmaron cuando se acercó lo suficiente para ver a Stacy saludándolo con la mano. Estaba sentada en la punta de una roca. Josh se asustó como nunca antes en su vida.

—Ese saliente es muy inestable —le dijo al acercarse a ella con el tono de voz más tranquilo que fue capaz de poner—. Tienes que ponerte de pie muy despacio. Te agarraré lo más rápidamente que pueda pero cualquier peso extra o una piedra suelta puede hacer que todo el saliente se venga abajo.

Stacy tragó saliva y asintió con la cabeza mientras se levantaba lentamente. Al hacerlo, las piedras que tenía bajo los pies se desprendieron, precipitándose hacia el vacío. Josh la agarró a toda

prisa de la mano y tiró de ella, llevándola hacia un terreno más estable. Una vez en la hierba, la sentó y la abrazó. Había sido un milagro que aquel saliente tan endeble no se hubiera soltado en cuanto Stacy se sentó. Nunca olvidaría el sonido de aquellas piedras desprendiéndose. Si no hubiera decidido salir en su búsqueda... Josh se estremeció al pensarlo.

—No era mi intención asustarte —murmuró Stacy levantando la cabeza para mirarlo

—Bueno, pues lo has hecho —respondió él mientras le apartaba el cabello de la cara con gesto tierno—. Las Montañas Rocosas son muy hermosas pero están llenas de sorpresas peligrosas.

Stacy lo miró a los ojos. El brillo de soledad que estaba acostumbrado a ver en ellos estaba ahora acompañado por un profundo anhelo. Ella sintió deseo de corresponder a aquel deseo, pero la dolorosa lección que Richard le había enseñado todavía resonaba dentro de ella.

—Creo que estoy lista para regresar —dijo evitando mirarlo a la cara mientras se zafaba de sus brazos—. Descender será mucho más sencillo que subir.

—No siempre. A veces el terreno está más resbaladizo que la cera —aseguró Josh tendiéndole una mano con una sonrisa pícaro—. Tal vez tengas que sujetarme a mí para no caerte.

Bajaron con cautela por el mismo camino por el que descendieron antes. A los pies del saliente de roca vieron una docena de trozos de roca grandes y pequeños de los que habían caído. Subieron por los pequeños y treparon por los más grandes. Josh la sujetaba de la mano para ayudarla a avanzar entre aquella pila de rocas cuando de pronto se detuvo bruscamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—No estoy seguro.

Stacy siguió la dirección de su mirada pero no pudo ver qué era lo que Josh observaba con tanta atención. Algunas de las rocas caídas se habían clavado en la tierra y habían removido el polvo situado en la base de la formación rocosa.

—Quédate aquí —le ordenó Josh soltándole la mano y sin apartar la vista de las rocas clavadas en el suelo.

Cuanto más se acercaba, más fuerte se le iba haciendo el nudo que tenía en el estómago. Cuando se arrodilló al lado de un montículo de tierra y vio los huesos semienterrados de una mano, supo qué era lo que había encontrado.

¡Una tumba!

Capítulo 10

—¡uédate donde estás —le ordenó Josh cuando Stacy comenzó a avanzar hacia el lugar en el que él estaba arrodillado delante de la tumba.

Josh se puso de pie y se dirigió hacia la joven. Sus pensamientos iban de un lado a otro. Allí había alguien enterrado. ¿Pero quién? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—¿Qué ocurre? —preguntó Stacy escudriñándole el rostro—. ¿Qué has encontrado?

—No estoy seguro —mintió agarrándola de la mano para sacarla de allí—. Pero creo que el sheriff necesita echarle un vistazo.

—¿Echarle un vistazo a qué? —preguntó Stacy deteniéndose en seco—. O me lo dices o voy a mirarlo yo misma.

—No creo que te gustara —aseguró él exhalando un suspiro—. De acuerdo. Ese montículo ocultaba una tumba. Cuando cayeron las piedras dejaron al descubierto tierra suficiente como para dejar al descubierto... restos humanos.

—¿Una tumba? —exclamó Stacy mirándolo como si no acabara de creérselo.

—Eso parece. No sé cuánto tiempo llevará allí. Supongo que los forenses podrán averiguarlo gracias a los huesos.

Mientras descendían por la colina, los pensamientos de Josh avanzaron a toda velocidad. Si la tumba tenía más de un año de antigüedad, el descubrimiento de aquel cadáver podría ser la pista que Josh había estado buscando. Renquist había sido el dueño del hotel durante cinco años, y si alguien hubiera muerto en extrañas

circunstancias durante aquel periodo, Renquist podría haber enterrado a la víctima en la montaña para borrar pistas.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Stacy alzando la vista para mirarlo mientras caminaba a su lado.

—Estoy pensando en que si las autoridades determinan que ese cuerpo fue enterrado durante el tiempo en que Renquist era dueño del hotel, entonces sin duda dedicarían algo de esfuerzo a seguirle la pista. Y cuando ese malnacido esté entre rejas, se aclarará la muerte de Glenda.

Stacy no quiso aguarle las expectativas, pero temía que se llevara una desilusión. El propio Josh había admitido que no se sabía la antigüedad de aquella tumba.

Cuando llegaron al lugar en que descansaba la piedra de Willard, Josh volvió a preguntarse por qué el hombre habría intentado subirla por la montaña. Entonces, una posible respuesta le atravesó el entendimiento con la potencia de una flecha.

El tío de Stacy había sido dueño de hotel durante un año. ¿Sería Willy el Raro responsable de la muerte de alguien que estuviera enterrado allí? Guiado por su excentricidad, ¿no habría decidido marcar la tumba de su víctima con una lápida?

—Llamaré al sheriff y le diré que suba —dijo Josh cuando llegaron a la puerta trasera del hotel—. Luego tendré que insistirle para que traiga a algún investigador competente. Hawkins, el forense del condado, lleva años reñido con Mosley. El sheriff pateará como una mula cuando se vea obligado a llamarlo.

Cuando Josh y Stacy entraron en la cocina se encontraron con Chester y Roy tomándose otro descanso.

—Vaya, hola —saludó Chester quitando a toda prisa la pierna que había colocado encima de una silla.

Ambos hombres parecían sentirse culpables por haber sido

pillados tomando un café y fumando un cigarrillo mientras el jefe estaba fuera. Estaban esperando que Josh los reprendiera, pero él estaba demasiado ocupado pensando en otros asuntos más graves. Ni siquiera miró hacia ellos cuando cruzó la cocina y desapareció en el despacho.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó Chester a Stacy.

Ella murmuró entre dientes algún comentario respecto a que se metiera en sus asuntos. Como no quería mantener ningún tipo de conversación con ellos, salió por la puerta principal de la cocina. Sintió las miradas de los dos hombres clavadas en ella y escuchó a Chester decir con sorna:

—Diez dólares a que han estado revolcándose. ¿Te has fijado en que ella tiene los pantalones manchados de verdín?

Stacy apretó los puños y luchó contra el impulso de darse la vuelta y golpear con ellos a Chester. Pero tenía la sospecha de que aquella reacción impulsiva sólo serviría para divertir a los dos hombres, así que siguió andando por el pasillo y subió las escaleras del apartamento.

Cerró la puerta con rabia infantil. Su indignación se enlazaba con una riada de emociones nuevas: El miedo que había experimentado en el risco, el deseo sexual que sintió entre los brazos de Josh y el horror ante el descubrimiento de la tumba, todas aquellas sensaciones se habían unido para borrar cualquier atisbo de equilibrio y bienestar, pensó Stacy mientras entraba en el baño para darse una ducha y cambiarse de ropa.

* * *

Josh sintió una oleada de frustración mientras esperaba a que Irene encontrara a Mosley.

—Creo que iba a ir al rancho de Danbury. Al parecer hay rumores

de que el viejo está destilando licor en la bodega.

«Y de paso habrá ido a probarlo», añadió Josh en silencio.

—Irene, llámalo por teléfono y dile que se dirija sin demora al hotel Haverly. Si no está allí dentro de una hora llamaré a las autoridades estatales.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Irene con preocupación.

—No puedo decírtelo hasta que haya hablado con el sheriff. Y, por favor, Irene: sé discreta respecto a esta llamada. Es mejor que no removamos las aguas, ¿entiendes?

—Creo que sí —respondió ella—. Ya sabes que puedes confiar en mí.

Josh colgó el teléfono y miró el reloj. Lo que había dicho era cierto. Si el sheriff Mosley no se presentaba llamaría él mismo al forense.

Para su sorpresa, sólo tuvo que esperar diez minutos antes de que llamara el sheriff Mosley, claramente molesto por que lo hubieran «interrumpido en un trabajo que no podía esperar».

—Créame, sheriff, este asunto es mucho más urgente —le espetó Josh con sequedad—. Y si no viene enseguida llamaré a Hawkins para que acuda él. Así no tendrá usted que molestarse.

—¿El forense? —preguntó Mosley cambiando de inmediato el tono de voz—. ¿Para qué lo necesitas?

—Se lo diré cuando llegue —respondió Josh colgando el teléfono.

El rancho de Danbury estaba a menos de diez minutos, y además Josh tuvo la sensación de que el sheriff ya iba camino del coche.

Cuando regresó a la cocina, se encontró con Chester y Roy, que se pusieron tensos al verlo.

—Ya íbamos a volver al trabajo, jefe —aseguró Chester levantándose de la silla.

—Podéis tomaros el resto del día libre, chicos. Quiero supervisar la

siguiente fase de la reforma y en este momento tengo otras cosas en la cabeza.

—Muy bien, jefe —respondió Chester riéndose por lo bajo—. Lo comprendemos. Vamos, Roy, dejémosle al jefe un poco de intimidad romántica. Buena suerte —concluyó guiñándole un ojo a Josh antes de dirigirse a la puerta.

Josh decidió ignorar aquel último comentario. No le importaba ni lo más mínimo lo que pensarán Chester y Roy. Lo único que quería era que desaparecieran de allí antes de que llegara el sheriff. Lo único que les faltaba era que todo el pueblo anduviera especulando sobre lo que estaba ocurriendo en el hotel.

Cuando Mosley llegó unos minutos más tarde, Josh estaba esperándolo en la puerta.

—¿De qué demonios va todo esto? —inquirió el sheriff nada más bajarse.

—Vamos a dar un paseo —respondió Josh indicándole con un dedo la colina que había detrás del hotel—. Se lo explicaré por el camino.

—Más te vale que valga la pena —murmuró Mosley recolocándose el cinturón por debajo de la tripa.

Josh abrió el camino y comenzó a subir a buen ritmo. El sheriff iba protestando y sudando cuando llegaron a la tumba. Josh pudo asegurar que al hombre lo pilló completamente por sorpresa. Mosley frunció el ceño, parpadeó y fijó los ojos en aquellos huesos humanos como si se tratara de una ilusión óptica.

—Vaya, que me aspen.

Josh le explicó que había descubierto aquella tumba con la caída de unas piedras del risco.

—Tenías razón —murmuró Mosley con cierto alivio, sin acercarse a examinar los huesos—. En esta ocasión vamos a tener que llamar al

forense.

Josh esperaba que al menos el sheriff hiciera alguna especulación respecto a aquel descubrimiento tan extraño. Pero no fue así. Sin decir nada más, Mosley se dio la vuelta y comenzó a descender la colina.

Decidido a no variar su miserable trayectoria, el sheriff iba a meter otra vez la cabeza en la arena, tal y como había hecho tras la muerte de Glenda. Eso pensó Josh. ¿Aquel hombre era un perfecto incompetente o había algo más? Si el sheriff sabía quién estaba allí enterrado no estaba desde luego dispuesto a admitirlo. ¿Le habría pagado Renquist por su silencio?

* * *

Cuando Stacy escuchó cómo Chester y Roy se iban en su camioneta y oyó poco después la llegada del coche del sheriff, se preguntó si la reforma se detendría ahora que estaban implicadas las autoridades. El hotel entero se convertiría en el escenario del crimen en función de la antigüedad de la tumba.

Cansada, preocupada y un poco asustada, escuchó el ruido del motor del coche del sheriff yéndose una hora más tarde. Observó por la ventana cómo desaparecía por el camino sinuoso que llevaba al hotel. ¿Por qué se iría tan pronto?

Poco tiempo después escuchó los pasos de Josh subiendo por las escaleras. El corazón se le aceleró y salió al umbral a recibirlo. Él pareció sorprendido al encontrarla allí.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Stacy invitándolo a pasar—. ¿Qué va a hacer el sheriff?

—Nada.

—¿Cómo que nada? No lo entiendo. No puede no hacer nada.

—Tú no conoces a Mosley. Lleva años haciendo nada.

Se sentaron el sofá y Josh le detalló la conversación que habían mantenido.

—El sheriff no quiere tomar parte ninguna en la investigación. O es un cobarde o hay algo que quiere ocultar. Yo me inclino por la segunda opción. Cuando el forense le haya echado un vistazo a los restos sabremos algo mejor. Mosley dijo que lo llamaría y que haría un informe, pero no confío en él. Yo mismo llamé a la Oficina del Condado, pero no ha servido de mucho. Hawkins está en otro caso que le ha obligado a ir a testificar a Denver. No regresará a la oficina hasta mañana por la tarde. Espero que en cuanto llegue se pase por aquí.

—He visto que Chester y Roy se han marchado —aventuró Stacy—. ¿Significa eso que la reforma tendrá que esperar?

Ahora que existía una posibilidad de que aquella pesadilla acabara en cuestión de semanas, no quería pensar en tener que retrasar la reforma más allá de lo necesario. No se trataba sólo del estrés de tener que cumplir con la voluntad de su tío, sino que además sus sentimientos hacia Josh se habían ido haciendo más fuertes. Enamorarse de él sería una auténtica estupidez, pero sus defensas emocionales se veían mermadas cada vez que estaba con él.

Incluso en aquel momento deseaba perderse en el calor protector de su cercanía. Necesitó de todo su valor para alzar la cabeza y decir:

—Me gustaría llevar a cabo tu idea del museo limitado lo antes posible.

—Me temo que vamos a tener que esperar y ver lo que Hawkins tiene que decir. Si el cadáver se identifica rápidamente todo se resolverá enseguida. Si no es así y hay que enviar los restos a un laboratorio forense de Denver, pasarán semanas hasta que sepamos algo. Entretanto, este lugar debe ser considerado como el escenario del crimen.

—¿Semanas? —repitió ella angustiada.

Al escuchar la tensión de su tono de voz, Josh supo que tenía los nervios a flor de piel. Se giró para consolarla, pero ella se apartó.

—Salgamos de aquí —aseguró Josh con firmeza.

—¿Para ir adónde? —preguntó Stacy mirándolo asombrada.

—A Pineville —respondió él sin vacilación—. Está a unos cincuenta kilómetros. Podemos buscar un restaurante agradable e ir al cine. ¿Qué te parece?

—Suenan maravilloso —contestó Stacy al instante, sintiendo como si acabaran de librarla de la cárcel.

Pineville era un pueblo próspero situado en un valle rodeado de montañas. Stacy sintió que había regresado literalmente a la civilización mientras Josh conducía el Jeep por calles abarrotadas de gente, en las que había semáforos, luces y todo lo demás.

Josh sonrió mentalmente al observar su expresión de felicidad. Ella había insistido en cambiarse de ropa y ponerse un vestido azul pálido con un jersey a juego. Josh era consciente de que aquella falda tan corta provocaría más de un levantamiento de cejas y algún que otro silbido de admiración masculina, pero le complacía que se hubiera arreglado para su «cita».

Decidió llevarla a un restaurante con encanto en el que se comía bastante bien y había una pista de baile y una clientela agradable. Mientras caminaban desde el aparcamiento hasta la puerta de entrada, Josh le pasó la mano por la cintura y eso le gustó. En las ramas de los árboles que rodeaban el edificio había colgadas unas lucecitas tenues que emitían una luz romántica. Josh pidió una mesa en el patio de atrás.

Pidieron la bebida, un martini para Stacy y whisky para él. No hablaron mucho mientras bebían ni cuando encargaron la comida. Y además evitaron cualquier referencia a la situación del momento.

Stacy supo que Josh había dejado la universidad para ocuparse de su abuelo, y ella le contó que se había graduado en económicas porque era lo que se esperaba de ella, no porque le gustara el marketing.

Cuando estaban tomando ya el café escucharon a un grupo en directo tocando dentro. Josh le preguntó si le gustaría bailar.

—Sí, creo que sí me gustaría —respondió ella dejando la taza en la mesa—. Gracias por pedírmelo.

Cuando estuvieron en la pequeña pista de baile, Stacy se dio cuenta al instante de que aquello no había sido una buena idea. Josh no sólo era un experimentado bailarín, que la guiaba con destreza, sino que además tenía un ritmo natural que suponía un reto para la habilidad de Stacy para cambiar rápidamente de un baile country a un chá-chá-chá.

Bailar juntos suponía una bendición, un maravilloso modo de distraerse de la pesada carga que se habían dejado en el hotel, y además sirvió para crear un vínculo relajado y fresco entre ellos. Cuando la banda tocó una pieza lenta, Stacy se acomodó a la perfección en la solidez de su cuerpo. Josh la apretó con tanta fuerza contra sí que era inevitable que sus mejillas se rozaran. El aroma de su masculinidad y la firmeza de su torso le inundaron los sentidos, y Stacy supo que estaba perdida en otro mundo.

—No regresemos esta noche —le susurró Josh al oído antes de buscar la respuesta en su rostro.

Ella sabía lo que le estaba pidiendo, y al pensarlo en retrospectiva Stacy tuvo la sensación de que su respuesta había estado allí desde el momento que reclinó la cabeza sobre su pecho bajo la lluvia de la tormenta.

Una hora más tarde, cuando el destello de las luces de neón jugueteaba a través de las persianas semicerradas de la habitación del motel, Josh bajó la vista hacia su deliciosa desnudez y sintió una

abrumadora oleada de ternura. Deslizó las manos sobre piel suave y su boca encontró la suya en un beso que comenzó despacio y fue aumentando en intensidad. Stacy le arrebató los sentidos como ninguna otra mujer había hecho nunca, y por primera vez en su vida se rindió por completo. Stacy se colgó de él y un ritmo creciente se fue apoderando de ellos hasta alcanzar una sensación de arrebató que los unía a ambos. Josh se entregó completamente a un amor como nunca antes lo había conocido.

Cuando la tuvo descansando entre sus brazos, deseó hacerle una promesa, jurarle amor y devoción, pero no le salieron las palabras. No porque adolecieran de sinceridad, sino porque tenía poco que ofrecerle además de a sí mismo. Cuando el sol saliera, seguiría siendo Josh Spencer, un hombre sencillo de un pueblo perdido llamado Timberlane.

Capítulo 11

Cuando Stacy se levantó a la mañana siguiente, relajada y saciada de amor, se sorprendió al encontrarse sola en la cama. Durante la noche había dormido con la espalda apoyada contra Josh, sintiendo sus brazos rodeándola, y las tensiones e inseguridades de los días anteriores se habían esfumado como la niebla bajo el calor del sol. Stacy había experimentado una paz plena que le inundaba hasta lo más profundo de su ser, pero cuando abrió los ojos y vio el espacio vacío que había a su lado sintió un frío helador. Entonces se sentó en la cama.

Y escuchó a Josh en la ducha.

Aunque se tranquilizó entonces, le quedó una sensación de intranquilidad. ¿Hacia dónde irían ahora? Las circunstancias que los habían llevado a unirse no habían cambiado. Una atracción física desmesurada había atravesado las barreras que había entre ellos... pero sólo por una noche. Josh seguía poseído por aquel deseo de venganza que ensombrecía el resto de las circunstancias que rodeaban su vida.

Si al menos no tuvieran que regresar al hotel, pensó Stacy... De alguna manera, Glenda los había estado manipulando desde el principio desde la tumba. Parecía como si su espíritu estuviera buscando alivio.

Stacy salió de la cama con una extraña sensación de premonición que resonaba en su interior como una alarma. Se puso la ropa interior y estaba sacando su estuche de pinturas del bolso cuando Josh salió del baño.

—Te has levantado —dijo sonriendo y dirigiéndose hacia ella con una toalla a la cintura—. Esperaba que necesitaras un poco de ayuda para ducharte.

El hecho de pensar en que aquellas manos suaves acariciaran las partes más íntimas de su cuerpo provocó una oleada de calor en su interior, pero Stacy decidió tomarse la invitación con sentido del humor.

—Apuesto a que has gastado toda el agua caliente —bromeó.

—No, me he dado una ducha fría por razones obvias.

Ella se sonrojó y evitó mirar su cuerpo masculino casi desnudo. Tal vez Josh estuviera acostumbrado a hacer el amor con aquella naturalidad pero ella no. Al recordar que de vez en cuando pasaba la noche con Marci pasó a toda prisa delante de él antes de que pudiera abrazarla.

—Sólo tardaré un instante —prometió Stacy, como si fuera el tiempo lo que él tenía en mente.

Josh se quedó mirando la puerta después de que ella la hubiera cerrado. ¿Qué demonios? Recordó la noche anterior, los sensuales momentos que habían compartido en la pista de baile, su disposición a pasar la noche con él, y los increíbles instantes en los que habían hecho el amor. Se habían entregado el uno al otro completa y apasionadamente. ¿Acaso había interpretado él algo que no era? ¿Se había equivocado en algo?

Cuando por fin se hubo vestido y mientras esperaba sentado a Stacy, ya se había calmado. Había decidido que Stacy había optado por manejar del modo más correcto aquella situación. Josh no había permitido nunca antes que se le escaparan de las manos los sentimientos hacia ninguna mujer, e incluso le resultaba un alivio que ella intentara poner distancia entre los dos.

Para cuando terminaron de desayunar en el restaurante del motel,

su relación había vuelto a la normalidad y Josh se sintió cómodo al decir:

—Necesito pasar por casa esta mañana y comprobar cómo está el abuelo. ¿Quieres acompañarme?

Stacy vaciló un instante. ¿Qué clase de recibimiento le daría el anciano?, se preguntó. ¿Aceptaría el hecho de que ella no era Glenda o volvería a insultarla? Y sin embargo, incluso la perspectiva de pasar un momento desagradable le resultaba más apetecible incluso que estar sola en el hotel.

—Sí. Me gustaría ir.

—Bien. Si ya han empezado a reparar el puente podemos aparcar el coche e ir caminando. Llamaré a Chester y a Roy y les diré que se tomen otro día libre. No quiero que anden por ahí si el forense aparece.

Antes de salir de Timberlane, había hablado con la Oficina del Condado para asegurarse de que Jay Hawkins y su ayudante estarían en el hotel a las tres en punto.

—Tiempo de sobra para ir a ver al abuelo, comer y regresar antes de que ellos lleguen.

Cuando llegaron a la desviación que llevaba a la casa vieron a dos hombres trabajando en la base del puente. Josh detuvo el Jeep y lo aparcó detrás de su camioneta. Tras cruzar unas palabras con los obreros, Josh y Stacy se dirigieron hacia la casa.

Al pasar por las cabañas, él se aseguró automáticamente de que todo estaba bien. Habría que tirar algunos de los pinos que las rodeaban. El fuego era un peligro potencial y había que mantener despejada la zona cercana a las viviendas. Debería quedarse allí y prepararlo todo para la siguiente oleada de turistas.

El saludo de su abuelo cuando cruzó la puerta de la cocina fue un eco de su propia culpabilidad.

—Por lo que veo has decidido regresar y ocuparte del negocio, ¿no? Este sitio no puede llevarse sólo...

—No hace falta que te pregunte como estás. Por lo que se ve, sigues como siempre —respondió Josh con una sonrisa.

—¿Quién está ahí escondida detrás de ti? —preguntó el abuelo señalando a Stacy con el bastón.

—Es una amiga, abuelo —explicó Josh con naturalidad esperando escuchar los improperios en cualquier momento—. Le he pedido a Stacy que viniera a comer con nosotros.

—Hola, señor Spencer —lo saludó Stacy con forzada naturalidad—. Espero que no le importe.

El anciano la miró fijamente durante unos instantes.

—Como si pudiera decirle algo por traer a una chica bonita a comer —dijo finalmente.

Stacy y Josh exhalaban al mismo tiempo un suspiro de alivio. Había pasado la primera prueba. Si ahora conseguían mantener la conversación apartada del tema de Glenda, la visita habría sido un éxito.

Después de comer Josh se acercó a las cuerdas con su abuelo y Stacy se quedó un rato sentada en la mesa con la señora Crabtree, la mujer que estaba cuidando del anciano en ausencia de su nieto. La señora Crabtree le contó que sentía mucho cariño por Josh, al que conocía desde que era un niño, pero no mencionó a su hermana.

—¿Y qué puede contarme de Glenda? —sugirió la joven tratando de sacar algo de información.

—Cundo menos se diga, mejor.

—Estoy intentando comprender los sentimientos de Josh —insistió Stacy—. Debía quererla muchísimo.

—Igual que la mayoría de la gente. Esa chica era una auténtica rompecorazones. Con todos. Tenía a todos los hombres que quisiera

bailando a su alrededor. Y podría decirte por qué... pero no, el pasado, pasado es —dijo interrumpiéndose y negando con la cabeza—. No tiene sentido sacarlo a relucir.

Por el modo en que apretó la boca, Stacy supo que no iba a sacarle nada más. La señora Crabtree se pasó el resto de la sobremesa hablando de gente y de lugares que despertaban poco interés en Stacy. Trató en varias ocasiones de volver a sacar el tema de Glenda, pero no tuvo éxito.

* * *

De regreso a Timberlane, Stacy le iba dando vueltas en la cabeza a las cosas que le había dicho la señora Crabtree y trató de leer entre líneas. No podía evitar preguntarse si aquella mujer sabría algo que pudiera aclarar la muerte de Glenda.

Stacy miró a Josh y se preguntó si debería sacar el tema, pero decidió no hacerlo. Él ya tenía bastantes cosas en la cabeza. El descubrimiento de la tumba y el retraso en las obras ya eran suficiente preocupación.

Llegaron al hotel a las dos y media y les sorprendió encontrar ya allí a Hawkins, el forense y a un joven fornido que lo acompañaba. Habían llegado en una furgoneta oficial del Departamento Forense del Condado.

Josh se disculpó por no haber previsto que pudieran llegar antes de las tres.

—No pasa nada —le aseguró Jay Hawkins con un gesto de la mano.

Era un hombre bajo, delgado y enérgico en el modo de hablar y de moverse que tenía. Stacy calculó que tendría unos cuarenta años.

—Les presento a la señorita Ashford, propietaria de este lugar —dijo Josh presentándosela a los dos hombres.

—Este es Pete Gower —dijo Hawkins a su vez—. Va a ayudarme a investigar su hallazgo.

¿Hallazgo? Stacy se quedó un poco impresionada ante lo impersonal de aquel término cuando se estaban refiriendo a restos humanos.

—No hace falta que tú vuelvas a subir, Stacy —aseguró Josh, como si le hubiera leído el pensamiento—. Yo les mostraré el lugar.

—Os esperaré aquí —respondió ella dedicándole una mirada de agradecimiento antes de marcharse.

El forense y su ayudante sacaron de la furgoneta una radio de la policía, una pala, guantes, un rastrillo, una tela plegada y bolsas.

Josh se ofreció a llevarles algunas cosas y los tres emprendieron el ascenso. Cuando llegaron al lugar en el que Willard sufrió el ataque al corazón, Hawkins se detuvo y dijo:

—Recuerdo aquel caso. Pobre tipo. Aquella pieza de mármol pudo con él. Veo que todavía está aquí.

—Al parecer, Willard viajó a Colorado y se trajo varias piezas —explicó Josh—. Además de ésta hay otras dos en el coche.

—¿Qué cree que iba a hacer con ella? —murmuró Hawkins inclinándose para mirar uno de los costados de la piedra—. Vaya, ¿han visto esto?

En la piedra estaban grabadas las palabras: *Descanse en paz*.

Josh sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal cuando leyó la inscripción. ¿Habría llevado Willard aquella lápida montaña arriba para su propia tumba? ¿O para marcar alguna que ya existiera? ¿Habría matado a alguien y después lo enterró bajo aquella roca?

—Supongo que pronto encontraremos una respuesta a esto —murmuró Hawkins con los ojos brillantes, como si estuviera persiguiendo alguna presa.

Hicieron el resto del camino en silencio, y cuando llegaron a la

tumba, el forense y su ayudante sacaron sus herramientas con parsimonia y comenzaron a trabajar. Josh se obligó a sí mismo a quedarse a un lado y no decir nada mientras ellos observaban cuidadosamente el terreno adyacente, como si quisieran asegurarse de que no había nada interesante fuera de la tumba.

Después se arrodillaron y comenzaron a apartar los huesos con las manos enguantadas.

—Se pueden saber muchas cosas a partir de los huesos —aseguró Hawkins mirando a Josh, que los observaba con impaciencia—. Por ejemplo, el momento aproximado de la muerte, el sexo del fallecido, la edad, el peso y la causa de la muerte.

Los hombres continuaron apartando la tierra con sumo cuidado, y en cuestión de minutos un esqueleto vestido con ropas emergió ante los ojos de Josh.

—Bien, está intacto —dijo Hawkins con la alegría de quien acaba de encontrar un tesoro—. Tendremos que examinar los huesos para descubrir más detalles, pero el color y la textura indican que la muerte ocurrió hace al menos dos años.

«Eso deja fuera al tío Willard», pensó Josh con alivio.

—Es un hombre —intervino Pete tirando de una tela que debió ser en su momento unos pantalones—. Parece como si le hubieran disparado —murmuró observando el agujero que había en el cráneo.

—Bien, coloquémoslo en la tela para llevarlo al laboratorio.

Al hacerlo, algo cayó de unos de los bolsillos medio desintegrados del cadáver.

—¿Qué es esto? —se preguntó Hawkins sujetando el objeto con la mano enguantada—. Parece una cartera.

Entonces la abrió y sacó un carné de conducir legible protegido por una funda de plástico.

—Bueno, supongo que aquí tenemos la respuesta.

—¿Quién es, jefe? —preguntó Pete.

—Si la cartera pertenece al muerto, se trata de Malo Renquist.

Josh sintió como si alguien le hubiera golpeado la cabeza con un bate de béisbol.

—¿Está usted seguro? —preguntó notando que la tierra se hundía bajo sus pies.

—No —aseguró Hawkins con impaciencia—. No puedo estar seguro. Alguien pudo robar la cartera. No hay manera de asegurarse hasta que hayamos llevado a cabo numerosas pruebas. Tendremos que comparar los restos con los archivos médicos y dentales antes de llegar a alguna posible identificación.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Josh en un hilo de voz.

—¿Quién sabe? —respondió el forense encogiéndose de hombros—. Tal vez unos días, tal vez meses. Quienquiera que fuese debía tener dinero. Lleva un anillo con un rubí y un Rolex carísimo.

—Tal vez el reloj se parara cuando le dispararon —sugirió el ayudante.

—Eso nos ayudará a concretar la hora de la muerte —comentó Hawkins.

—No, no puede ser —murmuró Josh angustiado.

La pantalla del reloj roto marcaba aproximadamente la hora en la que su hermana cayó desde el balcón.

Capítulo 12

Stacy pasó la tarde bastante inquieta, esperando y preguntándose qué clase de descubrimientos harían los tres hombres cuando inspeccionaran la tumba. La joven se estremeció sin razón aparente. La culpa era de aquel maldito apartamento, pensó. Todo lo que lo rodeaba le había puesto los nervios de punta desde el principio. Stacy no era de las que creían en espíritus que habitaban las casas, pero el hotel Haverly había sacado la crédula que había en ella. Incluso el espíritu de su tío parecía vagar por aquel lugar, y también estaba Glenda... ¿Cómo era posible que una mujer tan joven dejara tras de sí semejante cúmulo de sentimientos y de especulaciones? Glenda tenía atrapado a Josh con más fuerza que cualquier mujer viva, y Stacy sabía que una rival de carne y hueso habría sido una competidora más sencilla para conseguir su atención. La noche que habían pasado en el motel había sido tan sólo una breve escapada de aquel compromiso que lo consumía.

Stacy decidió que lo que le hacía falta era un buen baño caliente, así que llenó la bañera casi hasta el borde y se metió dentro. Cuando empezó a relajarse, sus pensamientos tomaron otro rumbo. ¿Se quedaría Josh aquella noche en el apartamento con ella en lugar de dormir en el dormitorio que había al otro lado del pasillo? ¿Seguiría sintiéndose físicamente atraído hacia ella sin la ayuda de la música romántica y de la habitación del motel?

Stacy no era precisamente una experta en relaciones sexuales esporádicas. Cuando conoció a Richard era virgen y decidió que era su hombre. Aceptó su propuesta de matrimonio con una ingenuidad

que rozaba la fantasía. Empeñada en contemplar su relación a través de un cristal rosa, no fue capaz de distinguir las señales que revelaban que él no era lo que fingía ser. Stacy se había convencido a sí misma de que Richard era todo lo que se podía esperar de un marido, y su muerte por sobredosis estuvo a punto de destruirla.

Pero había aprendido la lección. ¿Por qué se planteaba siquiera la posibilidad de tener una aventura sin importancia con Josh Spencer? Ahora sabía lo bastante como para desconfiar de los sentimientos tan profundos que había despertado en ella. La noche anterior, entre sus brazos, se había sentido completa, en paz y profundamente enamorada, pero por la mañana parecían dos desconocidos educados. ¿Por qué no le dijo Josh nada respecto a lo que había sucedido entre ellos?

«¿Y por qué no lo mencionaste tú?», se preguntó sin responderse.

Mientras salía de la bañera se agarró a la esperanza de que tal vez podrían hablar aquella noche de ello. Stacy se puso el albornoz y se preparó para secarse el pelo. Cuando fue a sacar el secador del cajón superior de la cómoda se dio cuenta de que un cajoncito más pequeño que había debajo estaba ligeramente abierto. Sorprendida, ya que ella sólo había utilizado el de arriba y los demás estaban vacíos, lo abrió del todo.

Pero ya no estaba vacío. Había un cepillo de pelo de mujer con mechones de cabello tan largos y tan oscuros como los suyos propios. Stacy se lo quedó mirando durante un instante con horror y después cerró el cajón de golpe.

Su cabeza comenzó a discurrir enloquecidamente, tratando de encontrar una explicación racional para que aquel cepillo estuviera allí. ¿Podía confiar en su memoria, que le decía que aquel cajón estaba vacío? Tal vez se le había pasado mirarlo cuando colocó sus cosas en el de arriba.

Trató de convencerse de que tal vez pudo estar desde el principio

en el cajón, pero sabía que no era cierto. Le pareció entonces escuchar el sonido de la risa de Glenda.

¿Cómo había llegado aquel cepillo hasta allí?

«Del mismo modo que los lazos de Glenda llegaron a la escalera. Alguien los puso allí. La misma persona que puso en marcha los engendros de mi tío».

Stacy sintió que se le ponía la carne de gallina al pensar en que alguien había estado frente a aquel espejo, exactamente igual que estaba ella ahora, y que había colocado el cepillo en el cajón semiabierto para asegurarse de que ella lo encontrara.

Alguien había entrado la noche anterior en el apartamento mientras ellos estaban en Pineville. No había servido de nada echar el cerrojo. ¡Alguien tenía una llave! El retraso en el cambio de las cerraduras había permitido que esa persona siguiera entrando y saliendo impunemente en el hotel y en el apartamento. Stacy no se había sentido nunca en su vida tan vulnerable.

Se vistió nerviosamente con sus vaqueros nuevos y una camisa blanca de manga corta. Estaba esperando en los escalones de la entrada cuando los hombres regresaron al hotel al atardecer.

Al verlos meter una tela doblada en la furgoneta supo por la forma que tenía que habían encontrado un cuerpo. Ni el forense ni su ayudante parecían cansados ni nerviosos, pero Josh tenía el aspecto de haber vivido una experiencia terrible.

—Gracias por su ayuda —dijo Hawkins tras cerrar la puerta de atrás.

—¿Me hará saber las noticias?

—Tal vez lleve su tiempo —le advirtió el forense—. Le enviaremos un informe al sheriff Mosley cuando sepamos algo. Pero si quiere puede adelantarle algo —concluyó dejando claro que el sheriff no estaba en la lista de sus mejores amigos.

Hawkins y Pete subieron a la furgoneta y Josh se los quedó mirando mientras regresaban a Pineville. Se sentía como si alguien le hubiera abierto la cabeza y estuviera rebuscando en su cerebro.

¡Malo Renquist estaba muerto! Aquel hombre tan odiado que había alentado sus ansias de venganza durante dos años llevaba todo aquel tiempo muerto y enterrado. Josh no tenía dudas respecto a que fuera él. El tamaño del esqueleto se correspondía con el de Renquist, y el anillo y la cartera de cuero eran propios de su estilo de vida. Era Renquist seguro.

Durante todo el camino de regreso, Josh se había esforzado en aceptar algo que le resultaba inconcebible: Renquist no había huido para evitar la acción de la justicia: Lo habían matado. Ahora la búsqueda había terminado.

Josh se pasó la mano por los ojos cerrados para tratar de ver algo a través de una neblina de confusión.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Stacy con expresión preocupada.

Josh se dio cuenta de que ella estaba justo a su espalda. Era normal que tuviera curiosidad respecto a lo que había ocurrido. Pero por alguna razón, decidió posponer el momento de contarle la verdad.

—Lamento que hayas tenido que ser testigo de todo —siguió diciendo Stacy—. Creo que te vendría bien una cerveza en este momento.

—De hecho, creo que bajaré al pueblo y me tomaré un par de ellas —dijo él entornando los ojos.

Quería tener una charla con el sheriff. Por lo que él sabía, Mosley no había movido un dedo por seguir el rastro de Renquist tras su desaparición la noche en que murió Glenda.

¿Sabría el sheriff desde el principio que no había necesidad?

—¿Por qué no me cuentas nada? —preguntó Stacy con creciente ansiedad—. Esto no tiene nada que ver con el tío Willard, ¿verdad?

—No. La tumba es más antigua —la tranquilizó Josh rápidamente.

Stacy supo al instante que le estaba mintiendo por omisión. Había algo que no le estaba diciendo, pero lo conocía lo suficiente como para saber que no serviría de nada presionarlo.

—A mí también me apetece tomar algo en el pueblo. Iré contigo.

—De acuerdo —respondió Josh con brusquedad—. Vamos.

Unos minutos más tarde iban camino de Timberlane. El silencio de Josh eran tan pesado que parecía una pared interpuesta entre ellos. Aquel distanciamiento impidió que Stacy le contara lo del cepillo. Se limitó a sentarse en su asiento y mirar por la ventanilla.

Era la «hora feliz» cuando aparcaron frente al bar, y en la calle se escuchaba el entusiasta sonido de una guitarra.

—Te pediré algo de beber y te dejaré aquí sentada —dijo Josh cuando bajaron de la camioneta—. Entonces veré si puedo contactar con el sheriff.

—Sé cómo actuar en un bar. Puedo pedirme yo solita la bebida —respondió ella con el mismo distanciamiento que él estaba mostrando—. Adelante, ocúpate de tus asuntos.

—Lo siento —se disculpó Josh agarrándola de la mano cuando se dio la vuelta para marcharse—. Ahora mismo estoy hecho un lío. Ya te explicaré las cosas más tarde, ¿de acuerdo? E insisto en que quiero entrar contigo.

Para sorpresa de Stacy, la besó fugazmente.

—No quiero que ninguno de esos tipos intente ligar contigo. Es mejor que sepan que estás conmigo para que cuando vuelva no tenga que partirle la nariz a nadie.

El calor de aquel último beso permaneció con ella cuando Josh abrió la puerta y la invitó a pasar. El interior del bar estaba tan poco iluminado que Stacy agradeció que él la guiara. En una de las paredes había una barra de aspecto antiguo, y en la otra esquina, un músico

con aspecto de vaquero le arrancaba unas notas a las cuerdas de su guitarra. El resto del espacio estaba repleto de mesas y sillas.

—Hola, chicos —dijo Josh guiándola hacia una de las mesas en la que había dos hombres sentados—. ¿Puedo dejar aquí segura a esta hermosa dama un segundo?

—Bajo tu responsabilidad —respondió Ted con una carcajada, poniéndose en pie para ayudar a Stacy a sentarse.

—Y sólo si deja que la invite a la primera copa —dijo Abe, el tendero, con una sonrisa.

—Trato hecho —respondió Stacy devolviéndole la sonrisa—. Pero la segunda ronda corre de mi cuenta.

—Vaya, me gusta esta chica —bromeó Abe—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera, Josh?

—Tranquilízate, chico —dijo el aludido riéndose—. Sólo voy a ir unos minutos a la oficina del sheriff.

—No está allí —intervino Ted negando con la cabeza—. Irene acaba de estar aquí. Dijo que hoy habían cerrado pronto el chiringuito. Se tomó una cerveza con nosotros y luego se fue a casa.

—Si te quedas un rato por aquí probablemente lo pilles —sugirió Abe—. En la trastienda celebran siempre una partida de póquer que Mosley no suele perderse.

Josh vaciló un instante. Si intentaba buscar al sheriff tardaría más que si lo esperaba allí, pero ¿podría tener una charla privada con él en aquel lugar?

—Creo que lo llamaré a su casa —decidió dirigiéndose al teléfono que había en el pasillo.

El sheriff vivía solo en una pequeña parcela a las afueras del pueblo. Algunas mujeres intentaron en el pasado convivir con él, pero ninguna se quedó mucho tiempo.

Nadie contestó al teléfono. Josh maldijo entre dientes y regresó a la

mesa.

—Creo que me quedaré aquí y protegeré a Stacy de vosotros.

Todos pidieron algo de beber.

Stacy se reclinó en la silla y dejó que la charla de los hombres la envolviera. Josh parecía tener la expresión menos tensa. Bien, pensó. Tal vez había dejado de lado lo que lo estaba preocupando.

Pero un instante después se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

—Cuando Renquist llevaba el hotel, ¿viste alguna vez al sheriff allí cuando ibas a llevar el pedido? —preguntó Josh girándose hacia el tendero.

—Creo que sí —respondió Abe tras pensárselo unos instantes—. En aquel lugar había siempre juego ilegal y prostitución, día y noche. Eso es al menos lo que yo les oía comentar a los clientes en la tienda —aclaró sintiéndose algo incómodo—. Tu hermana siempre charlaba un rato conmigo. Me daba la impresión de que Renquist y ella... ya sabes.

—¿Te comentó alguna vez que Mosley iba mucho por allí?

—No lo recuerdo, pero tal vez me lo dijera.

—Me estaba preguntando si el sheriff podría haber reñido con Renquist. Tal vez por alguna deuda de juego...

—¿Por qué te preguntas eso, Josh? —quiso saber Ted.

«Porque Renquist terminó muerto con una bala en la cabeza».

—Todavía sigo intentando averiguar por qué Mosley no fue tras Renquist cuando desapareció —se limitó a explicar—. Pensad en ello. Al sheriff no le pareció sospechoso en absoluto que Renquist hubiera desaparecido de la escena de aquel modo. ¿Por qué no?

Josh miró a todos como si esperara que alguien le diera la respuesta que él ya tenía: Mosley sabía que Renquist ya estaba muerto.

—¿Por qué no te olvidas ya de este asunto, Josh? —dijo Abe suspirando—. Ya es hora de que recuperes tu vida.

—Chester y Roy estuvieron hoy en el restaurante —comentó Ted girándose hacia Stacy para cambiar de tema—. Dijeron que les habías dado un par de días libres. ¿Has decidido no seguir adelante con la reforma?

—No —se apresuró a contestar ella sin pararse a pensar la respuesta.

—Chester parecía algo confundido respecto a lo que había que hacer.

—Él siempre está confundido —intervino Josh con firmeza para terminar con aquella conversación.

Tras beber otra ronda, Josh consultó el reloj y fue a mirar a la trastienda. La partida de póquer ya había comenzado y no había rastro de Mosley. ¿Se habría enterado el sheriff del descubrimiento de la montaña y había decidido esfumarse? Cuanto más pensaba Josh que había sido él quien le metió la bala en la cabeza a Renquist, más razonable le parecía. Tal vez Glenda perdió la vida porque fue testigo de aquel asesinato.

Stacy se dio cuenta entonces de que el humor de Josh no iba a mejor. Sus amigos estaban intentando frivolar la conversación hablando de sus cosas, pero Josh no intervino. A ella no le sorprendió que dijera que no a otra ronda de cervezas y le preguntara si no le importaba marcharse ya.

En el camino de vuelta estuvo igual de callado. Aunque estaba convencido de que el cuerpo enterrado era el de Renquist, no quería decir nada hasta que lo respaldara el resultado de las pruebas forenses. Era de sobra conocida su animadversión hacia Renquist, y no quería que lo acusaran de difundir falsos rumores.

Cuando Stacy salió del coche lo hizo con pasos un tanto vacilantes.

No recordaba cuántas rondas habían pedido.

—Creo que estás un poco bebida —dijo Josh de buen talante cuando la vio tambalearse ligeramente al subir las escaleras.

—No es verdad —se apresuró a responder ella con dignidad—. Sólo estoy un poco cansada. Tengo ganas de echarme un rato.

—Suenas bien —respondió él disimulando una sonrisa.

—Puedes echarte conmigo —le ofreció Stacy con una picardía que a ella misma le sorprendió.

A aquella misma hora el día anterior habían estado bailando el uno en brazos del otro, preparándose para una noche de placer.

—Podría —reconoció Josh—. Pero quiero que estés completamente despierta cuando te haga el amor.

Si ella no hubiera estado flotando en una nube etílica habría podido discutir aquel argumento. Josh le pasó el brazo por los hombros para sujetarla mientras subían las escaleras del apartamento.

Luego la besó tiernamente y la dejó al lado de la cama con la promesa de no hacer ruido mientras ella dormía. Stacy se desnudó y se puso el kimono japonés que había comprado en Chinatown. Dispuesta a meterse en la cama, retiró la colcha y estuvo a punto de desmayarse.

Encima había un camisón rojo de seda estirado, como si fuera una persona esperando. Un perfume conocido le invadió el olfato.

Soltó un grito, las rodillas le fallaron y cayó al suelo.

Capítulo 1

Josh escuchó el grito de Stacy y corrió hacia su dormitorio. Cuando la vio tendida en el suelo su primera impresión fue que se había caído por haber bebido demasiado. La levantó y no miró la cama hasta que hizo amago de tumbarla allí. Entonces se quedó paralizado, sin creer lo que veía.

La visión de aquel camisón de seda roja lo golpeó como si le hubieran atizado en el estómago con una barra de hierro. Lo reconoció al instante. Glenda lo había comprado por catálogo el último verano que estuvo en casa. El perfume que desprendía llegó hasta él, y Josh se apartó de la cama.

Casi le parecía escuchar la risa de su hermana siguiéndolos cuando sacó a Stacy del apartamento, cruzó el pasillo y la depositó sobre su estrecha cama. Ella se colgó a él como si fuera una niña a la que la hubiera despertado una pesadilla.

—No pasa nada, cariño —intentó tranquilizarla Josh mientras trataba de calmarse él mismo.

—¿Lo has visto? ¿En mi cama? Ha vuelto, ¿verdad? —exclamó al borde de la histeria—. ¡Glenda no te dejará ir nunca! ¡Nunca!

—Ya basta —le ordenó Josh colocándole las manos en los hombros para agitarla ligeramente—. Tranquilízate. No ha sido el fantasma de Glenda quien ha puesto el camisón en tu cama. Alguien quiere asustarte, y cuando averigüe quién es lo estrangularé con mis propias manos.

Stacy tragó saliva para evitar comenzar a chillar. Era consciente de que no estaba pensando con la cabeza. El impacto de encontrar la ropa

de una mujer muerta en su cama la había desequilibrado completamente. La cabeza le daba vueltas y no podía pensar con claridad.

—Alguien está intentando convencerte como sea de que el fantasma de mi hermana está vagando por el hotel. Si consigue asustarte lo suficiente, te marcharás. Y por eso también puso los lazos.

—Y el cepillo —añadió Stacy contándole lo que había encontrado en el cuarto de baño.

—Así que alguien colocó el camisón y el cepillo... —murmuró Josh frunciendo el ceño.

—Alguien que debió entrar en el apartamento mientras estábamos en Pineville

—¡Maldito cerrajero! —exclamó Josh—. Esto no habría ocurrido si hubiera venido a tiempo. ¿Por qué no me contaste antes lo del cepillo?

—Porque estabas tan tenso cuando regresaste con el forense que no me diste opción —respondió Stacy levantando la cabeza de su pecho—. ¿Qué me estás ocultando? ¿Qué encontraste allí?

Cuando ella lo miró, sus ojos reflejaban tal angustia que Josh no pudo seguir fingiendo y le contó todo lo que sabía.

—¿Renquist está muerto? —preguntó Stacy mirándolo con absoluto asombro—. ¿Era su cadáver?

—El forense dice que habrá que comprobarlo —respondió él con gravedad—. Pero yo estoy convencido de que sí es él. Lo que significa que he estado siguiendo la pista de un hombre que descansa en su tumba desde la noche en que murió Glenda. He estado persiguiendo a un muerto.

—Entonces, tal vez Glenda sí saltara del balcón, después de todo —se aventuró a exponer Stacy—. Quizá estuviera tratando de huir de la persona que le disparó a Renquist.

—No —se apresuró a responder Josh—. Mi hermana nunca se

hubiera quitado la vida. Alguien debió arrojarla por el balcón o antes o después de que dispararan a Renquist. Cuando averigüe por qué, entonces sabré quién fue —murmuró apretando los dientes.

Stacy sintió entonces que se le encogía el corazón. La búsqueda de Josh no había terminado con el hallazgo del cadáver de Renquist, sólo había cambiado de dirección.

—¿Por eso querías hablar con el sheriff? —recordó Stacy, encontrándole de pronto sentido a su obsesión por verlo—. ¿Crees que él sabe lo que realmente ocurrió aquella noche?

—Eso es lo que quiero averiguar —respondió Josh con gravedad—. Todo esto está de alguna manera conectado. Utilizar las cosas de Glenda para asustarte forma también parte del plan. Por culpa de Mosley, el hotel nunca fue utilizado como escenario del crimen.

Josh tragó saliva.

—Y tal vez el sheriff pretenda que siga siendo así.

Para Stacy estaba claro lo que Josh pensaba. Que Mosley tenía algo que ver con la muerte de Renquist. Y seguramente también con la de Glenda. Podía imaginarse un poco qué emociones estaría experimentando, pero quería advertirle para que no remplazara una venganza por otra.

Alzó la mano y le acarició suavemente la mejilla. Cómo podían cambiar las cosas en veinticuatro horas. La noche anterior estaba entre sus brazos, llena de sueños sensuales y no de pesadillas.

—Me parece que por hoy ya hemos tenido bastante —dijo con dulzura—. ¿Crees que esta cama es lo suficientemente grande para los dos?

Las líneas del rostro de Josh se suavizaron cuando la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

* * *

La noche que pasaron juntos fue distinta a la que habían vivido en el motel, y de alguna manera resultó más enriquecedora. Sus caricias fueron más tiernas, más dulces, y los besos menos apasionados. Y el éxtasis al que accedieron juntos resultó más mesurado.

A Josh le costaba trabajo creer que en aquellas circunstancias hubiera encontrado una mujer a la que podría llegar a amar sin medida. Un sentimiento de pérdida se había apoderado ya de él cuando escuchó el ritmo de su respiración y sintió la dulzura y el calor de su cuerpo dormido junto al suyo. No había promesas de futuro. Lo que habían compartido surgía del momento, nacía de la tensión y del peligro.

Si por él fuera, Stacy se marcharía de inmediato. Era consciente de que su valor y su obstinación eran lo que la hacían quedarse. Tenía miedo de que si las tácticas utilizadas hasta el momento para que abandonara el hotel no funcionaban, el invisible acosador intentara hacerle daño físicamente. El mero hecho de pensar que Stacy podría ser otra nueva víctima de aquel lugar maldito le provocó un escalofrío.

* * *

La suave luz de una nueva mañana alcanzó las cortinas de la ventana cuando Josh se despertó con el cálido cuerpo de Stacy enredado en el suyo. Sintió la tentación de darle unos cuantos besitos en la oreja para despertarla lentamente, pero se contuvo. Había muchas cosas que hacer y muy poco tiempo.

Salió de la cama y cruzó el pasillo en dirección al apartamento. Preparó un poco de café y lo llevó hasta la cocina del hotel. Estaba echándoles un vistazo a los planos que Willard había dejado cuando aparecieron Chester y Roy.

—Hoy trabajamos, ¿no, jefe?

—Sí —respondió él con sequedad—. Y a partir de hoy todos los días, hasta que pongamos este sitio como yo lo quiero ver, ¿de acuerdo? Pues adelante. En primer lugar tenéis que traer más paneles. Quiero que las paredes del norte y del sur estén terminadas hoy —concluyó enfatizando la última palabra.

Josh se quedó con ellos hasta que se aseguró de que sabían cómo colocar los tabiques. Luego bajó y comprobó que Stacy seguía dormida. Sonrió al ver el modo en que tenía el cuerpo encogido, en posición fetal. Un sentimiento inesperado se apoderó de él. Nunca había amado a nadie tan intensamente. Se dijo a sí mismo que tenía que mantenerla a salvo. Stacy se merecía el dinero que su tío le había dejado y la oportunidad de empezar una nueva vida.

Josh se dio la vuelta y salió de la habitación con la intención de librarse del camisón antes de que ella se levantara. Todo estaba como Stacy lo había dejado. Metió a toda prisa el camisón en una bolsa, hizo la cama y abrió la ventana para que se fuera el olor a perfume.

—¿Josh?

Cuando la escuchó llamarlo corrió a toda prisa hacia la otra habitación. Stacy estaba sentada y se sujetaba la cabeza con las manos.

—Vaya, vaya —dijo él con simpatía—. ¿Resaca?

—Alguien está tocando los bongos dentro de mi cabeza —gimió Stacy cerrando los ojos—. Juro que nunca más en mi vida volveré a beber.

—Será mejor que bajes a tomarte un café y una aspirina —sugirió él inclinándose para besarla en la frente—. Han venido Chester y Roy y los he puesto a trabajar. Y ya me he encargado del dormitorio, así que puedes regresar al apartamento cuando quieras.

—Gracias por todo, pero realmente pienso que ya puedo enfrentarme a cualquier cosa. Una vez superado el impacto, lo único

que siento es rabia al pensar que alguien me esté atormentando de esta manera.

Josh supo entonces que no se le había pasado por la cabeza la idea de marcharse. Una mezcla de alivio y de temor se apoderó de él mientras la acompañaba al apartamento y desaparecía en el baño para darse una ducha y vestirse.

Josh consultó su reloj. Todavía era demasiado temprano para que Mosley estuviera en su despacho. Normalmente no aparecía por allí hasta las diez, y Josh estaba decidido a estar allí cuando llegara.

Stacy parecía conforme con quedarse en el apartamento, y Chester y Roy estaban trabajando duro en la sala de fiestas. Justo cuando Josh se disponía para dirigirse al pueblo, apareció el cerrajero de Pineville.

Era un hombre mayor de cabellos grises y hombros cargados. Se movía con una lentitud que le puso de inmediato los nervios de punta. Actuaba como si tuviera todo el tiempo del mundo para ocuparse de las puertas que Josh le indicó, y cuando le indicó que tenían que quedar hechas todas aquel mismo día, el cerrajero se limitó a emitir un gruñido.

Se despidió de Stacy con un beso, prometiéndole que regresaría antes de las doce. Y le hizo prometer a su vez que no saldría de la propiedad hasta que él regresara.

Mientras conducía hacia Timberlane, Josh no se fijó en la belleza de la mañana. Normalmente encontraba paz al contemplar las nubes blancas y el cálido sol que enriquecía los tonos verdes y marrones de las montañas circundantes, pero ahora, con la vista clavada en la carretera, una sensación de pesadumbre se apoderó de él,

Cuando paró el coche en el pequeño aparcamiento que había detrás de la oficina del sheriff, se alegró de ver el coche oficial de Mosley aparcado allí. Josh aspiró con fuerza el aire, entró en la sala de espera y saludó a Irene con una inclinación de cabeza.

—Buenos días —le dijo con amabilidad—. Necesito cruzar un par de palabras con el sheriff.

—No está en este momento —respondió ella—. Pasó por aquí unos minutos y luego se fue al restaurante de Alice a desayunar. Lleva media hora fuera —dijo tras consultar el reloj—. Debe estar al caer. Si quieres esperarlo...

—No, creo que saldré a su encuentro allí.

Estaba claro que el sheriff cumplía con unas mínimas horas de trabajo y después se pasaba el resto de su horario laboral comiendo o bebiendo. Cuando llegó al restaurante lo encontró sentado en una mesa con Alice y Ted. A juzgar por la expresión de sus rostros estaba claro que no estaban hablando del tiempo.

«Les está contando lo de la tumba».

Sin esperar a que lo invitaran, Josh agarró una silla y se sentó con ellos.

—¿Qué tal, sheriff? —preguntó con tono frívolo.

—El sheriff acaba de contarnos lo de la tumba que encontraste en la montaña —dijo Alice antes de que Mosley pudiera contestar—. Qué horror, ¿no? ¿Quién pudo enterrar a alguien así?

—¿Tiene usted alguna idea, sheriff? —le preguntó Josh espoleándolo.

—Supongo que sabremos algo pronto —murmuró Mosley mirándolo con ojos asesinos—. El forense tiene que llamarme hoy y ponerme al día de lo que han averiguado hasta el momento.

—¿Qué encontraron en la tumba, Josh? —quiso saber Ted.

Josh sabía que seguramente no debería decir nada hasta que el forense hubiera hablado con el sheriff, pero no pudo resistir la tentación de soltar allí mismo la bomba.

—A Malo Renquist.

Los otros tres parecieron completamente impactados. Josh no supo decir si el sheriff estaba fingiendo o se había llevado una auténtica sorpresa.

—Oh, Dios Mío, Josh, no puede ser... —murmuró Alice en un hilo de voz.

Por el modo que tuvo de mirarlo, a Josh le dio la extraña impresión de que ella lo consideraba responsable. Todas las amenazas que había lanzado contra aquel hombre debieron pasar en aquel instante por la cabeza de Alice.

Y seguramente Ted estaría pensando también lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto Renquist?

—Hawkins no lo sabrá hasta que haya hecho algunas pruebas —respondió Josh, que decidió no compartir la información del reloj roto—. Pero cree que el cuerpo lleva allí un par de años.

Mosley se echó hacia atrás en la silla. Tenía un brillo de satisfacción en la mirada.

—Vaya, vaya, parece que todo encaja. Eres un tipo listo, ¿no es así, Josh? Todo el escándalo que has montado con que había que encontrar a Renquist pudo no ser más que una cortina de humo. Qué demonios, seguramente sabías desde el principio dónde estaba.

—¡Oh, no! —exclamó Alice llevándose la mano a la boca—. No es cierto, ¿verdad, Josh?

Ted lo miró fijamente, como si estuviera sopesando si el sheriff podría tener razón o no.

—Por supuesto que no, Alice —dijo finalmente.

Josh estaba sorprendido por su reacción. Alice y Ted siempre le habían dejado claro que su fijación por encontrar a Renquist tenía tintes de locura, pero le costaba trabajo pensar que sus amigos creyeran que él había estado todo aquel tiempo tratando de ocultar su culpabilidad.

—Veamos las cosas desde otro punto de vista, chicos —dijo poniéndose a la defensiva—. La ley no fue tras Renquist porque no había necesidad. No tiene sentido perseguir a un hombre muerto, ¿no es así, Mosley?

Se hizo un momento de silencio. Entonces el sheriff se puso de pie bruscamente.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó apretando los puños de rabia—. Suéltalo antes de que te golpee los labios con tanta fuerza que no puedas ni hablar.

Antes incluso de que la silla de Mosley cayera al suelo Josh ya se había puesto a su vez en pie.

—¿Por qué se pone tan a la defensiva, Mosley? —lo provocó.

Un murmullo de excitación recorrió el restaurante. La gente comenzó a apartarse. Alice parecía dispuesta a separar ella misma a los hombres.

—Nada de peleas aquí dentro —ordenó Ted—. Salid fuera.

—Después de usted, sheriff —dijo Josh señalando la puerta con la cabeza.

Mosley se llevó la mano a la funda de la pistola y la mantuvo allí durante unos segundos.

—Será mejor que cuides tu boca, Spencer —murmuró finalmente—. Si andas por ahí contando mentiras sobre mí te meteré entre rejas.

—Y si usted intenta cargarme el asesinato de Renquist, haré que le quiten la estrella —respondió Josh con el mismo tono amenazador.

Mosley le dirigió una última mirada asesina, le dio una patada a la silla que había caído al suelo y salió del restaurante. Se escuchó un murmullo de alivio entre los clientes y Josh volvió a sentarse.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó con Ted—. Pero te aseguro que esto termina aquí.

—Por ahora sí —respondió Ted con firmeza—. ¿Qué te parece si te sirvo un buen desayuno?

* * *

Stacy estaba tomando un té con una tostada cuando sonó el teléfono. Esperaba que fuera Josh, pero se trataba de la señora Crabtree.

—Estoy intentado localizar a Josh —dijo con voz trémula.

—Lo siento, pero no está aquí. Ha bajado esta mañana temprano a Timberlane. ¿Ocurre algo?

—Su abuelo se ha caído hace un instante —dijo tras dudar unos instantes.

—¿Está herido?

—No lo sé. Insistió en ir esta mañana con mi hijo Billy a la cuadra, resbaló y perdió el conocimiento. Billy lo trajo de vuelta a casa y ahora está consciente, pero no tiene buen color.

—Hay que llevarlo inmediatamente al médico —aseguró Stacy con firmeza.

—El viejo doctor Withers murió el pasado invierno, dejando a Timberlane sin médico. Pero en Pineville hay un buen hospital. Supongo que Billy podría llevarnos, aunque yo prefiero que lo lleve Josh —aseguró en un hilo de voz.

—Es importante que lo vea alguien cuanto antes —insistió Stacy—. ¿Podrían llevarlo ahora? Yo encontraré a Josh y le diré que se reúna con ustedes allí.

—De acuerdo —accedió la señora Crabtree sin demasiada convicción.

—Espere, antes de colgar, ¿podría darme el número de la oficina del sheriff y del restaurante de Alice? No tengo guía telefónica aquí.

En cuanto la mujer le hubo dado los teléfonos, Stacy colgó e intentó llamar al despacho de Mosley. Irene le contó que Josh estaría todavía seguramente en el restaurante. El sheriff ya había regresado.

Alice respondió al otro lado de la línea cuando llamó al restaurante.

—Sí, Josh estuvo aquí —confirmó con voz cansada—. Tuvo un enfrentamiento con el sheriff. Ojalá pudiera seguir adelante con su vida. Se merece un poco de felicidad. Ese maldito hotel está afectando a todo el mundo.

Stacy trató de no pensar en el tono de censura de las palabras de la otra mujer y se limitó a explicarle por qué quería hablar con Josh.

—Su abuelo ha sufrido una caída. La señora Crabtree va a llevarlo al hospital de Pineville. ¿Dónde crees que puede haber ido?

—Espero que no sea nada grave —murmuró Alice—. Creo que Josh iba camino del hotel. Dijo que quería controlar a los obreros. Pobrecillo —añadió con un suspiro—. Dile que si necesita cualquier cosa no dude en llamarnos.

Stacy colgó y después salió al balcón. Clavó los ojos en la carretera que daba al hotel. En cuestión de minutos vio la camioneta de Josh y corrió a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él asustado al ver su expresión—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —lo tranquilizó Stacy—. Se trata de tu abuelo. Ha sufrido una caída y la señora Crabtree y su hijo Billy lo han llevado al hospital de Pineville.

—¿Es grave? —preguntó Josh poniéndose lívido.

—No lo saben. Se golpeó en la cabeza y perdió brevemente el conocimiento. Le dije que te reunirías con ellos en el hospital. Ya deben estar allí.

—De acuerdo, pues vayámonos —dijo él girando para marcharse.

—He tenido tiempo para pensarlo, Josh, y creo que yo debo quedarme —aseguró Stacy deteniéndolo—. Es importante que Chester y Roy sigan trabajando. Si nos vamos los dos se pasarán el resto del día vagueando. Además, el cerrajero va haciendo su trabajo poco a poco en todas las puertas. Hace falta que se quede alguien hasta que termine.

Josh supo que había tomado una decisión y que discutir con ella sería una pérdida de tiempo.

—Yo puedo encargarme de todo —insistió Stacy—. Tú tienes que ir a ver a tu abuelo.

—De acuerdo —cedió él asintiendo a regañadientes con la cabeza—. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Josh la atrajo hacia sí y la besó con tal pasión que ambos se quedaron sin respiración.

—Cariño, esto es sólo un anticipo —le prometió apartando los labios de los de ella sin ganas.

—De acuerdo. Pero pienso cobrarte intereses —bromeó Stacy.

Se quedó mirando hasta que las luces traseras de la camioneta se perdieron tras tomar la primera curva. Una especie de premonición la advirtió de que se arrepentiría de no haberse ido con él.

* * *

Estaba oscureciendo cuando Josh la llamó por teléfono desde el hospital. Las noticias no eran buenas. El abuelo no estaba respondiendo bien y lo habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos.

—No puedo dejarlo solo esta noche.

—Tienes que quedarte a su lado —aseguró Stacy tratando de aparentar firmeza.

Aunque el cerrajero había cambiado algunas cerraduras, incluida la del apartamento, se sentía muy vulnerable, pero no pensaba cargar a Josh con sus temores. Él ya tenía suficientes preocupaciones.

—No quiero que pases la noche allí sola —continuó diciendo Josh—. Por eso he llamado a Alice y lo he arreglado todo para que pases allí la noche con ella y con Ted. Dijo que te prepararía la habitación de invitados. El Jeep tiene gasolina de sobra. Sal ahora. Quiero que estés en la carretera antes de que se haga más tarde. Y no discutas conmigo, cariño. Sencillamente, hazlo.

—¿Seguro que puedo plantarme allí sin más? —preguntó ella sin mostrar lo aliviada que estaba.

—Cielo, para eso están los amigos —le recordó Josh—. Dejarán abierta la puerta de su casa por si todavía están en el restaurante cuando tú llegues. Quiero que salgas del hotel lo más deprisa que puedas.

—Meteré un par de cosas en la bolsa y me iré —prometió Stacy.

—Prométeme que tendrás cuidado —le pidió él con voz tierna—. Esta noche la pasaré pensando en ti y deseando estar a tu lado.

Stacy se sentía ya sola y abandonada.

—Ya sabes que te quiero.

—Y yo también te quiero.

Aquella confesión le sonó real y auténtica hasta en lo más profundo de su ser.

—Todo va a salir bien, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —prometió Stacy sin tener la más mínima idea de cómo iban a conseguirlo.

Salir del hotel le llevó más tiempo del que había calculado. Se duchó antes de salir y se puso unos vaqueros limpios y un jersey para protegerse del fresco de la noche. Luego metió en la bolsa ropa de cambio y sus cosas de aseo. Dado que cuando llegara a Timberlane

sería la hora de cenar, decidió esperar a tomar algo en el restaurante.

Chester y Roy habían dejado las luces encendidas en el piso de abajo. Stacy bajó por las escaleras y salió por la puerta de atrás, donde Josh había aparcado el Jeep.

Un viento frío atrajo un manojito de nubes oscuras que cubrieron la media luna. Stacy subió al coche y dejó la bolsa en el asiento del copiloto.

—Gracias a Dios —murmuró agradecida al comprobar que el Jeep se encendió a la primera.

Cuando llegó a Timberlane, estaba agotada por la tensión de haber conducido por aquella carretera que parecía tan sencilla cuando Josh iba al volante. Se preguntó si alguna vez se acostumbraría a aquellas carreteras de alta montaña en las que parecía acechar un peligro en cada curva.

Al entrar en el pequeño aparcamiento del restaurante vio que estaba lleno de coches. Encontró un sitio al fondo y se quedó allí parada un instante para relajar la tensión de su cuerpo. Echaba tanto de menos a Josh que le dolía.

Transcurridos unos instantes agarró la bolsa, salió y rodeó la entrada del edificio. El restaurante estaba hasta arriba de clientes. Alice y Ted tenían una buena noche. Stacy ya había aprendido la lección de que en aquel lugar cualquier cosa fuera de lo normal suponía una fuente de cotilleos. No quería que todo el mundo la viera con una bolsa de viaje, así que decidió dejarla arriba y después bajar a comer algo.

Subió las escaleras y vio que la puerta del apartamento estaba abierta, como le habían dicho. Habían dejado una luz encendida en el pasillo. Stacy pasó por delante del dormitorio principal y del baño y se preguntó si la habitación de invitados en la que ella iba a dormir sería la misma que Glenda había ocupado durante los tres años que vivió

con ellos.

La única puerta que quedaba estaba al fondo del pasillo. Stacy se quedó mirando fijamente la habitación desde el umbral. Era un dormitorio pequeño amueblado sencillamente con una cama, una mesilla y una cómoda con cajones. Parecía como si llevara tiempo desocupada.

Stacy entró, colocó la bolsa encima de la cama y entonces se giró al sentir aire en la nuca. En el mismo momento se rompió un cristal y el aroma del perfume de Glenda inundó toda la habitación.

Stacy miró a Ted sin dar crédito. Su mirada asombrada fue desde el pañuelo púrpura que tenía en la mano hasta el envase de perfume que había dejado caer.

—No deberías haberme asustado —dijo él con absoluta calma, acercándose a Stacy.

—¡Fuiste tú! —gimió la joven.

Con un movimiento certero, Ted le golpeó con el puño la barbilla y la agarró por los hombros antes de que cayera al suelo.

Stacy sintió una explosión dentro de su cabeza y después se hizo la oscuridad.

Capítulo 14

Sentado en la cafetería del hospital, Josh le dio un sorbo a su taza de café. Había sido una noche muy dura. Sólo un pájaro duro como su abuelo podía haber sobrevivido a la severa conmoción que sufrió al caerse en la cuadra. Josh se había quedado toda la noche en la cabecera de su cama hasta que el abuelo abrió los ojos y le preguntó sin apenas fuerza:

— ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

— No. Mi tarea ahora es mantenerte a raya —le contestó Josh con una sonrisa de alivio.

Josh le echó entonces un vistazo al reloj. Eran las ocho en punto. ¿Sería demasiado temprano para llamar a Stacy? Durante las largas horas de la noche había recordado todo lo que había ocurrido entre ellos desde que se la encontró en la tormenta. Desde el principio había fracasado en su intento de distanciarse de unos sentimientos que no tenían ningún sentido para él. Su modo de vida estaba completamente enfrentado al de ella. En otras circunstancias nunca habrían llegado a conocerse, pero la situación del hotel los había empujado el uno a los brazos otro, obligándolos a compartir unas emociones que se escapaban por completo a la normalidad. Josh no podía evitar preguntarse si el amor y la pasión que sentían no serían fruto de las circunstancias y nada más. Cuando Stacy consiguiera su herencia, ¿cambiaría todo?

Con aquellos pensamientos tan inquietantes en mente llamó al restaurante, sabiendo que Alice y Ted se levantaban al amanecer para abrir su negocio. Alice respondió al otro lado de la línea.

—Oh, Josh, Ted y yo estábamos hablando de ti —dijo la mujer con tono angustiado—. ¿Cómo está tu abuelo?

—Los médicos dicen que lo peor ya ha pasado —respondió él tras hacerles un resumen—. Esta mañana ya estaba gruñendo, así que supongo que es una buena señal.

—Qué alivio. ¿Has llamado a la señora Crabtree? Antes ha pasado por el restaurante. Creo que se siente responsable de lo ocurrido, Josh —le aseguró Alice en tono confidencial—. Yo le he asegurado que tú no la culpabas ni a Billy ni a ella. ¿Verdad que no? Así que debes llamarla.

—De acuerdo, lo haré —prometió Josh con impaciencia.

Estaba cansado, agotado tras una noche entera de preocupación. Y tenía más cosas en la cabeza que nada tenían que ver con buscar culpables a la caída de su abuelo.

—¿Está Stacy por ahí? Me gustaría hablar con ella. ¿Se ha levantado ya?

—¿Cómo? —dijo Alice—. Stacy no está. Debió cambiar de opinión respecto a pasar la noche con nosotros.

—¿Qué?

—No ha aparecido por aquí para dormir —explicó Alice.

—¿Y no llamó para decirte que no iba a ir?

—No, supongo que decidió que estaría más cómoda en el hotel —respondió la mujer con cierto tono de crítica—. Nuestra casa no es precisamente un palacio para ella, supongo.

—Gracias, Alice. La llamaré al hotel.

—Dale un beso a tu abuelo de nuestra parte.

Josh maldijo entre dientes mientras marcaba el número del apartamento del hotel. Una obstinada que iba por libre, eso es lo que era Stacy.

Esperó a que el teléfono sonara media docena de veces antes de colgar. Josh frunció el ceño y consultó el reloj. Seguramente estaría abajo con Chester y Roy, que ya se habrían presentado para trabajar. «No pasa nada», se dijo para tranquilizarse. Pero una oleada de incomodidad se iba apoderando poco a poco de él.

Josh habló con el médico, que le dijo que el pronóstico de su abuelo era bueno. Se aseguró de que no había nada que pudiera hacer y que el hospital se pondría en contacto con él si hubiera algún cambio. Se subió a toda prisa a la camioneta y puso rumbo a Timberlane. Llegó al hotel justo a tiempo de encontrarse con Chester y Roy saliendo por la puerta. Chester levantó la mano para saludarlo mientras Josh se bajaba.

—Lo estábamos esperando.

—Habríamos empezado sin usted, pero como no nos dijo lo que quería que fuéramos haciendo... —añadió Roy con su habitual tono indolente.

—¿Dónde está Stacy? —preguntó Josh sin interesarse por sus explicaciones.

—¿Se le ha perdido? —inquirió a su vez Chester con tono irónico, hasta que sus ojos se cruzaron con los de Josh—. No la he visto esa mañana, jefe.

Josh pasó delante de ellos a toda prisa, entró en el edificio y subió las escaleras hasta la segunda planta. Durante un instante sintió una momentánea sensación de alivio cuando trató de abrir la puerta del apartamento y vio la nueva cerradura.

—Cariño, ábreme —dijo en voz alta golpeando fuertemente con los nudillos—. Soy yo. Abre la puerta.

Josh se revolvió con impaciencia mientras esperaba, y al ver que no obtenía respuesta volvió a llamar y a gritar más fuerte. Nada. Tal vez estuviera en algún otro lado. ¿En la cocina del hotel? ¿En la

lavandería? Josh pasó los siguientes minutos comprobando las habitaciones de abajo. Su búsqueda fue en balde. Entonces, el miedo que había estado controlando desde que habló con Alice lo arañó como la zarpa de un tigre salvaje. Tal vez Stacy había intentado pasar la noche con Alice y Ted en Timberlane. ¿Le habría ocurrido algo que se lo impidiera?

¿Seguiría el Jeep aparcado detrás?

Josh salió como una exhalación hacia el lugar en el que había dejado el Jeep. Ya no estaba. Su mente comenzó a girar enloquecidamente.

Stacy no había llegado a casa de Josh y Alice. Algo le había ocurrido camino de Timberlane. Sintió un escalofrío en la espina dorsal. No se había parado a pensar en su falta de experiencia cuando la animó a tomar aquella carretera de noche. Había una docena de sitios en los que podría haberse salido, y la tupida vegetación evitaría que alguien viera el Jeep.

Tenía que organizar una batida. Que la gente se pusiera a buscarla. Tal vez hubiera pasado la noche tirada en un Jeep dado la vuelta, herida o quizá algo peor.

Irene contestó al teléfono en la oficina del sheriff.

—Acaba de llegar —le informó en voz baja—. Es algo realmente raro. Nunca llega tan pronto.

Cuando Mosley se puso al teléfono, Josh le explicó rápidamente la situación. Supo por el tono del sheriff que no estaba dispuesto a organizar una búsqueda por una joven de California, especialmente si se trataba de alguien importante para Josh.

—No se busca a nadie que lleve menos de veinticuatro horas desaparecido. Tal vez la chica se aburrió y decidió regresar a California.

—¡Maldita sea, tal vez esté herida! —exclamó él—. Y si muere

porque usted es demasiado vago como para mover el trasero e ir a buscarla, le juro que le pego un tiro entre ceja y ceja.

Al parecer, la amenaza de Josh surtió su efecto, porque Mosley ladró:

—Maldita sea, enviaré a mi ayudante en coche hasta el hotel y le diré que vaya con los ojos muy abiertos por si ve algún vehículo en la carretera. Es una pérdida de tiempo, y todos nos iremos de buena gana cuando te llame desde California para decirte adiós.

Josh colgó el teléfono, protestando entre dientes por la falta de colaboración de Mosley. Solicitó la ayuda de Chester y Roy y los tres se subieron a dos coches para rastrear la ladera de la montaña por la carretera de Timberlane.

* * *

Un sol resplandeciente intentaba abrirse paso por los tablones mal clavados de aquella vieja chabola. Stacy parpadeó ante la luz cegadora. Tenía las manos y los pies atados con tanta fuerza que lo único que pudo hacer fue girarse ligeramente hacia los lados. Había pasado la noche tumbada en una misma posición.

No tenía ni idea de dónde estaba. La mayor parte del tiempo se la había pasado con los ojos cerrados para disminuir el dolor.

La noche anterior Ted la había dejado en la oscuridad tras arrancarle de la boca un trozo de cinta adhesiva.

—Grita todo lo que quieras —le había dicho—. Nadie te oirá.

—¿Dónde... dónde estoy?

—En un lugar donde estarás a salvo —le contestó él, como si fuera su protector.

Pero a Stacy no le engañaba la suavidad de su tono. Su mirada había sido fría como la del diablo cuando la golpeó. ¿Cómo no había

visto antes aquel lado suyo?

Cuando desapareció en la oscuridad, pensó que se había marchado. Pero regresó unos minutos más tarde con dos latas de gasolina que colocó al lado de la puerta.

—Las utilizaré más tarde, cuando haya establecido mi coartada.

—Por favor, espera —le suplicó, tratando de hacerse a la idea de lo que estaba ocurriendo.

Habían tenido delante de las narices todo el tiempo a un asesino sin escrúpulos. Cuando se marchó, Glenda dejó tras de sí algunos objetos y Ted los había utilizado con fines diabólicos. Sus terroríficas tácticas no habían servido para conseguir que el hotel volviera a cerrar. Y ahora Stacy estaba a punto de perder la vida en sus manos.

—¿Por qué? —gimió, pensando que si lo hacía hablar ganaría tiempo—. Al menos dime por qué.

—Supongo que mereces saberlo —respondió Ted con tono de infinita paciencia—. Me tomé muchas molestias para conseguir que te fueras de aquel maldito hotel. Colocando aquí y allá las cosas de Glenda y encendiendo los engendros de tu tío... utilicé el camino antiguo para no ser visto. Nada de esto habría ocurrido si hubieras tenido el sentido común de marcharte antes de arruinarle la vida a todo el mundo al descubrir el cuerpo de Renquist. Ahora tengo que matarte y volver a borrar mis huellas —aseguró como si lo lamentara.

—No, por favor. Yo no diré nada. Te lo prometo.

—¿De verdad esperas que me crea esa mentira? Y eso que las mentiras a veces cuelan. Todo el mundo excepto Josh cree que Glenda saltó por el balcón.

—Pero no fue así...

—Demonios, no. Cuando disparé a Renquist tuve que arrojarla para que no dijera nada —aseguró antes de suavizar de pronto el tono de voz—. He estado enamorado de Glenda desde el momento en que

apareció en nuestra puerta cuando tenía dieciséis años. Me volvió loco. Se paseaba medio desnuda por la casa, y siempre me estaba provocando. Se me subía en el regazo para acunarse.

— ¿Glenda y tú...? —murmuró Stacy sin dar crédito.

— Teníamos una buena historia. Pero cuando cumplió diecinueve años se le metió en la cabeza irse a vivir con Renquist.

— ¿Sabía Alice... lo tuyo con Glenda?

— Por supuesto que no. La engañamos bien. La pobre Alice... Ella pensaba que todas mis atenciones era simplemente amor fraternal. Incluso se llevó un gran disgusto cuando Glenda se fue —Su voz se endureció de pronto—. Intenté convencer a Glenda para que se quedara, pero ella se empeñó en irse con Renquist y entonces fue cuando le puse fin a la historia. Una noche los encontré juntos y... el resto de la historia ya la conoces.

— Si me dejas marchar te prometo que no diré nada —suplicó Stacy desesperada.

— ¿Me tomas por un completo imbécil? —exclamó él—. Todo el mundo sabe que estás loca por Josh Spencer, y ahora que ha aparecido el cuerpo de Renquist, él andará más loco que nunca buscando al asesino de su hermana. Cuando me pillaste con las cosas de Glenda ya no me diste opción. Tengo que matarte a ti también.

Ted se acercó al umbral de la puerta y se detuvo.

— Volveré. Dicen que cuanto más matas más fácil resulta.

Escuchó entonces el sonido de sus pasos, que se fueron desvaneciendo y el ruido del motor de un coche al alejarse. Estaba sola con los ruidos de la noche.

Pero ahora era de día y el terror crecía a cada instante.

* * *

Josh, Chester y Roy recorrieron con creciente ansiedad todos los recovecos de los ocho kilómetros de carretera que separaban el hotel de Timberlane en busca de alguna pista que los llevara a Stacy. Josh sintió que se le encogía el pecho al recordar que estuvo a punto de caer al río la noche en que él la rescató. Con ayuda del ayudante del sheriff, que se presentó después, buscaron a lo largo del camino cualquier señal de neumáticos o huellas recientes, arbustos rotos o árboles rozados.

Pero al final Josh tuvo que admitir su fracaso. No había rastro de Stacy ni del Jeep.

Capítulo 15

El sol se estaba poniendo por detrás de las cumbres de las montañas, dejando tras de sí un brillo de marfil que pronto se transformaría en sombras grises a medida que se instalara la noche.

Josh y el ayudante del sheriff se detuvieron frente a la oficina de Mosley. Chester y Roy se fueron al bar a tomar una cerveza. Exhausto y preocupado, Josh iba dispuesto a asaltar al sheriff, físicamente si fuera necesario, para que consiguiera ayuda para buscar a Stacy. Mosley debió leer la expresión de su rostro, porque se levantó en cuanto lo vio entrar con su ayudante.

—¿No ha habido suerte?

—No hay rastro del Jeep... ni de Stacy —admitió Josh—. Hemos rastreado cada curva de la carretera pensando que tal vez pudo salirse en alguna. Pero nada.

—Tal vez la dama siguió su camino y dejó Timberlane atrás. Las mujeres son impredecibles, ¿sabes? O tal vez giró y se dirigió a Pineville —aseguró Mosley de un modo que parecía que quería ayudar más que criticar—. Aunque he llamado a la patrulla de carretera por si hubiera habido algún accidente esta noche y me han asegurado que no.

—Quiero que empiece a buscarla por aquí, en el pueblo —dijo Josh inclinándose sobre el escritorio del sheriff.

—¡Soy yo el que lleva esta oficina, Spencer, no tú!

—Usted tiene las manos manchadas, Mosley. No sé hasta qué punto, pero las tiene. Y se lo advierto: O levanta el trasero y hace algo para encontrar a Stacy Ashford o no pararé hasta verlo entre rejas, ¿lo

ha entendido?

—¿Me estás amenazando?

—No, le estoy haciendo una promesa —aseguró Josh incorporándose con los ojos fríos como el acero—. Será mejor que empiece a organizar la búsqueda ya. Y si es usted responsable de su desaparición, lo enviaré al infierno.

—Es una buena idea —comentó Irene sin hacer caso de la mirada asesina que le dedicó su jefe—. Estoy segura de que tiene que haber una respuesta sencilla a esto, y en cuanto los chicos empiecen a preguntar por allí la encontraremos.

—Eso espero yo también.

Sin decir una palabra más, Josh salió de la oficina dando un portazo y cruzó la calle lleno de furia. Era consciente de que perder el control no le traería nada bueno, ni física ni mentalmente, pero estaba tan asustado que sentía deseos de golpear a alguien.

En el restaurante sólo quedaban unos cuantos clientes cuando Josh entró y encontró a Alice y a Ted colocando los manteles de las mesas para la cena.

—Cielos, traes el aspecto de un rayo dispuesto a caer sobre alguien —comentó Alice al observar su expresión furibunda.

—Stacy ha desaparecido —dijo él con brusquedad—. No está en el hotel, y el Jeep tampoco.

—Por aquí no apareció —aseguró Ted con expresión preocupada—. Trabajamos hasta tarde, y cuando subimos esperábamos encontrarla ya instalada.

—Y ahí fue cuando pensamos que había cambiado de opinión —intervino Alice—. Tal vez decidió quedarse en algún otro lado.

—¿Sin llamarme? ¿Sin dejar una nota o algo?

—¿Quién conoce a las mujeres? —preguntó Ted encogiéndose de hombros—. Tal vez tuviera alguna historia por ahí que tú no

supieras... —sugirió con una sonrisa sugerente.

—Ella no es de esas —se limitó a responder Josh.

—Tal vez no la conozcas tan bien como piensas —aseguró Alice palmeándole suavemente el brazo—. Apuesto lo que quieras a que está jugando contigo, Josh. Tal vez se esté escondiendo para que tú la persigas.

—Stacy no es así —repitió Josh.

Recordó entonces la última conversación que habían tenido, el modo en que se habían declarado sus sentimientos. Él le había dicho que la amaba y le había prometido que todo saldría bien. Tal vez Stacy no se lo creyó. Quizá decidió emprender el vuelo antes de involucrarse más en una relación que podría estar condenada al fracaso. Pero no, no podía creer que hubiera salido huyendo asustada.

—Algo inesperado le ha ocurrido a Stacy —insistió con voz tensa—. Lo sé.

—¿Qué puede haberle pasado en un sitio tan aburrido como éste? La mayoría de las veces ni siquiera cerramos la puerta con llave por la noche.

—Seguramente atravesó Timberlane de noche sin que nadie se diera cuenta —dijo Ted—. Nadie se fijaría en un Jeep que pasara por la carretera.

—Y si Stacy anduvo por aquí alguien la habría visto sin duda —continuó Alice—. Tiene un modo de vestir que no pasa desapercibido a ojos de los hombres, ¿no es verdad, Ted? —preguntó sonriendo a su marido, aunque sin pizca de buen humor.

—Es atractiva, eso es cierto —reconoció Ted amigablemente.

—Hablaré con todos los habitantes del pueblo si hace falta —prometió Josh.

—Si quieres yo le preguntaré a los que entren en el restaurante si la han visto —se ofreció Ted.

—Te lo agradezco. Voy a ir al bar primero a preguntar. Anoche debía haber muchísima gente.

Josh salió del restaurante sintiendo una opresión de angustia en el pecho. ¡Todo era culpa suya! Debió haberla llevado primero él mismo al pueblo antes de ir al hospital. Así le habría hecho saber a Stacy que estaría a salvo en casa de Ted.

* * *

El bar estaba tan lleno de gente y tan ruidoso como siempre. Josh se abrió paso hasta la barra, donde había varios hombres sentados que lo saludaron al llegar.

—¿Ha visto alguno de vosotros a Stacy o su Jeep ayer de noche u hoy?

Los hombres negaron con la cabeza. Josh se puso de pie y comenzó a preguntarles a los de las mesas. Todos lo escuchaban atentamente, pero ninguno le dijo nada que le sirviera de ayuda. Entonces alguien le tocó el hombro y se giró bruscamente.

—¿Puedo invitarte a una cerveza? —le preguntó Marci colocando la mano sobre la cadera con gesto insinuante.

Josh gimió en silencio. Lo único que le faltaba era tener una charla con aquella mujer.

—Lo siento, estoy ocupado recogiendo información —le dijo sin querer entrar en más detalles—. Se suponía que Stacy tendría que haber dormido anoche en el pueblo pero nadie la ha visto.

—¿De veras? —preguntó Marci entornando los ojos.

—Sí, de veras —contestó Josh dándose la vuelta.

—No tengas tanta prisa, vaquero —dijo ella agarrándolo de la manga—. ¿Por qué no te tomas una cerveza y escuchas lo que tengo que decirte? —sonrió como si se estuviera divirtiendo—. Tal vez yo

pueda contarte dónde ha volado tu pajarito.

—No tengo ganas de juegucitos, Marci —respondió Josh con frialdad, soltándose la manga.

—¿Y quién está jugando? Si de verdad quieres encontrar su escondite tal vez yo te ayude... sólo tienes que ser un poco más amable conmigo, eso es todo.

¿Escondite? Josh escrutó el rostro de Marci. No sabía si estaba hablando en serio o estaba utilizando la situación para atormentarlo.

—Cuéntamelo.

Ella negó con la cabeza y tomó asiento en una de las pocas mesas que había vacías.

—Una cerveza y te lo contaré todo —dijo palmeando con una mano la silla que tenía al lado para indicarle que se sentara allí.

El primer impulso de Josh fue agarrarla por los hombros y zarandearla hasta que hablara. Su segunda opción era sencillamente marcharse. Pero algo dentro de él le impidió hacer ninguna de aquellas dos cosas.

A Marci nunca se le había dado bien ir de farol. El reto que le había lanzado parecía auténtico. No podía ignorarlo. Tal vez supiera algo.

—Eso esta mejor —dijo ella cuando Josh tomó asiento—. ¿Quieres comer algo? Siempre sé cuándo tienes hambre. Lo sé por el modo en que aprietas los labios. Te conozco bien, ¿eh, vaquero?

—Lo suficiente como para saber que si no dejas de pincharme te voy a estrangular —aseguró Josh sintiendo que estaba perdiendo un tiempo precioso—. No estoy de humor para tus flirteos.

—Vaya, parece que esa chica te tiene bien pillado ¿eh? —insistió Marci—. Qué pretendes, ¿llevarla de regreso al hotel al estilo del hombre de las cavernas? Lo que acabó, acabó.

—¡Maldita sea! —exclamó Josh dándole un puñetazo a la mesa—. ¿Has visto a Stacy o no? Dime ahora mismo lo que sepas o déjame en

paz.

—No la tomes conmigo porque hayáis tenido una discusión de enamorados y ella te haya dejado —respondió Marci poniéndose pálida al ver su explosión de furia.

—¡Eso no es lo que ha ocurrido!

—Entonces, ¿por qué la vi anoche con su bolsa de viaje?

Josh sintió que el corazón comenzaba a latirle a toda máquina y trató de controlarlo.

—¿Viste a Stacy anoche con una bolsa de viaje?

Marci asintió con la cabeza.

—Yo iba conduciendo y pasé por delante del restaurante sobre las siete de la tarde. Entonces la vi, con la bolsa en la mano, abriendo la puerta trasera que da a las escaleras del apartamento de Ted y Alice. Allí es donde se está escondiendo —concluyó la joven con expresión triunfal.

Josh se puso de pie antes de que terminara la frase. Ni siquiera se cuestionó si Marci estaba diciendo la verdad. En el fondo de su corazón sabía que sí.

Ted y Alice le habían mentado. Pero, ¿por qué?

Lleno de furia, Josh salió del bar y comenzó a caminar hacia el restaurante.

—Espere un momento, jefe —lo llamó Chester desde la otra acera antes de cruzar para acercarse a él—. Roy y yo hemos estado hablando de unos tipos que viven al pie de la montaña del Leñador, situada unos cuantos kilómetros más allá del pueblo. Dijeron que esta mañana se cruzaron con un viejo Jeep mientras iban en busca de un ternero que se les había escapado. ¿Cree que puede tratarse del que estamos buscando?

—Ve a comprobarlo —le pidió Josh—. Yo tengo que hablar con unos... amigos.

El restaurante estaba a tope cuando Josh entró en él como una exhalación. Ted no estaba a la vista, pero encontró a Alice en la cocina.

—Si vienes a echar una mano, bienvenido seas —lo saludó ella alegremente.

—Tengo que hablar contigo —dijo apartándola del fuego, donde Alice estaba friendo unas patatas—. ¿Dónde está Ted?

—No está. Casi no nos quedaba leche para el desayuno de mañana y decidió acercarse a la granja de vacas para traer más. ¿Sabes algo nuevo de Stacy? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Ven conmigo —dijo Josh agarrándola del brazo—. Arriba. Quiero saber qué está ocurriendo y por qué Ted y tú me habéis mentido.

—¿Mentido? No te hemos mentido —protestó Alice—. ¿De qué estás hablando?

—Marci vio a Stacy entrando anoche en tu casa —le dijo mientras la llevaba casi a rastras por las escaleras—. Ella ha estado todo el tiempo aquí mientras yo la buscaba y quiero una explicación.

—Marci debió equivocarse. Te lo juro, Josh. Stacy no apareció.

—¡Stacy! —gritó él abriendo la puerta del apartamento—. ¡Ya puedes salir del escondite! El juego ha terminado.

Josh esperó un instante en medio del silencio, y luego recorrió el pasillo y abrió de par en par la puerta del cuarto de invitados.

Estaba vacío.

—No está aquí, Josh. Ya te lo he dicho —murmuró Alice casi llorando—. No sé qué te pasa.

Él miró a su alrededor con desconfianza. Había estado completamente seguro de que lo que Marci dijo era cierto. Incluso se acercó al armario y lo abrió para comprobar que Stacy no estuviera allí escondida.

Cuando el perfume de Glenda le invadió el olfato se quedó completamente petrificado. Entonces vio una caja abierta llena de ropa de su hermana.

—Ted no quería tirarlo —dijo Alice a sus espaldas—. Y yo no quería que supieras la verdad.

—¿Qué verdad, Alice? —preguntó Josh dándose la vuelta.

—Casi me muero cuando me enteré de lo que estaba ocurriendo entre ellos, Josh —gimió ella suplicándole comprensión con los ojos—. Desde el principio Ted se sintió atraído hacia Glenda. Yo intenté pensar que sólo pretendía ser cariñoso y amable, pero... sabía lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué demonios no dijiste nada? —rugió Josh, sintiendo un nudo en el estómago.

¡Ted y Glenda!

—Cuando lo supe ya era demasiado tarde —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Sabía que si decía algo Ted me echaría de aquí y... y yo no tengo a nada ni a nadie aparte del restaurante y de él. Cuando Glenda se marchó pensé que todo había terminado. Se fue con Renquist y pensé que ya estaba. Ted pareció aceptarlo, pero entonces ocurrió.

—¡Por el amor de Dios, Alice! —exclamó Josh.

—Lo siento, Josh, lo siento tanto... Debí haber detenido a Ted, Había estado bebiendo y parecía un loco enfermo de celos cuando agarró su pistola y salió rumbo al hotel.

La verdad golpeó a Josh con la fuerza de un vendaval.

—¡Él mató a Glenda! ¡Y a Renquist!

Alice asintió con la cabeza y se cubrió el rostro lloroso con las manos.

¿Ted un asesino? ¡Y tenía a Stacy!

Josh agarró el teléfono, marcó el número de la granja y maldijo

entre dientes mientras esperaba a que alguien contestara al otro lado de la línea.

—Granja lechera, ¿dígame? —contestó una voz antipática.

—¿Está allí Ted Macally?

—Ya no. Se marchó hace unos minutos. No sé adónde ha ido. Pero creo que de regreso al pueblo no —dijo el granjero tras pensárselo unos instantes.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando salí del establo vi cómo giraba con su furgoneta hacia el lado contrario, hacia la antigua carretera. No sé qué demonios haría alguien subiendo hasta allí a estas horas de la noche.

El Jeep había sido visto en la Montaña del Leñador. Ted iba en aquella dirección.

Josh salió a toda prisa de allí. Había cientos de sitios en los que Ted podría haber llevado a Stacy antes o después de ocultar el Jeep y caminar los cuatro kilómetros que lo separaban del pueblo. Un miedo atroz retumbó en la cabeza de Josh.

¿Llegaría a tiempo para salvarla? ¿O sería ya demasiado tarde?

* * *

Stacy sintió el frío de la noche atravesando la oscura cabaña. Su resistencia física había ido mermando a lo largo del día y el miedo que había tratado de controlar había terminado por vencerla. Ted le había advertido que podía gritar todo lo que quisiera porque nadie la oiría.

Ahora, tras un largo día sin agua ni comida, estaba comenzando a caer en un estado de inconsciencia que agradecía. Sus oídos ya no estaban alertas a la espera de escuchar el sonido de unos pasos acercándose. De algún modo sabía que la espera ya casi había terminado. Era sólo cuestión de horas, o tal vez de minutos. Entonces

Ted regresaría, como había prometido. Y la mataría igual que había hecho con Glenda y con Renquist.

Pensar en Josh había sido el único consuelo de aquellas horas. La vida no le había pasado de lado, después de todo. Al menos había experimentado un amor que le llenaba el corazón y el alma. Se dejó llevar por los recuerdos de sus caricias, de su sonrisa y de sus besos.

* * *

Josh ascendió por la antigua carretera. No había rastro de Chester ni del sheriff. Si los hombres estaban buscando el escondite del Jeep al pie de la montaña no se los veía desde la carretera. Josh no había subido a aquel lugar desde que la compañía maderera se retirara de allí varios años atrás. Se inclinó sobre el volante y miró hacia delante con la esperanza de que en la siguiente curva se encontrara con un par de luces traseras, pero no había rastro de la camioneta marrón de Ted.

Cuando llegó al final de la carretera, en la que la compañía maderera había instalado el campo base, vio sólo unas cuantas caravanas abandonadas y unas estructuras caídas y medio ocultas bajo las sombras gigantescas de las montañas de granito.

* * *

Stacy estaba flotando en una nube de letargo cuando el crujido de unos pasos la devolvió a la realidad.

¡Ted estaba allí!

—No, por favor —imploró con la garganta seca cuando lo vio entrar en la oscura cabaña.

Ignorando su súplica, él agarró una lata de gasolina y se apartó de la puerta. Stacy escuchó el sonido de sus pasos mientras bordeaba la cabaña, rociándola de gasolina. Otro crimen perfecto en su haber. Una

chabola quemada en la que los huesos calcinados permanecerían ocultos durante años.

Aunque sabía que era inútil gritar, Stacy comenzó a soltar unos alaridos débiles que inundaron el aire de la noche.

* * *

Josh acababa de divisar la furgoneta marrón de Ted y corría hacia ella cuando escuchó unos tenues gemidos procedentes de la cabaña vieja que había bajo una repisa de rocas graníticas.

Entonces vio una figura oscura rodeando la caseta y se acercó corriendo por el terreno lleno de surcos. Al acercarse aspiró el olor a gasolina. Intentó desesperadamente llegar hasta Ted antes de que prendiera la cerilla, pero llegó demasiado tarde.

¡La cabaña estaba en llamas!

Josh le pegó a Ted un puñetazo en la barbilla que lo hizo caer de espaldas al suelo. La cabaña estaba llena de humo, tan espeso como la niebla. Stacy intentaba tomar aire y tosía con espasmos. Le quemaban los pulmones. Se le nubló la visión y entonces supo que había llegado el fin.

Cuando unos minutos más tarde el aire fresco le rozó la cara, se atrevió a abrir los ojos aunque le escocieran. El rostro adquirió foco. La llevó hasta una distancia prudencial, la dejó en el suelo y tras desatarle los pies y las manos comenzó a acunarla entre sus brazos con gesto protector.

—No pasa nada, cariño. Ya te tengo.

Bajo la brillante luz de la cabaña en llamas, Stacy vio aparecer a Chester y al sheriff, que atraparon a Ted. Y entonces ella supo como por arte de magia que aquella pesadilla había terminado.

Capítulo 16

Los sonidos de la mañana despertaron a Stacy mientras la trataban de deshidratación y agotamiento severos en el hospital de Pineville. No recordaba mucho del camino desde Timberlane hasta allí, sólo que Josh la estrechaba entre sus brazos y el sheriff conducía a una velocidad de vértigo con la sirena de la patrulla encendida.

Todo lo relacionado con la experiencia traumática que acababa de vivir flotaba en su memoria como si fueran piezas sueltas. Todavía le dolían los tobillos y las muñecas como consecuencia de las heridas que le habían hecho las cuerdas. La posición forzada que había tenido que soportar durante tantas horas le provocaba espasmos musculares cada vez que intentaba moverse. Le dolía el pecho por culpa de la inhalación de humo.

Josh no dejó de hablarle con ternura, y lo vio allí de pie a su lado mientras el personal del hospital le ponía una vía para inyectarle el suero y la conectaban a un monitor. No le soltó la mano cuando ella se deslizó hacia un sueño profundo.

Como si fuera una espantosa pesadilla, Stacy revivió una y otra vez el horror que había padecido. El primer puñetazo que Ted le propinó en la barbilla. Su rostro calmado mientras le hablaba de asesinato. Las terribles horas de la espera. El olor a gasolina y la sensación del humo entrando por la nariz.

—Te vas a poner bien —le aseguró Josh apartándole con ternura un mechón de cabello de la frente—. Te vas a poner bien —siguió repitiendo tanto para tranquilizar a Stacy como para su propia calma.

La búsqueda de Ted por la Montaña del Leñador había sido en sí

misma una pesadilla. No había ninguna prueba concluyente que asegurara que las pistas que tenían del secuestro fueran válidas. Josh le estaría siempre agradecido a Mosley y a Chester. Tras identificar el Jeep escondido como el de Stacy, se habían dirigido a la carretera abandonada que llevaba al campamento.

En cuanto Josh se bajó de la camioneta, los gritos histéricos de Stacy y la visión del fuego consumiendo la cabaña provocaron en él una tremenda sensación de horror que nunca podría olvidar. Mientras ponía a Stacy a salvo, Mosley y Chester vieron la choza en llamas y saltaron del coche a tiempo para maniatar a Ted en el suelo.

Ahora, sentado a su lado en la cama del hospital mientras la veía dormir, Josh descansó en la afirmación que había hecho el doctor cuando aseguró que sólo necesitaba un par de días de recuperación. Tras una noche muy larga, Stacy se despertó y le sonrió con amor. Aliviado, él le apretó la mano y la besó en la frente al tiempo que unas lágrimas de agradecimiento le resbalaban por las mejillas.

La tarde siguiente, Stacy obtuvo permiso para salir de su habitación e ir a visitar al abuelo de Josh. Estaba un poco preocupada por si el hecho de verla pudiera enfadar al anciano. Aunque en la última visita que le había hecho a su casa parecía haberla aceptado plenamente, todavía recordaba con claridad su primera y explosiva reacción. Nunca se lo perdonaría a sí misma si le provocaba cualquier incomodidad. Pero como le iban a dar el alta al día siguiente, aquélla era la única oportunidad que tenía para visitarlo.

El anciano no estaba en su habitación, y la enfermera le dijo que estaba sentado en el porche. Stacy tenía la esperanza de mantener con él una charla amigable.

¿Y si le montaba un escena delante de todo el mundo?

Tal vez debería esperar a que Josh regresara de Timberlane. Iba a reunirse con los agentes de la ley para presentar cargos contra el asesino de su hermana. Stacy se alegraba de que el asesino de Glenda

estuviera detenido. Ahora por fin Josh podría encontrar la paz que buscaba.

Stacy vaciló un instante a la puerta del porche. Vio al abuelo sentado en una silla de ruedas frente a una ventana que daba a un parque.

La joven aspiró con fuerza el aire, cruzó la habitación y se sentó como quien no quería la cosa en el banco que había al lado de la ventana, cerca de él. El anciano giró la cabeza hacia ella y la miró con el ceño fruncido, como siempre hacía.

Stacy se había recogido el pelo atrás y llevaba puesto un sencillo vestido de color amarillo que Josh le había llevado del apartamento.

El anciano arrugó la frente mientras la observaba con fijeza. Stacy se limitó a sonreír y no hizo ningún amago de hablar. Él la miró de arriba abajo, y la joven no supo decir si iba a ignorarla o a lanzarle un exabrupto.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —le espetó el anciano con brusquedad, tras escudriñarla durante unos segundos.

Ella se rió.

—¿Qué tal está, señor Spencer?

—Vaya, así que ahora soy el señor Spencer —respondió él—. He oído por ahí que tienes una historia con mi nieto.

El anciano cerró los ojos como si así pudiera verla mejor.

—Parece algo serio, ¿no?

—Sí —respondió Stacy sencilla y honestamente.

—Entonces será mejor que me llames abuelo.

El hombre cerró la boca y la apretó, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir al respecto.

Stacy no supo cómo retomar la conversación desde aquel punto, pero él comenzó a hablar de Pineville y de cómo era durante los

tiempos en que la industria maderera estaba en su máximo apogeo.

Cuando llegó la enfermera para volver a llevárselo a su habitación, Stacy los acompañó por el pasillo. Se veía que el abuelo estaba cansado y listo para volver a la cama.

—Tal vez te vea mañana antes de marcharme.

—Josh me ha dicho que no vas a volver a ese maldito hotel.

—Yo... no estoy segura.

—Él piensa que podrías quedarte en alguna de nuestras cabañas de dos habitaciones. Te haríamos un buen precio.

Los labios del anciano se curvaron de una forma que Stacy no había visto nunca antes en él, y tuvo la impresión de que estaba sonriendo secretamente.

Cuando Josh fue a verla aquella noche, le contó lo que su abuelo había dicho sobre alquilar una cabaña.

—Quería haberlo hablado contigo antes, pero me temo que el abuelo se me ha adelantado. Mientras estabas en el hospital les pedí a Chester y a Roy que terminaran con la sala de fiestas y bajaran los aparatos que tu tío guardaba en el ático. Con eso será suficiente. Has cumplido con lo estipulado en el testamento de tu tío y has creado el *Museo Willard*.

—¿Crees que el abogado estará de acuerdo?

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Llámale y concierta una visita con él para dentro de dos semanas. Para entonces todo debería estar ya en orden. Mientras tanto, puedes pasar el rato conociendo mejor a mi abuelo y obligando a mi caballo, *Ranger*, a hacer algo de ejercicio.

—Estás de broma...

Josh soltó una carcajada.

—Si, lo estoy. Pero le he echado el ojo a una potra muy bonita que resultará perfecta para que la monte una damisela de ciudad como tú.

¿Qué me dices?

El modo en que Stacy alzó los labios para que se los besara fue suficiente respuesta.

* * *

Cuando el señor Doughty, el abogado, llegó a Timberlane unas semanas más tarde, Stacy declinó la oferta de acompañarlo a él y a Josh en su camino al hotel para la inspección. La aprobación que tanto había perseguido y alrededor de la cual había centrado todo su futuro había dejado de importarle. Su vida había tomado un rumbo completamente distinto, y aunque soñaba de vez en cuando con lo que podría hacer si cobraba la herencia, sabía que la verdadera felicidad estaba en amar y ser amado.

El abuelo había vuelto a casa. La reparación del puente había terminado, y ya habían empezado a confirmarse las primeras reservas para las cabañas. Stacy se había hecho cargo de algunas responsabilidades que antes llevaba Josh en la dirección de las cabañas mientras él supervisaba la finalización del museo. La señora Crabtree había accedido a vivir en la casa principal mientras el abuelo siguiera necesitando atención extra. Su hijo Billy había encontrado un trabajo en el pueblo.

Stacy se iba sintiendo cada vez más segura a lomos de la yegua que Josh le había comprado, de modo que podían montar juntos. Su futuro se presentaba de alguna manera interrumpido hasta que se decidiera el asunto de la herencia de su tío, en una dirección o en otra.

Ella sabía que Josh tenía sentimientos encontrados al respecto. Aunque había hecho todo lo posible por satisfacer el deseo de su tío y conseguirle de ese modo el dinero, se preguntó si aquello se interpondría entre ellos. Josh era un hombre orgulloso, y nunca permitiría que su esposa lo mantuviera económicamente.

—No tiene sentido desesperarse —le dijo el abuelo al verla moverse inquieta por la cocina, esperando la llamada telefónica de Josh o del abogado.

—Ya lo sé —admitió Stacy—. Lo que tenga que ser será, en un sentido o en otro.

Se hizo casi de noche y el teléfono seguía sin sonar.

Cuando la señora Crabtree entró en la cocina, Stacy le dijo casi con brusquedad:

—Puede usted tomar el mensaje. Yo voy a ensillar a *Lady* y voy a dar una vuelta.

—¿Sola? —preguntó la señora Crabtree alzando una ceja.

—¿Por qué no? No iré lejos. Josh me dijo que ya estaba preparada.

Stacy se dirigió a la cuadra y ensilló cuidadosamente la yegua del modo en que Josh le había enseñado. Comprobó dos veces las cinchas, colocó el pie en el estribo y subió a la silla con ligereza. Luego le dio una patada suave al animal para que saliera de la casa y emprendió el camino que había recorrido con Josh.

El terreno ascendía con suavidad hacia un ancho prado por el que cruzaba un arroyo antes de ir a parar al río. Stacy tiró de las riendas de la yegua y absorbió aquella vista como si fuera néctar dulce. Luego se bajó de la silla, ató las riendas a la rama de un árbol cercano y se dejó caer en la hierba.

¿Por qué no la habría llamado Josh? ¿Le costaría trabajo darle la mala noticia de que habían rechazado la reforma? ¿O le resultaría todavía más difícil decirle que ahora era una mujer casi rica? Stacy lo amaba profundamente, y las demás cosas de la vida palidecían bajo la luz de aquel amor. Pasara lo que pasara, su mayor ganancia o su mayor pérdida pasaban por los sentimientos que Josh tenía hacia ella.

La yegua se movió un poco y alzó la cabeza al sentir cómo el suelo temblaba ligeramente con el galope de un caballo aproximándose.

Josh sintió una oleada de felicidad cuando llegó y la vio allí sentada, rodeada del esplendor natural de aquel prado montañoso. Su hermoso rostro parecía barnizado por la luz del sol, y su cabello se agitaba suavemente bajo la caricia de la brisa. Stacy era parte de la belleza natural de los árboles, de las montañas y del cielo que él amaba. Nunca había experimentado un sentimiento de amor tan poderoso como cuando se bajó de la silla y acercó el caballo hasta donde ella estaba. El modo en que le brillaban a Stacy los ojos cuando lo miró le infundió esperanza.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —le preguntó con naturalidad, para enmascarar lo acelerado que sentía el corazón cuando se quitó el sombrero y tomó asiento a su lado.

—Esperarte.

—Me gusta cómo suena eso.

Josh le alzó la barbilla y se miró en aquellos ojos brillantes. Los labios de Stacy le hicieron una invitación a la que no pudo negarse. Inclinando los labios hacia los suyos, la besó con un deseo apasionado al que ella correspondió sin tapujos. Los labios de Josh trazaron la curva de su barbilla antes de volver a encontrarse una y otra vez con aquellos labios suaves y ardientes. Cuando se apartaron el uno del otro casi sin respiración, Stacy se quedó acunada entre sus brazos.

—He estado soñando —le confesó ella.

Josh disimuló un súbito escalofrío de terror. ¿La habrían llevado sus sueños hacia algún lugar excitante y exótico, muy lejos de él?

—¿Y con qué soñabas? —le preguntó tratando de aparentar naturalidad.

Ella suspiró con fuerza.

—Con construir una casa en este preciso lugar y vivir aquí contigo... para siempre.

Josh sintió una oleada de profundo alivio. Y supo entonces que sus

propios sueños, que consistían en tenerla con él para siempre, se habían hecho realidad.

—De acuerdo, cariño. Si eso es lo que quieres hacer con el dinero que te dejó tu tío, supongo que puedes empezar a mirar algunos planos en cuanto quieras.

—¡Hemos ganado! —exclamó Stacy con entusiasmo—. ¡Hemos ganado! Podemos tirar abajo ese miserable hotel y su sórdido pasado desaparecerá para siempre.

—Sí, hemos ganado —repitió él.

Pero en el fondo de su corazón sabía que la verdadera victoria había sido encontrarse el uno al otro.

Todas las sombras se esfumaron mientras hablaban de su futuro y hacían el amor en aquel prado verde bañado por la luz dorada del sol.

Fin...

Biografía de la escritora



Leona Karr es una autora nacida en Colorado que publicó su primera novela en 1980. Ha recibido importantes galardones, entre los que se encuentran *Rocky Mountain of the Year* y el premio anual del estado de Colorado para escritores románticos. También es conocida para el seudónimo de Lee Karr.

Para el sello Intriga - Harlequin, Leona Karr ha publicado 18 novelas, pero cuenta en su haber más de 30 novelas. Su temática favorita es sin duda el suspenso romántico, pero tiene varias novelas históricas, góticas y romances paranormales. Sus estanterías están llenas de cuentos de héroes y heroínas valientes y misterios atrapados en la emoción de una intriga.